

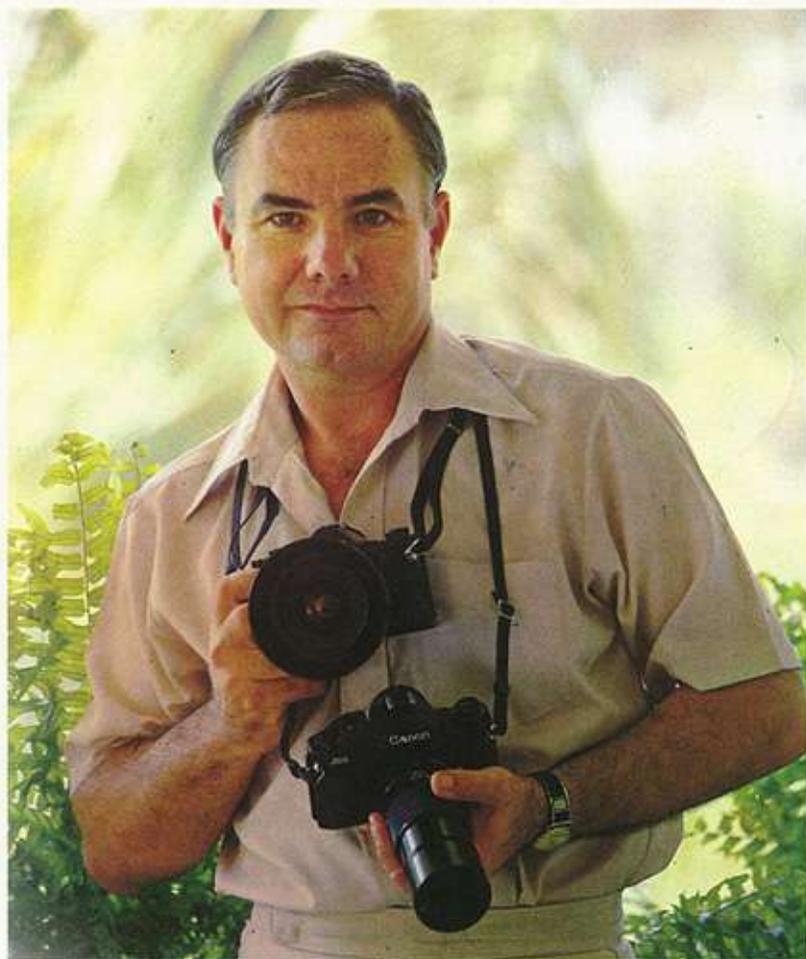
La Catedral del Bosque

Un Itinerario al Pico Duarte



Wifredo Garcia

La Catedral del Bosque



Wifredo Garcia



Indice

	<i>Págs.</i>
Dedicatoria	5
Presentación	7
Introducción	9
Los Picos Más Altos de las Antillas	15
Manabao	23
Habla Leoncio	29
La Subida al Piquito del Yaque	35
La Rusilla	47
La Compartición	59
El Pico Duarte	77
La Pelona	89
El Valle de Bao	99
Habla Firo	117
El Bosque Húmedo	127
Entre Ríos	145
Más Sobre el Guácaras	157
Por el Filo de una Navaja	169
Habla Don Ramón Caba	183
Rancho en Medio	191
El Viejo Camino a San Juan	201
Lo que Dijo Mr. Edward	213
Interviene un Amigo Ecológico	217
Adiós	233
Apéndice	237

Impreso en:
ALTAMIRA, Industria Gráfica, S. A.
Carretera de Barcelona, Km. 11,200 - Madrid-22 (España)
Depósito legal: M. 34.729/1980
ISBN: 84-499-4160-1

Dedicatoria

*A Hortensia, mi esposa,
cuyo estímulo ha sido fuente
constante de inspiración.*

*A Eduardo, mi hermano,
sin cuya generosa comprensión
no hubiera sido posible imprimir
esta obra.*

Wifredo Garcia

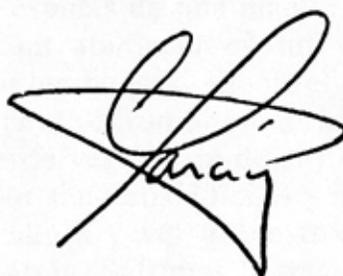
Presentación

Esta obra es un doble motivo de satisfacción para nosotros.

En primer lugar, porque está saturada de gran interés por la preservación de nuestros recursos naturales. Cada página parece como impregnada de un fuerte sabor a conservacionismo; un vehemente amor a la naturaleza y a la belleza de cada hoja, de cada vena de río y de cada montaña que engalana nuestro hermoso país, especialmente en esos paisajes propios de la región de la Cordillera Central que constituyen el escenario del libro.

En segundo lugar porque, naturalmente, conocemos muy bien al autor, quien fue además fundador y Presidente durante muchos años de la empresa en que laboramos juntos. Ahora sus desvelos expresados con la pluma y el lente fotográfico son reconocidos por todo el ámbito nacional.

Y es así nuestro orgullo poder ofrecer al pueblo dominicano este volumen que, por lo exquisito de su tratamiento y lo inusitado del tema, esperamos constituya otro preciado tesoro de su acervo cultural.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Eduardo García', with a stylized, overlapping loop structure.

Eduardo García
Santiago de los Caballeros, 1980

Introducción

Las relaciones de viajes a lugares de difícil acceso están escritas, en su gran mayoría, por científicos que se expresan en lenguaje erudito. Realizan las excursiones con fines de investigación y la prosa empleada en los trabajos en que recogen sus experiencias dista mucho de tener un estilo ágil y atractivo. Útiles, importantes y necesarias como son, tales relaciones están destinadas para quienes resultan valiosas fuentes de información y estudio.

Es por ello sorprendente y agradable el que en la crónica bien documentada de un viaje a la cima de un monte elevado vayan juntos y bien avenidos el dato correcto expuesto en palabras comprensibles y el lenguaje ameno y a menudo poético, como es el caso de esta obra de Wifredo García titulada *La Catedral del Bosque* (Una trayectoria emotiva al Pico Duarte).

Recorrer las páginas de este libro es seguir, paso a paso, la ruta del autor como si fuéramos nosotros los protagonistas del relato, sintiendo en nuestra piel el arañazo de las espinas de una planta, dejándonos envolver por la pesada niebla de un atardecer en un valle y palpando la humedad que se nos cala hasta los huesos. Es oír el sonido de las cañas amargas que se baten con ímpetu; el rumor cantarín de un riachuelo que discurre jugueteando entre la verde vegetación de sus orillas. Jadeamos, cansados, en la subida vertical por senderos difíciles y nuestro espíritu se ensancha al conquistar alguna altura y ver a nuestros pies, espléndido, el amplio paisaje que dejamos atrás. Sufrimos la tragedia de una zona esquilmada, de unos pinos heridos de muerte por la voraz explotación del hombre, y nuestro ánimo se sobrecoge ante el impresionante espectáculo de una montaña próxima o de un pico lejano.

Wifredo García, con sensibilidad de artista, ha sabido describir ambientes, lugares, amaneceres y crepúsculos, tormentas y escenas bucólicas con un lenguaje rico en colorido y en imágenes. Nada escapa a la observación de este curioso viajero que devora kilómetros, casi sin

detenerse, con la ilusión de llegar a la meta perseguida, pero sin desdeñar lo que le sale al paso, como una ofrenda generosa; aquí está la presencia de un monumento indígena destinado al juego de pelota; allí, la experiencia espeluznante de caminar, jinete en una mula, al filo de un hondo y erizado precipicio; o el recuerdo siniestro de la figura de Liborio que, en orgías diabólicas, lanzaba a sus secuaces a indescriptibles excesos sexuales en un lugar determinado de la trayectoria del autor hasta la cumbre.

El frío es la sensación más constante, más obsesionante, más persistente en el duro viaje hacia el pico más alto de la isla. Frío que corta, que penetra hasta la médula, que envuelve y que domina.

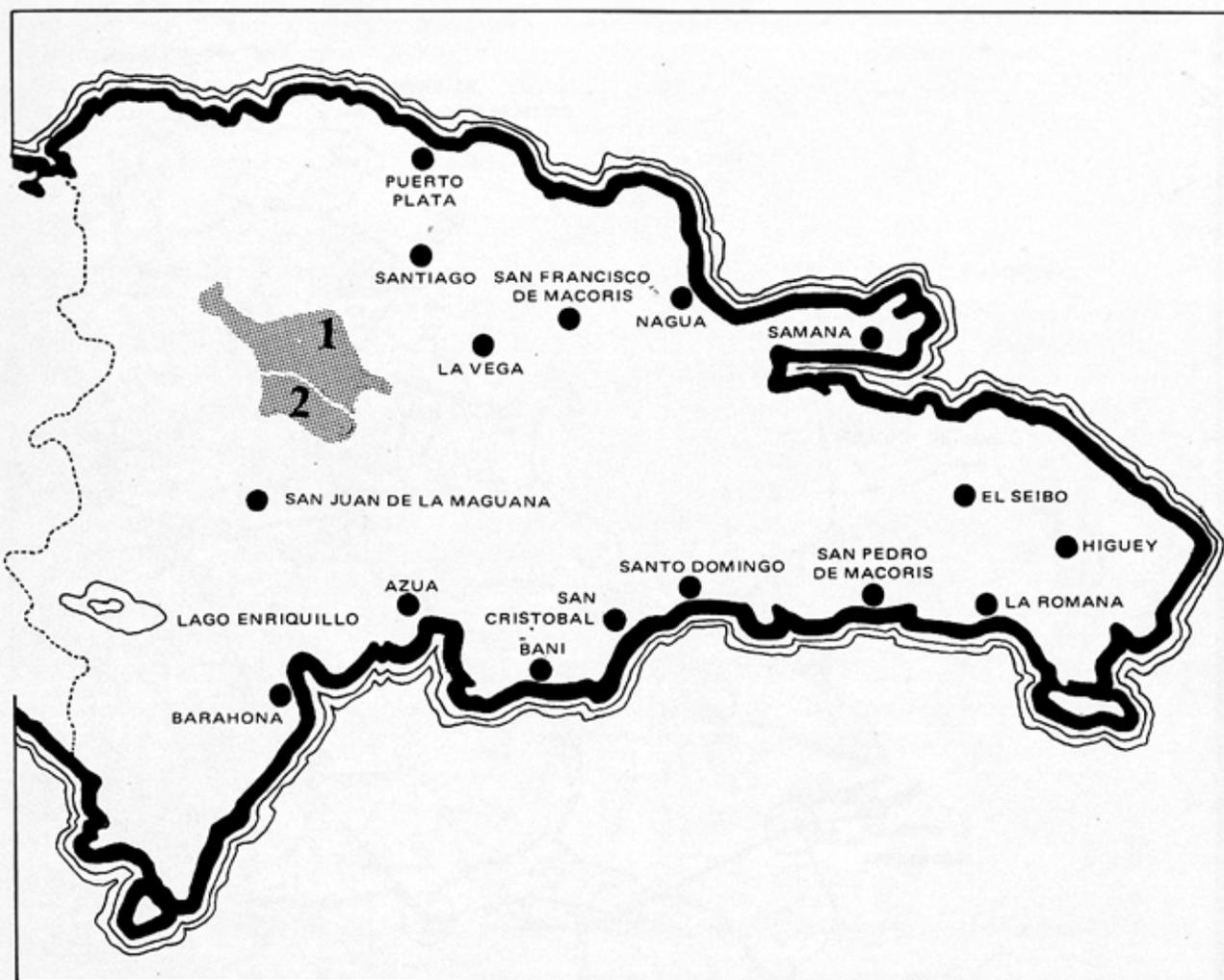
El panorama del Pico Duarte, flanqueado a ambos lados por pinos tortuosos, sorprende y conmueve. Y al leer la vívida descripción hecha por Wifredo García, podemos incluso sentir el abrazo húmedo de las nubes que nos rodean «cual gigantescas y blancas manos fantasmales».

A veces la relación de algún paisaje recuerda un cuadro impresionista, con brumas y árboles desdibujados y tenues luces de efectos mágicos, casi embrujados; para pasar luego a deslumbrarnos con los nítidos y definidos contornos de una vegetación que se ofrece a la vista en medio de una clara y soleada mañana que ha vencido a la niebla, a la humedad, a las tonalidades grises e imprecisas de un amanecer en algún valle.

Y el toque humano también está presente en la figura de un viejo y gigantesco guía, prototipo de una raza fuerte, identificado con la vida en la montaña, casi parte de ella, conocedor de los más recónditos trillos e intérprete de ruidos y de signos.

El autor del libro no se ha conformado con las palabras, con las descripciones hechas en su estilo realista y poético a la vez. Y como es un experto fotógrafo, ha ilustrado con excelentes imágenes, llenas de lirismo y de asombroso poder narrativo, las páginas de este libro que habrá de producir en el lector la impresión de haber palpado, de haber sentido y de haber disfrutado de los episodios y aventuras de un viaje fascinante por una de las regiones menos transitadas y más bellas de esta hermosa tierra dominicana.

María Ugarte



**AREA CUBIERTA POR LOS
PARQUES NACIONALES DE
LA CORDILLERA CENTRAL EN
LA REPUBLICA DOMINICANA**

- 1.- Parque Nacional J. Armando Bermúdez
- 2.- Parque Nacional J. del Carmen Ramírez

1 Los Picos Más Altos de las Antillas

Estas páginas han sido escritas para, desde nuestra particular urbe y apenas respirando un aire impuro y asfixiante, evocar nuestras límpidas montañas, su aire fresco y su vegetal luminosidad. Vamos a emprender un viaje, emotivo e imaginario quizás, pero real y fascinante, hacia esa inhóspita cordillera, cuya corona es, sin duda, el Pico Duarte.

Hace muy pocos años, el Pico Duarte era no sólo difícilmente accesible, sino hasta desconocido para una mayoría de dominicanos. Fue en el año de 1944 cuando se le hizo algo de publicidad al organizarse en Santiago un concurso de alpinistas que habrían de subir al entonces «Pico Trujillo» en ocasión de celebrarse el Centenario de la Independencia Nacional. Sus aventuras fueron recogidas en el sabroso libro «ALPINISMO DOMINICANO».

Sin embargo, Trujillo no siguió favoreciendo las incursiones dentro de la Cordillera Central. Sólo ha sido muy recientemente que ha vuelto a despertarse un vivo interés por recorrer el agreste camino de ida y vuelta, cuyo único objetivo es ponerse en pie sobre las rocas del Pico, al borde del precipicio, y contemplar el horizonte hasta donde se pierde la vista. Allí se puede aspirar a pleno pulmón el aire limpio y enrarecido que nos regala tan majestuosa altitud.

La misma altura de éste, el Pico más elevado de las Antillas, está todavía sujeta a discusión. Hasta hace poco se consideró de 3,175 metros sobre el nivel marítimo, pero algunos autores recientes le asignan solamente la cifra de 3,087 metros, de acuerdo con ciertas medidas supuestamente más precisas. Parece como si los datos concernientes a esta montaña fuesen perennemente materia de duda y contradicción.

Se cuenta que en la búsqueda de un fabuloso Monte Tina, al cual los primeros exploradores asignaban la mayor altitud de la isla, se cometió el error de bautizar con el prestigioso nombre a otra montaña mucho más modesta. Años más tarde, cuando Trujillo quiso coronar con

su propio apellido al Pico más elevado, se cuenta también que el encargado de hacer la medición y designar cuál sería el «Pico Trujillo», llevado de su celo patriótico, cambió las cifras y atribuyó al hoy Pico Duarte las medidas que correspondían a La Pelona, su pico gemelo.

Todavía existen hoy en día personas que tienen argumentos para afirmar que, del macizo montañoso al que pertenecen ambos picos, es realmente La Pelona el más elevado. A decir verdad, y llevado solamente por el aspecto que presentan a la vista las dos cúspides, aparentemente el Pico Duarte estaría por debajo de La Pelona, aunque sólo fuera por algunos metros. El Instituto Cartográfico Dominicano adjudica una altura de 3,168 metros sobre el nivel del mar a La Pelona.

En ambos picos había una placa de metal descriptiva o conmemorativa. La correspondiente al entonces «Trujillo» fue robada a raíz de la muerte del dictador, y la placa de La Pelona, aunque se conserva, no arroja mucha luz sobre las dudas que hemos planteado. De todos modos, hago notar el asombroso vacío de datos que existe en los mapas dominicanos con referencia a toda esta región del macizo central. He comprobado que existen lomas y arroyos a los que los monteros señalan con nombres que ni siquiera aparecen en los más elaborados mapas del Instituto Cartográfico.

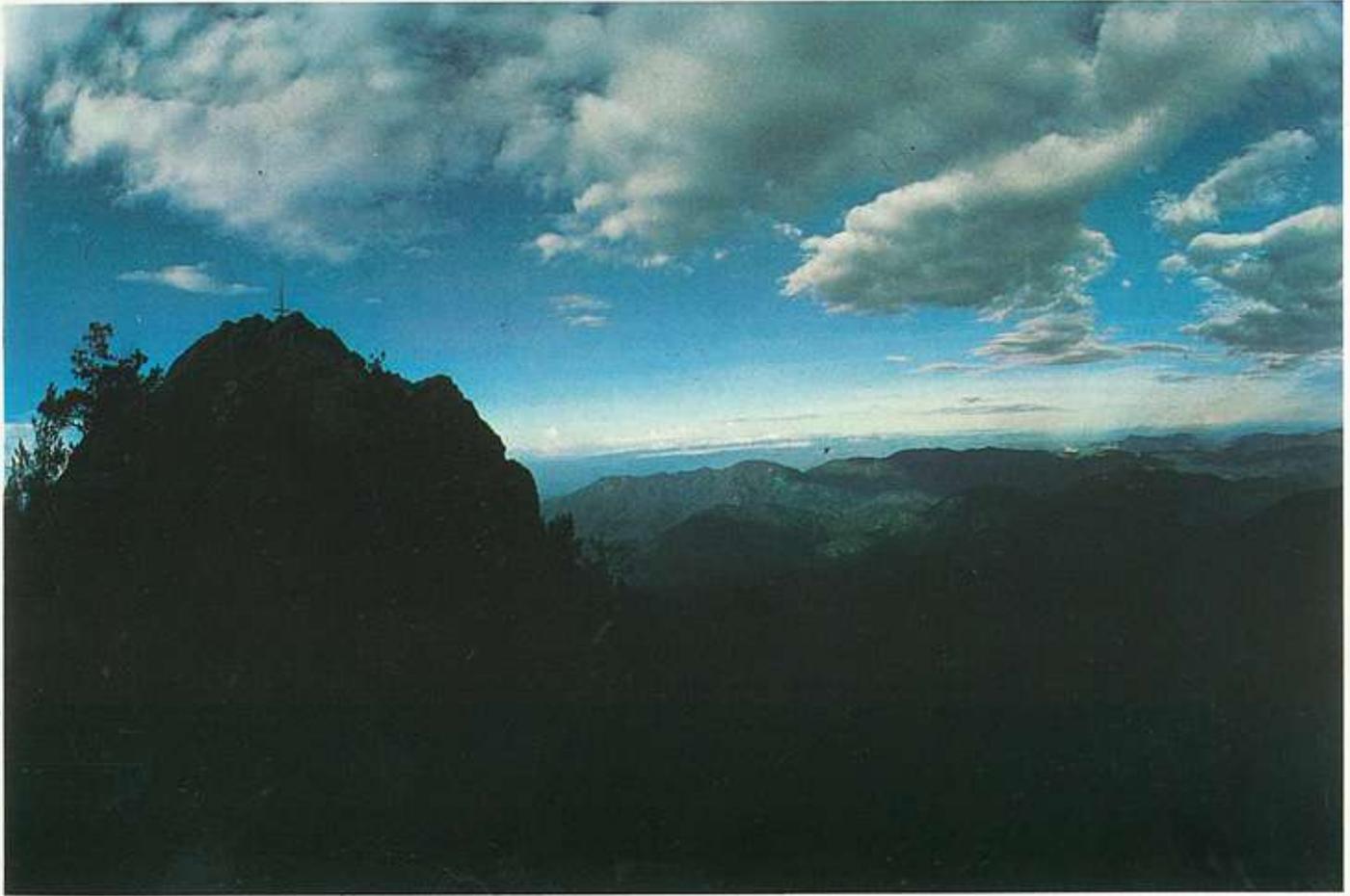
Pues bien, atraído por el canto de sirena de la belleza de estos lugares, un buen día de enero de 1973 me enrolé en lo que constituyó mi primer encuentro con los Parques Nacionales «J. Armando Bermúdez» y «José del Carmen Ramírez». Fascinado, he regresado desde entonces, año tras año, siete veces. He conversado largamente con los guías y monteros, he salido de los caminos para internarme en bosques y ríos «fuera de ruta», y he logrado almacenar una cierta información sobre estos lugares. Sobre todo conservo aún tibia la experiencia de cuánta emoción ante la naturaleza puede nacer en el alma de alguien que, como yo, parece que revive con la luz, la vegetación, los ríos, las montañas y la límpida atmósfera.

El viaje al Pico Duarte puede hacerse a pie o montado. Un buen mulo es el mejor transporte, aunque también hay caballos bien seguros para caminar al borde de los frecuentes precipicios, pisando firme sobre el suelo rocoso y resbaladizo.

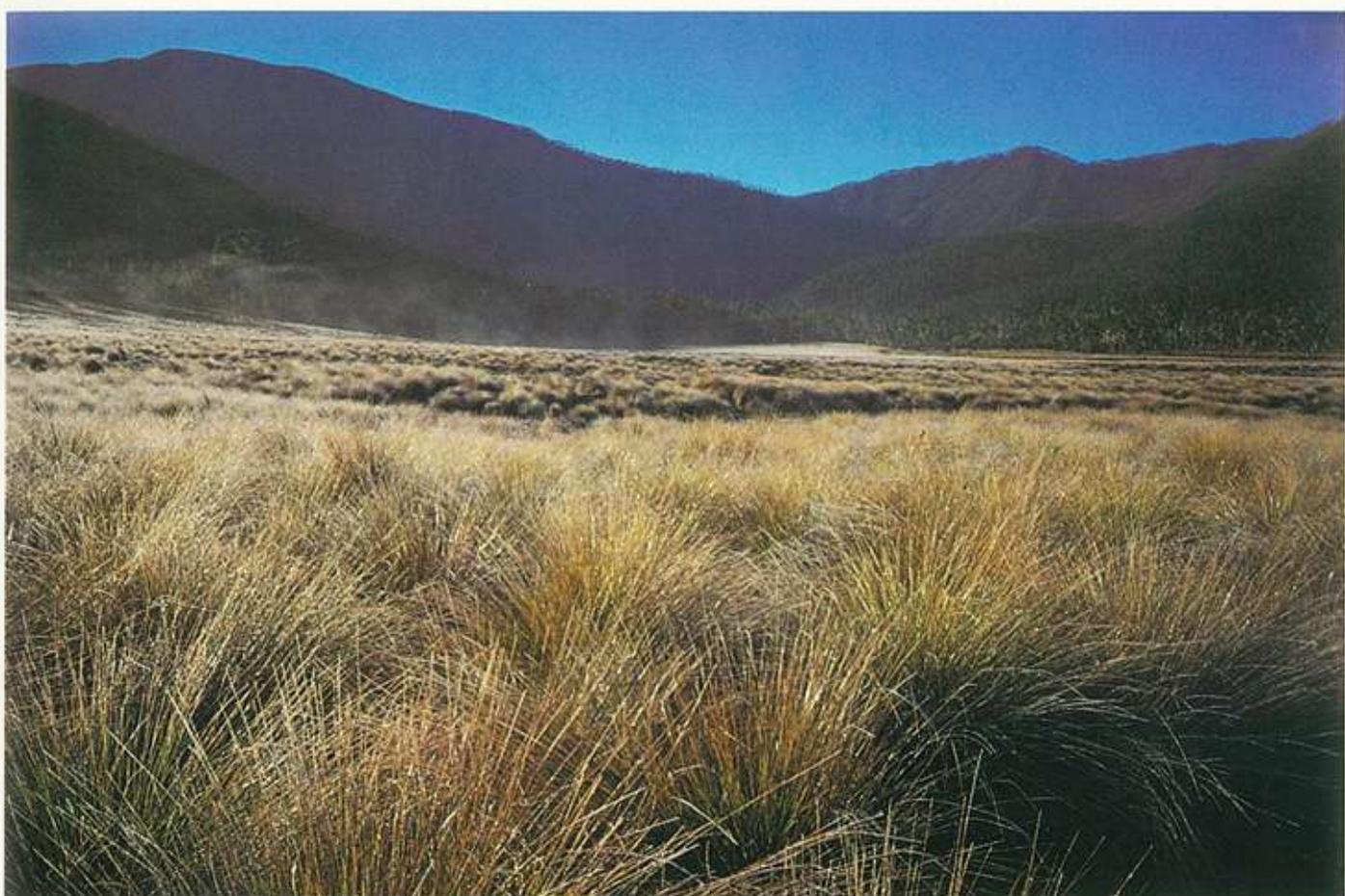
El trayecto más rápido suele ser por Jarabacoa, sobre todo si se cuenta con un «jeep» que permita trasladarse hasta el paraje de Los Tablones. Desde allí, tres días son suficientes para ir y venir, pero aconsejamos cinco para tener el tiempo suficiente que permita una más íntima comunión con esta exuberante naturaleza.

La otra ruta más frecuentada es por San José de las Matas, vía Los Montones, y de allí a Mata Grande, hasta donde también se puede llegar en «jeep». Por ese lado la ruta es un poco más larga, pero tiene la ventaja de que el paisaje posee una mayor variación escénica. Cinco o seis días son también lo mínimo necesario.

En cuanto a este libro, escrito con los apuntes de mis viajes, servirá para describir los lugares más interesantes que formen la trayectoria de una excursión que, comenzando en Manabao, llegue al Pico Duarte y, en vez de volverse por la misma ruta, prosiga tomando entonces la dirección norte para terminar en Mata Grande. No hay duda que éste resulta el viaje ideal, porque ofrece la oportunidad de conocer ambas vertientes del macizo montañoso de la Cordillera Central y explorar más a fondo el paisaje y el ambiente prodigioso de estos Parques Nacionales.



EL PICO DUARTE. Al fondo, el valle de S. Juan de la Maguana.



LA PELONA. En primer plano, el valle de Bao.

2 Manabao

Llegar al poblado de Manabao es relativamente fácil. Partiendo de Jarabacoa, y siguiendo el camino de Pinar Quemado, vamos subiendo por una carretera que se hace progresivamente más despoblada y más empinada.

Es curioso el efecto que produce el contraste entre los innumerables manantiales que bajan por las verticales cañadas, saltarines, musicales, rápidos y frescos, con el paisaje de las ásperas montañas. Las huellas de la erosión son un aspecto común en el paisaje.

Se me antoja pensar que éstas fueron alguna vez montañas vírgenes, que tuvieron grandes pinares donde quizá la luz del sol no llegaba al suelo. Hoy sólo vemos ese mismo suelo requemado y triste, la tierra rojiza y áspera. Cuanto más, lomas tapizadas de mala hierba y de vez en cuando un conuco, una tumba de esas que propician el desgaste del suelo. Hileras de maíz y habichuelas, mareadas al sol y esperando unas gotas de la lluvia de un mayo cada vez más lejano.

Manabao, pueblo montañés, diría que típico si no fuera porque pienso que cada pueblecito de la sierra es igual y es distinto. Tiene su puesto de guardia, su capilla, la pulpería y una fila de casitas a ambos lados de la única calle. Además, una gallera y dos billares.

Pero también hay un vivero, donde pequeñas matitas de pino y de café se dispensan a los que se encargan del plan de reforestación. Y tiene un señor muy bueno, al que el Obispo de La Vega ordenó Presidente de Asamblea, para dar la comunión y leer la Biblia. Mantiene varios hijos y –cosa curiosa– una sola mujer.

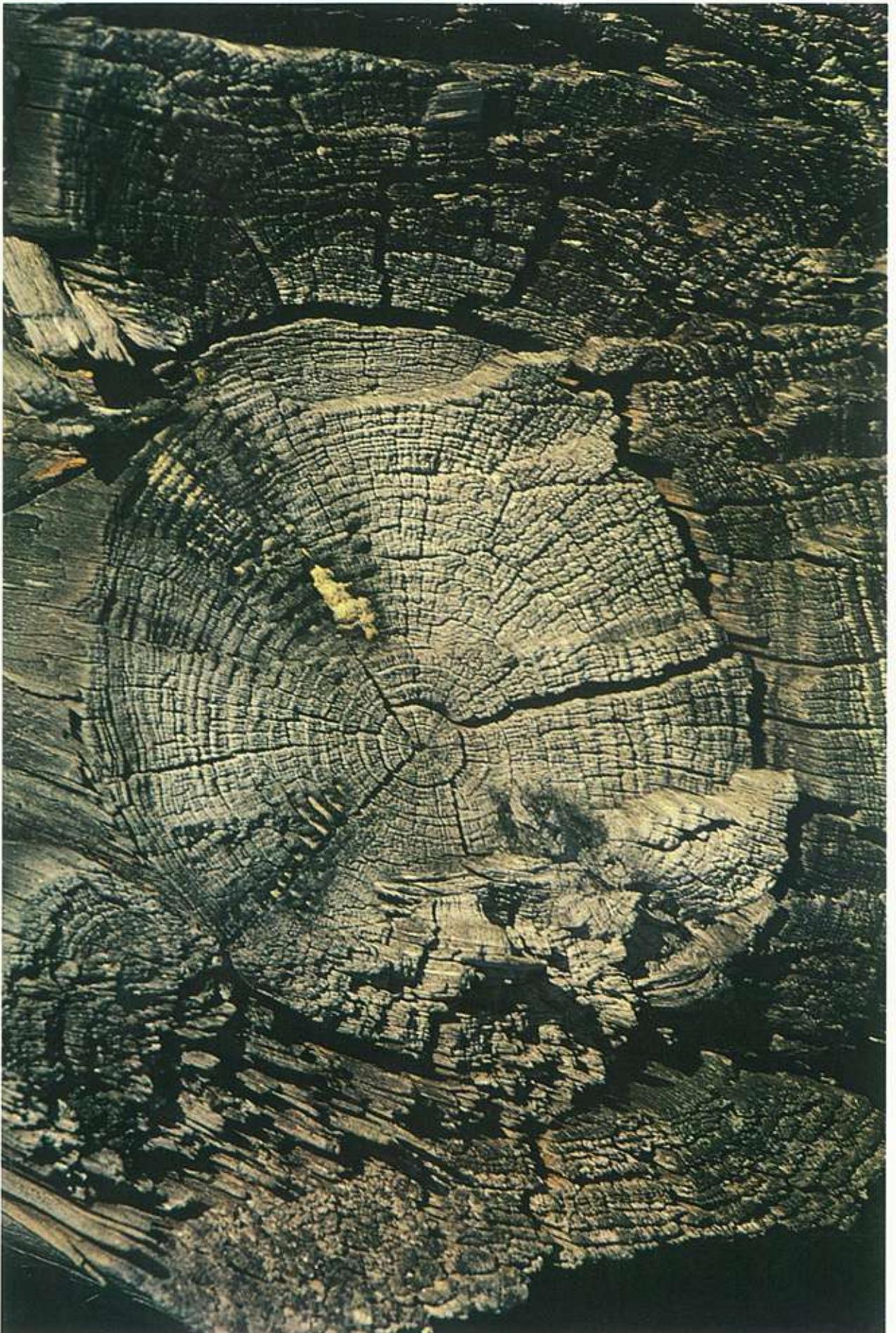
Manabao no tiene bar y si aparecen prostitutas es muy oculto. Pero Manabao tiene un ciego de ciento dos años que come yuca llevándosela a la boca con las manos cuando su nieta le ofrece un plato y

que recuerda las cosas de Lilís y se le ponen vidriosos sus ojos mientras parecen mirar fijamente al infinito.

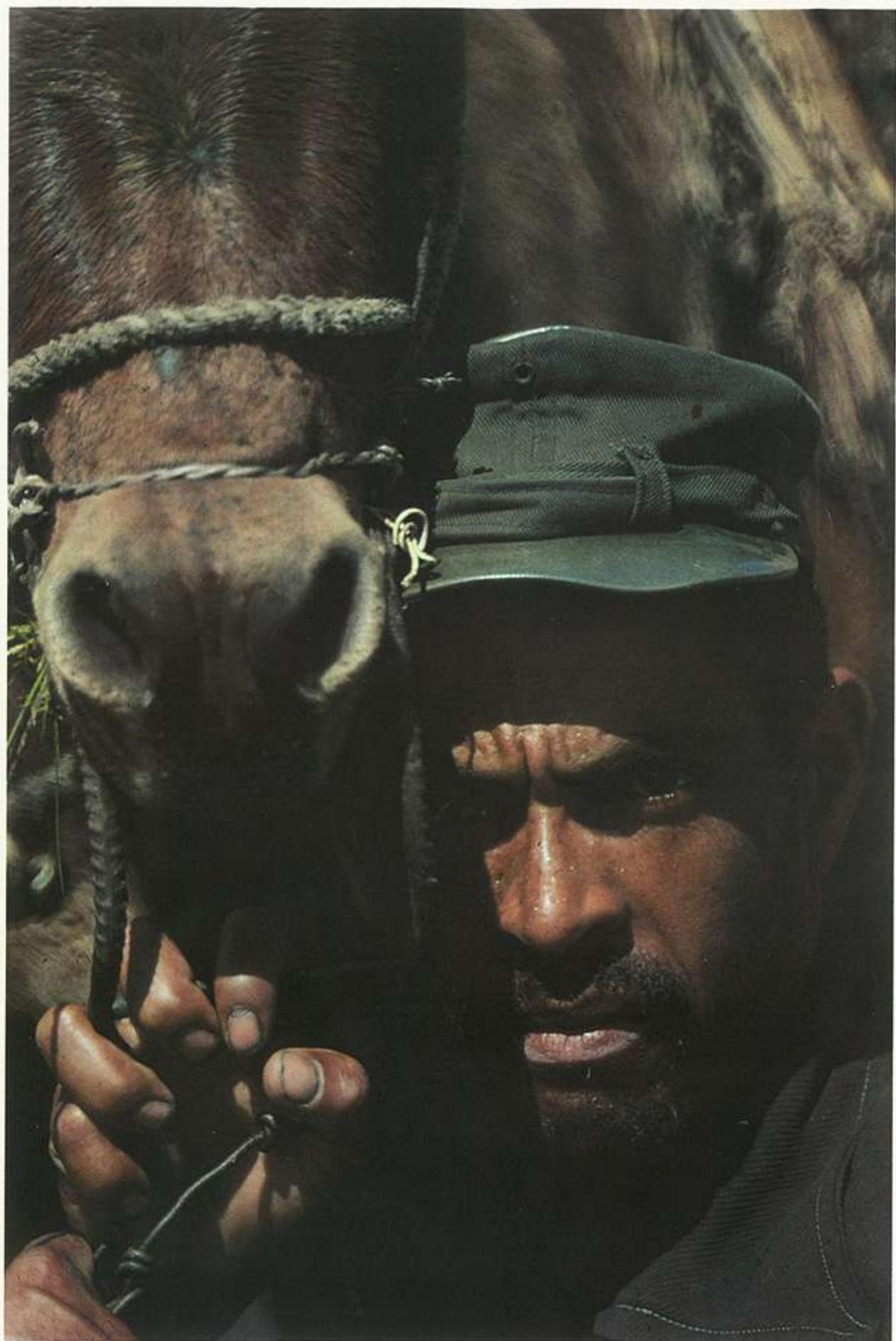
Manabao es todo eso y además una incierta impresión de mísera beatitud, como niebla inquietante, que la sonrisa amplia y tímida de sus habitantes no logra despejar.

De Manabao a La Ciénaga la carretera pierde su nombre. Desde cierta altura podemos admirar los bien atendidos conucos en los tiernos llanos que escasamente bordean el río Yaque del Norte. Las siembras, muy variadas, van desde el repollo al maní y al arroz.

Este es el sitio donde se toman las monturas y nos esperan los guías y los recueros. Aquí se llenan las árganas con el equipo indispensable: comida, tienda de campaña y ropa. Cambiamos los primeros saludos con la gente del lugar. Una excursión de esta naturaleza hay que planificarla muy bien y con anticipación, pues la cordillera no ofrece recursos para subsistir. Los mejores guías del lugar son Nengo Mena y Leoncio Mármol. Para el viaje hay que contratar uno de los dos con anticipación, visitándole primero para ponerse de acuerdo en cuanto a la cantidad de animales necesarios de acuerdo con el número de personas que vayan de excursión.



Tronco de pino serrado y abandonado.



Campesino de Manabao.

3 Habla Leoncio

«Yo soy el hombre que, por cinco pesos diarios, les voy a servir de guía y de amigo: me llaman Leoncio Mármol Mena, cédula número 16322, serie 50 y carnet electoral número 1009959; pero no tengo la 'Palmita', lo que sí tengo son veintidós años de edad. Soy casado y mi mujer tiene dos hijos. Hubiera querido ser ebanista, sin embargo mi padre me puso el machete en la mano desde los ocho años.

Recuerdo que mi primer viaje sierra adentro fue a los catorce años, ya era yo un hombre, y tío Nengo me llevó al Valle Tetero. Desde entonces para acá me he vuelto un hombre ambicioso. Mi deseo es ahora cruzar la sierra y llegar caminando hasta San Juan de la Maguana.

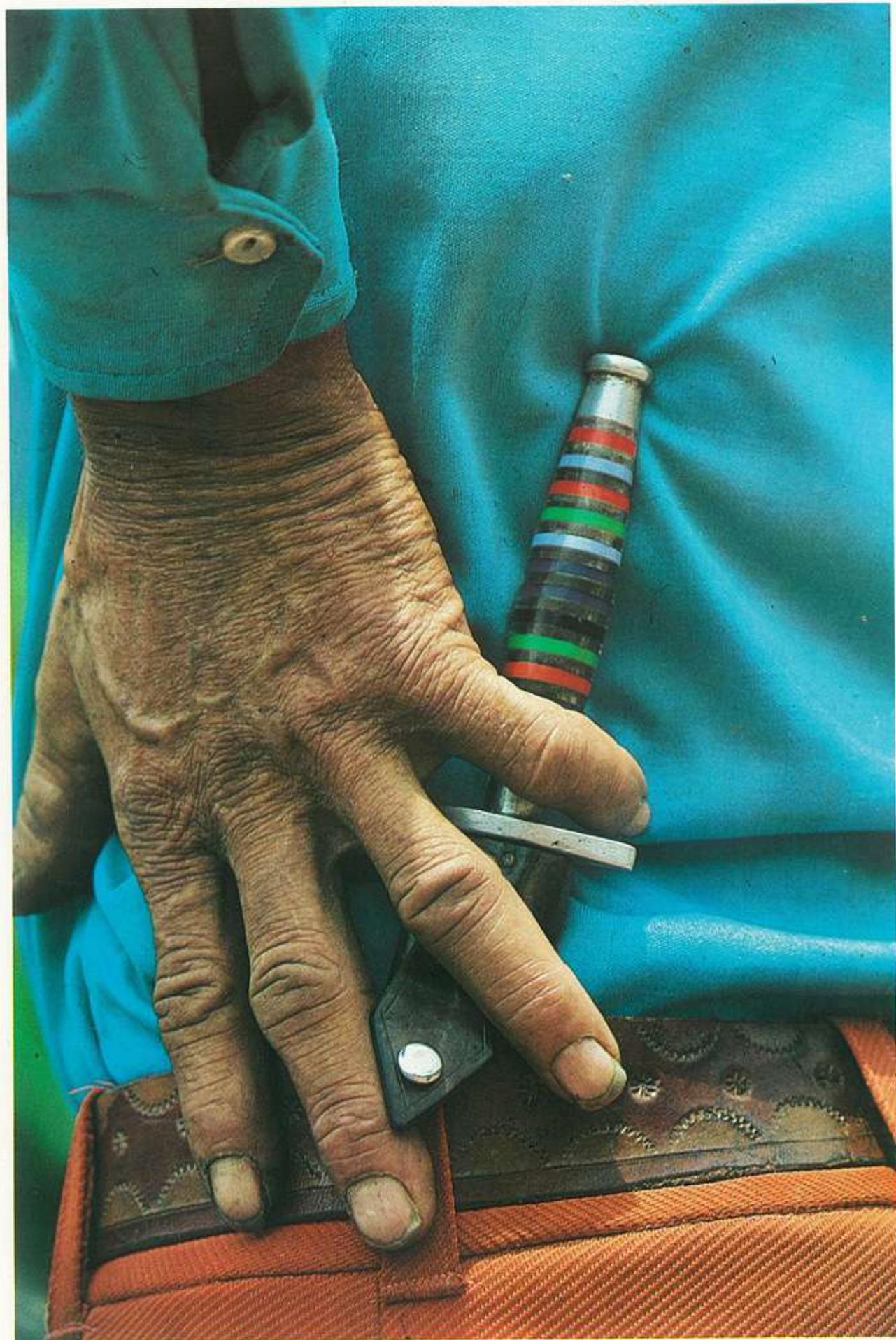
Tengo para decirles que estoy estudiando el quinto curso en la escuela de la Radio Santa María, y un amigo mío, que también por radio está haciendo el sexto curso, me corrige las tareas. Cuando no estoy sirviendo de guía o de mulero al Pico Duarte, trabajo chiripiando lo que puedo. Unas veces de peón de albañil, otras en algún conuco, las más echando el día en algún proyecto de Foresta.

Cuando no aparece en qué trabajar, consigo unas cobijas del ganado que matan, las curo al sol con sal y ceniza y las convierto en rústicos sillones con cuatro palos cruzados. Y así, despacito, sin prisas y sin atropellos, me voy deslizado por esta vida mía, tranquila y amarilla. No tengo remordimientos del pasado, pero tampoco mucha esperanza en el porvenir.

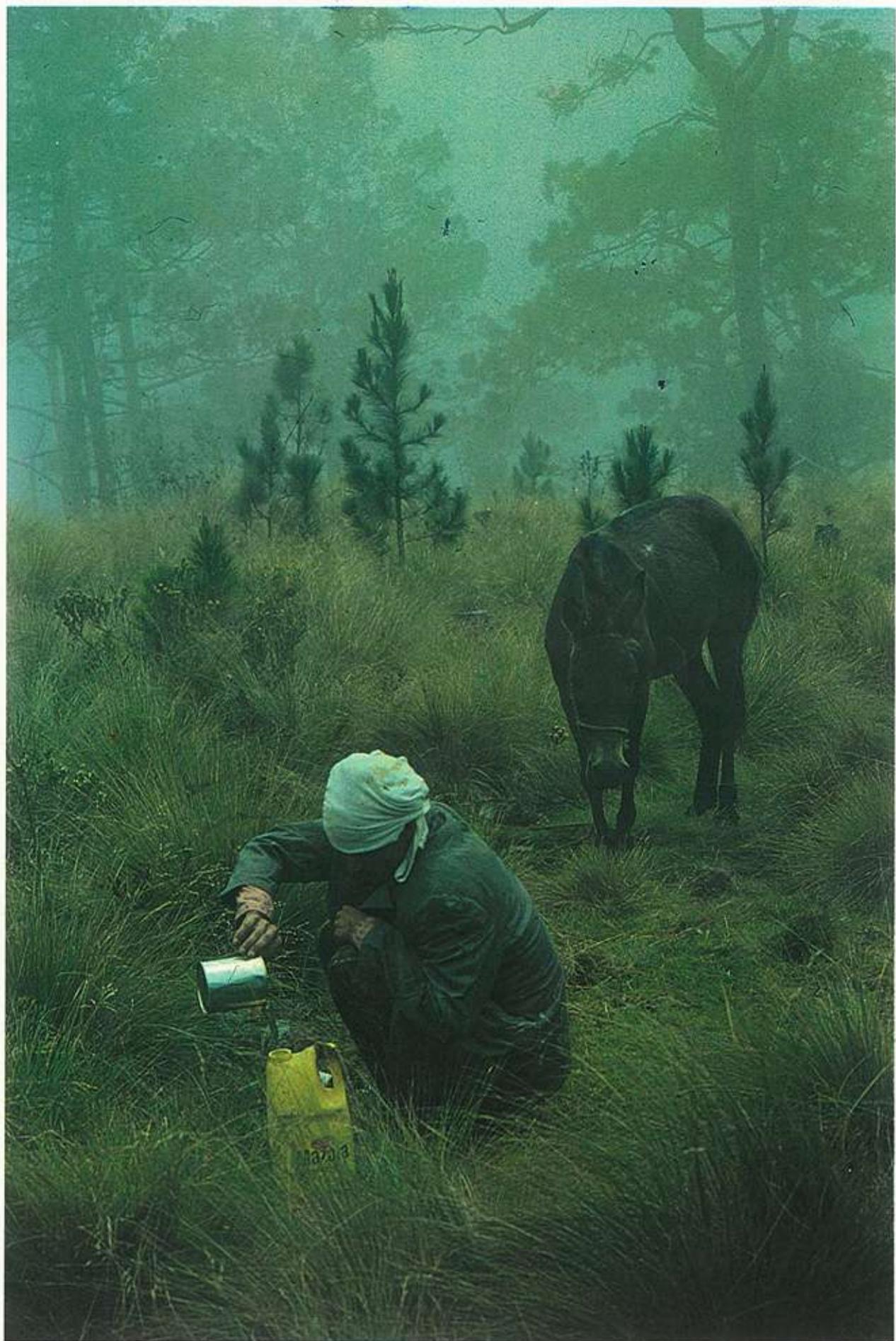
Se me antoja que es un poco como cuando estoy en medio de la niebla y no se ve mucho más allá de unos cuantos brazos. Ignoro si existen enfrente grandes paisajes de valles y montañas, o me encuentro a un paso del abismo. De este modo voy avanzando por la vida, un poco de memoria, como empujado por una necesidad de sobrevivir, que no me puedo explicar.»

Así me contaba Leoncio de sí mismo, este hombre que me ha servido de guía y compañero. Grata experiencia la de convivir, aunque sea tan sólo por unos cuantos días, con una persona con la que no se pueda hablar de cine, ni hablar de equipos estereofónicos, ni de economía mundial, ni de problemas de drogas o racismo.

Muchas veces pudimos compartir, sin embargo, una misma preocupación por el forraje que necesitaban los mulos o la falta de lluvia en los campos. Supimos compartir la alegría de un manantial fresco y limpio que calmara nuestra sed y revivir juntos, al lado del fogón que cocía la cena, la viva memoria de una mujer y de unos hijos que eran, para cada cual, como un hálito de nostalgia que abrillantaba los ojos, perdidos en una mirada fija, queriendo ahondar la profundidad de la noche. Y arriba, sobre nuestras cabezas, las estrellas seguirían picándonos los ojos con picardía, cual si fueran muchachas de esas graciosas que adornan las fiestas de campo, como en Manabao.



«Lengua de Mime», típico puñal del serrano.



Tomando agua de la primera fuente del río Yaque del Sur, en la Rusilla.

4 La Subida al Piquito del Yaque

Pero no podemos perder más tiempo en remembranzas, pues nos queda una larga jornada por delante. De manera que, siguiendo el curso del río de la «Izquierda», que en realidad es el de la derecha, nos vamos remontando por el ancho sendero que le va bordeando. Ya hemos pasado la «Punta de los dos Ríos», lugar donde el de la «Izquierda» y el de la «Derecha» mezclan sus caudales para formar un solo Yaque del Norte.

Siempre me ha impresionado el bosque de cañas amargas. Altas como árboles, verdes, verticales de tallos nudosos y hojas afiladas, tapan la visión del cielo y todo lo impregnan de un extraño misticismo. El rumor del río que baja rompiéndose en pedazos contra las rocas; el cricrí de los grillos y chicharras; el aire caliente y húmedo, como encajonado, áspero y embriagante.

El suelo, muy húmedo, está cubierto de una espesa alfombra de «cejúa», cuyas aterciopeladas hojas de un verde muy oscuro y gran tamaño se me antojan hermosas. Los helechos verdes, rojos, grises y plateados ya se hacen notar por sus múltiples y antojadizas formas y van a ser los compañeros inseparables del paisaje en todo el trayecto. Me alegro. Me gustan los helechos y les saludo como a viejos compañeros; su presencia evoca gratas memorias de tranquilos días transcurridos en tantas excursiones. Existen en el país más de 700 especies diferentes de helechos, de los cuales 128 son únicos en el mundo.

Distraído por la exuberante vegetación, no me doy cuenta que hemos dejado muy atrás «Los Tablones», y el camino se ha tornado angosto y empinado. Los mulos comienzan a resoplar mientras vamos subiendo entre rocas y pinos, por un trillo de tierra poco pisada. A los lados ya se puede ver el precipicio que se forma a medida que la falda de la montaña se va haciendo más vertical. La llaman la subida de la Cotorra, y, quizás por esto mismo, varias parejas de cotorras nos pasan rasando, chillando con su peculiar algarabía. Las veo posarse sobre unos

árboles cercanos, abriendo sus alas y sus colas brillantes al sol, de plumas verdes, rojas y azules. Son cuatro horas de subida. Una larga, penosa y jadeante subida. Pero el tiempo pasa sin darse uno cuenta, absorto en la contemplación de estos pinos que suben con nosotros, adornados de guajaca y rojas piñitas florecidas. Hay gran cantidad de enormes troncos muertos, que se elevan al cielo cual patéticos brazos, cubiertos de una profusa vegetación epífita que parece retornarles a la vida.

Aunque hemos hecho un breve respiro en el «Alto del Coco», desde donde veo abajo brillar el sol como parches dorados en un mantel verdiazul, tenemos todavía que enfrentarnos a una nube cariñosa y húmeda que nos recibe, arropa y mimica como al hijo que retorna. Se me ocurre pensar que atrás ha quedado la civilización.

Confirmando esta impresión, un enorme «guaraguao» nos pasa casi rozando, sobre el abismo a nuestro lado. Le veo alejarse llevado por la brisa como a una «chichigua», sin apenas aletear, desplegadas sus alas inmóviles, deslizándose majestuoso y sereno por las sendas del aire y recorriendo los caminos del viento que sólo él conoce.

No se sabe a ciencia cierta cuándo acaba la Cotorra y cuándo comienza la subida del Pico del Yaque. Recibo la impresión de ser todo, como en efecto lo es, una misma mole inmensa de rocas, tierra y bosque, con breves descansos y empinados recodos. Mientras el excursionista sigue subiendo con fatiga, bordeando la ladera, parece que los impresionantes abismos no le impresionan ya más, pues se ha ido como acostumbrando a ellos.

Las montañas de enfrente se ven al mismo nivel, pero separadas por un vacío de kilómetros. La vegetación sigue igual, salpicada de múltiples flores silvestres que hacen honor a las estaciones y van rompiendo la monotonía ocre de la tierra y el ritmo cansón de los troncos de los pinos, con sus colores chillones: rojos, amarillos, azules y morados.

Allá abajo, muy abajo, ahora que se ha despejado la niebla, puede observarse el Valle del Tetero, medio tapado por otra montaña que nos queda a un lado. Sabemos que estamos en el Pico del Yaque porque el suelo se cubre de repente de pajones. Suelen presentarse duros y ásperos, amarillos filamentos vegetales no desprovistos de un cierto encanto, a veces cargados de finas espigas doradas.

Y así, entre pinos y pajones, se llega al Piquito del Yaque. Es éste un promontorio hermoso, con la forma de un perfecto cono invertido, que pertenece al Macizo de la Rusilla, con el cual está unido por una «hamaca». Tengo entendido que es aquí donde ocurre la división

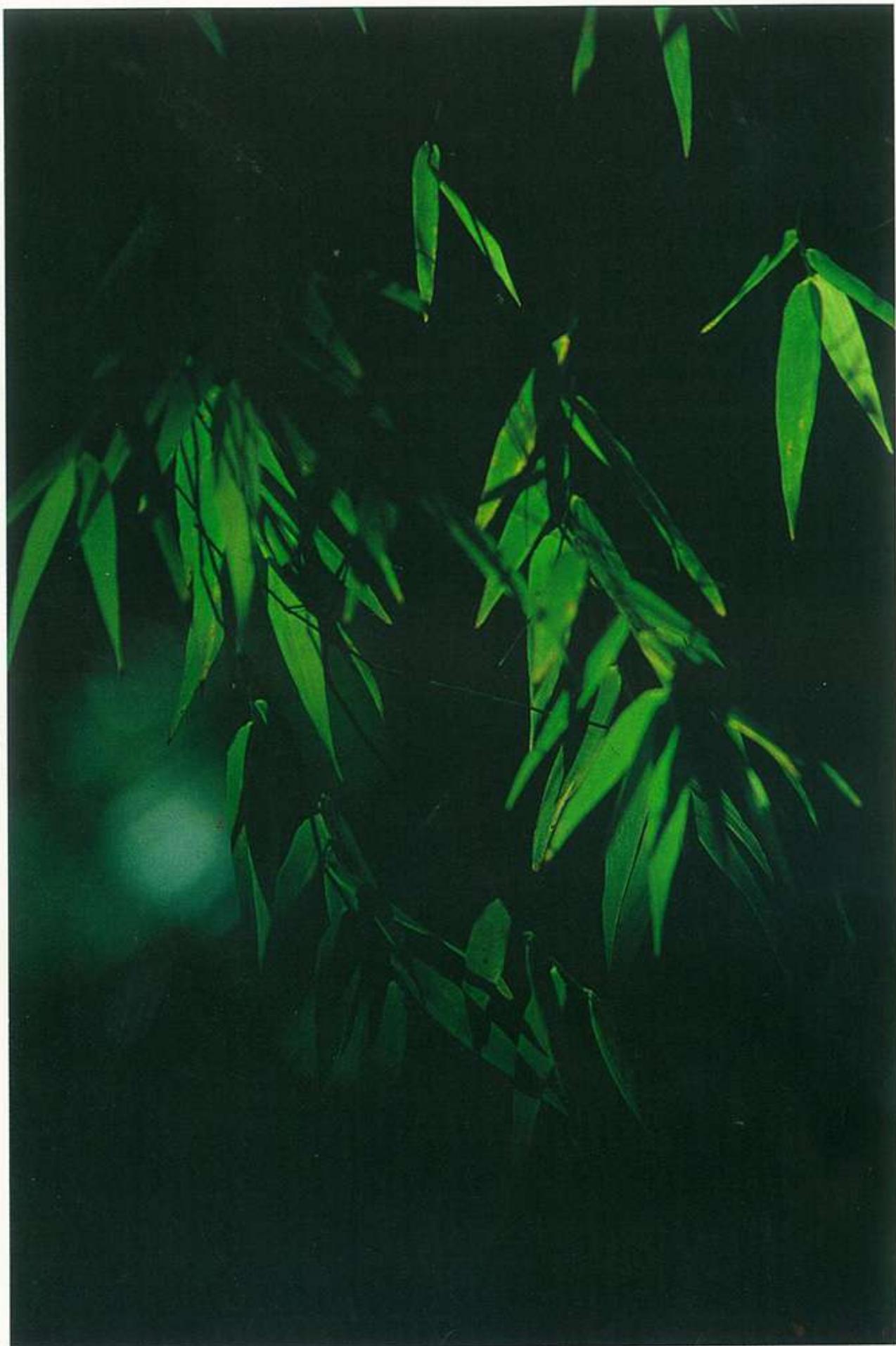
geográfica de las aguas, partiendo unas hacia el norte y las otras hacia el sur del país.

El Piquito ofrece al visitante un encantador aspecto de aislamiento y desolación; sólo unos cuantos pinos y algunas rocas pardas y muy grandes. Un poco hacia el suroeste de esta cima, siguiendo por el mismo trillo, se llega a una pequeña explanada llamada «Las Agüitas» o «El Agüita Fría». Su nombre, sin duda, se lo han dado en razón de unos diminutos agujeros en la tierra por los que brota un agua clara y muy fría.

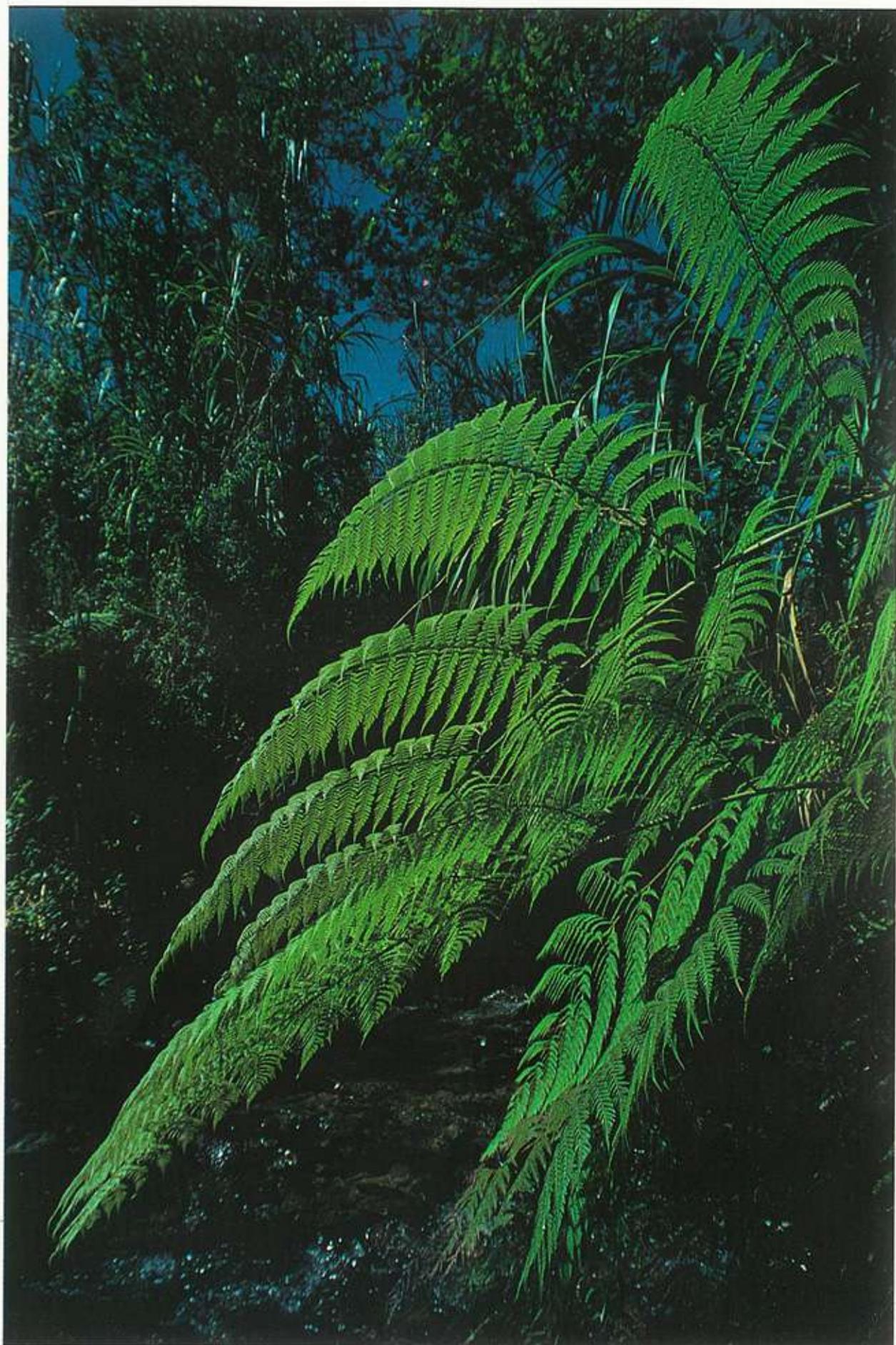
Son éstas las primeras fuentes del río Yaque del Sur. El sitio es bueno para pernoctar, por lo cual se observa, tiradas por los alrededores, latas y basura de personas visitantes que, «amantes» de la Naturaleza, la van engalanando con sus desechos. En un amplio refugio para montoneros se pasa bien la noche, a pesar de que el frío suele ser intenso aun en pleno verano.



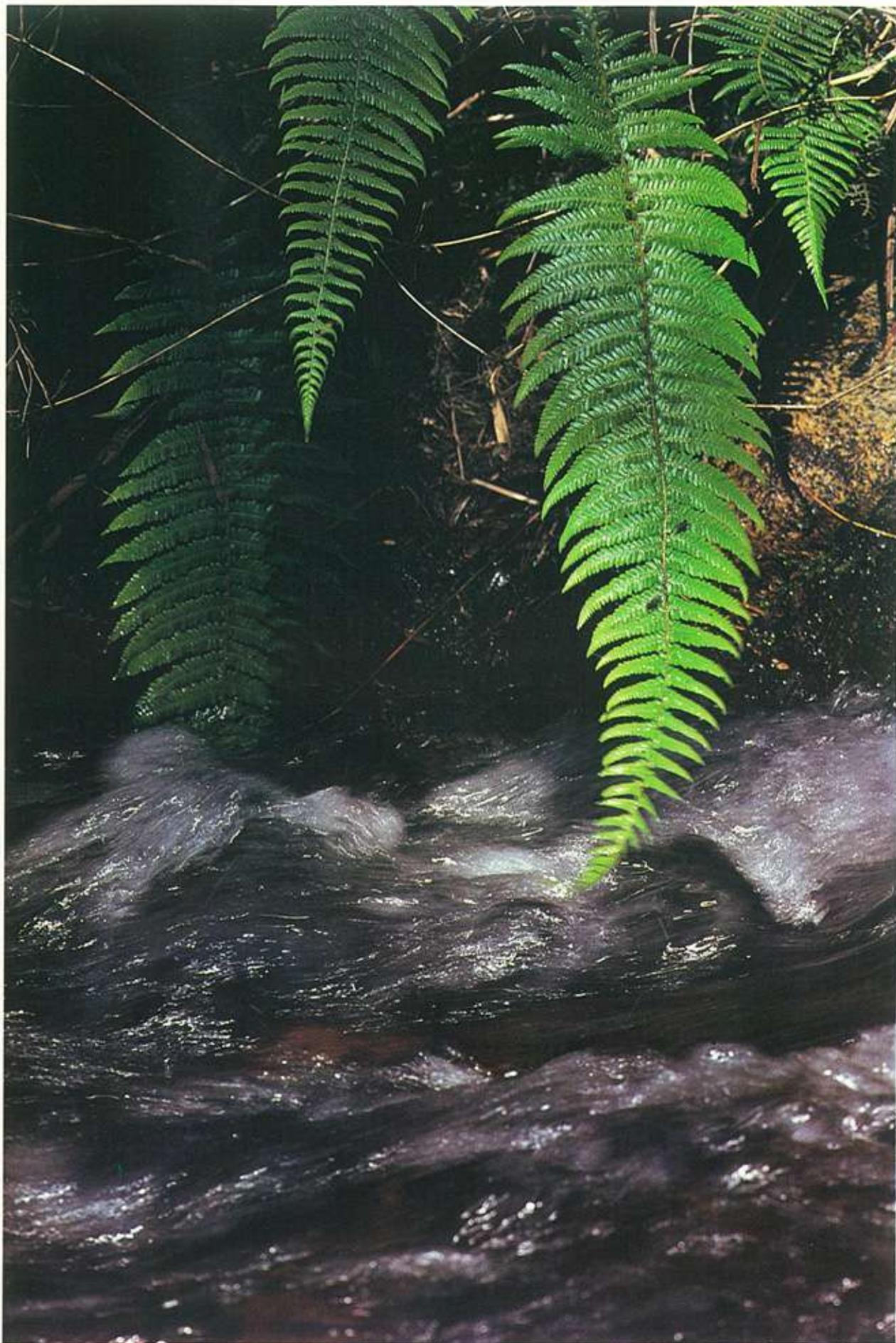
Plantas epifitas, bromelias, líquenes y musgo.



Bambú silvestre a la orilla del río de la Izquierda.



En la confluencia de los ríos de la Izquierda y de la Derecha, un helecho del género *Thelypteris*.



Helecho *Cnemidaria hórrida*.

5 La Rusilla

Es ésta una mole montañosa impresionante que, a pesar de su enorme altura, siempre parece más larga que alta. Recuerdo haber oído decir que su nombre debió haber sido más bien «Rosilla», por el color rosado pardo que presentaba a la distancia, ante los ojos asombrados de los primeros exploradores que se aventuraron por estos lugares. Pero hoy, cubierta de pajones, rocas y pinares, más bien ofrece el aspecto gris de un potro rucio. De cualquier modo, llámese como se llame, Rusilla o Pico del Yaque, como en algunos textos, es la tercera montaña de las Antillas por su altura, sobrepasando los tres mil metros. En un día claro y bien temprano es posible distinguir con toda precisión la silueta azul de cada uno de los Picos principales, aun desde lugares tan distantes como Santiago y Mao.

Para mí, cada montaña adquiere como una especie de personalidad. La Rusilla, con su joroba y su cresta de pinos redondos, se me antoja como la Celestina de la Sierra, entregando la femenina Pelona a los brazos fieros del Duarte.

Para abreviar el tiempo de viaje, es conveniente bordear la Rusilla en vez de escalar su cima, tomando por la ladera hacia el suroeste. Esto se hace por el trecho abierto por Foresta para facilitar la labor de los guardabosques en caso de incendio; camino largo, estrecho y pedregoso, de inclinación casi vertical y que somete a prueba la capacidad de los animales, por lo cual los monteros le han bautizado como «Bajada de amansa potros».

La fatiga del esfuerzo para evitar una caída es compensada con creces por el espectáculo del paisaje y del lugar. Son notables las inmensas moles de negras rocas que se descuelgan por la ladera, algunas creando gigantescos voladizos sobre el precipicio. Los líquenes crecen a menudo adheridos a la roca pelada, formando interesantes manchas redondas y concéntricas, de color claro, que parecen las frescas pinturas

de un descabellado artista. Entre las piedras asoman las formas futuristas de los licopodios.

Hasta aquí nos ha seguido el canto intermitente y metódico del invisible «siguero»; su flauta casi humana ha hecho creer a muchos que alguien les silba desde la espesura del bosque.

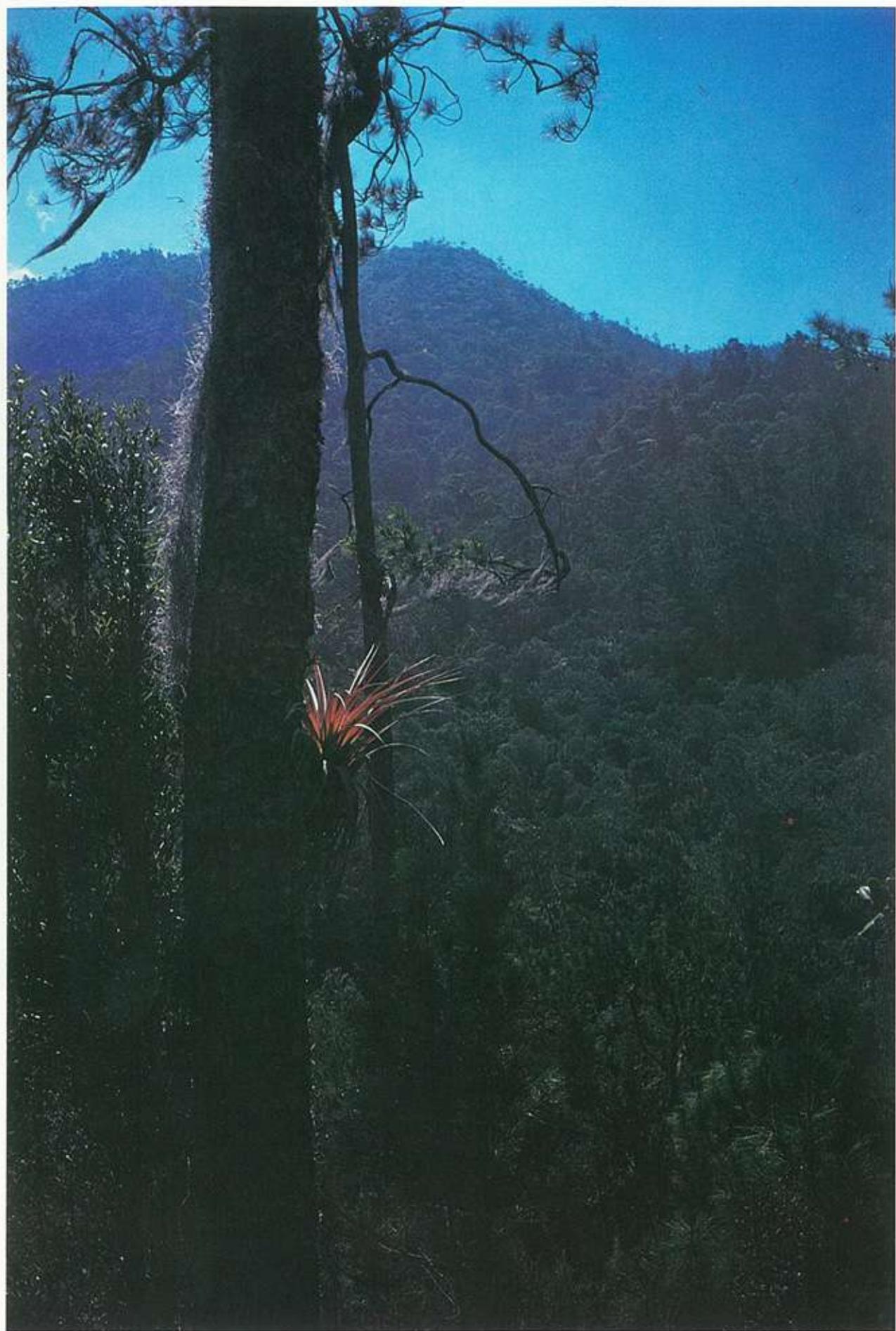
Nos detenemos para recoger hojas de salvia, una especial «salvia de la Rusilla», aromática y amarga, que dicen es muy buena para el estómago y los riñones.

Desde su pequeño nido sobre la rama más alta de un pino seco, un diminuto «Bolinche», colibrí todavía más pequeño que el zumbador de la sierra, nos regala su agudo trino paternal. Pequeños caracoles marrones, redondos y brillantes se esconden entre las piedras en la interesante compañía de escorpiones y arañas.

Es ésta la montaña donde todavía puede encontrarse alguna «jutía», pieza muy codiciada por los monteros, debido a su alto valor en el mercado, si es que se logra capturar viva. Lamentablemente, los perros suelen destrozar el cuerpo de este infeliz animalito, casi extinto, al que devoran con avidez, impidiendo que los cazadores puedan cobrar el precio de su rescate. De ese modo, la única curiosidad definitivamente dominicana de nuestra fauna se va perdiendo de vista en la noche del tiempo.



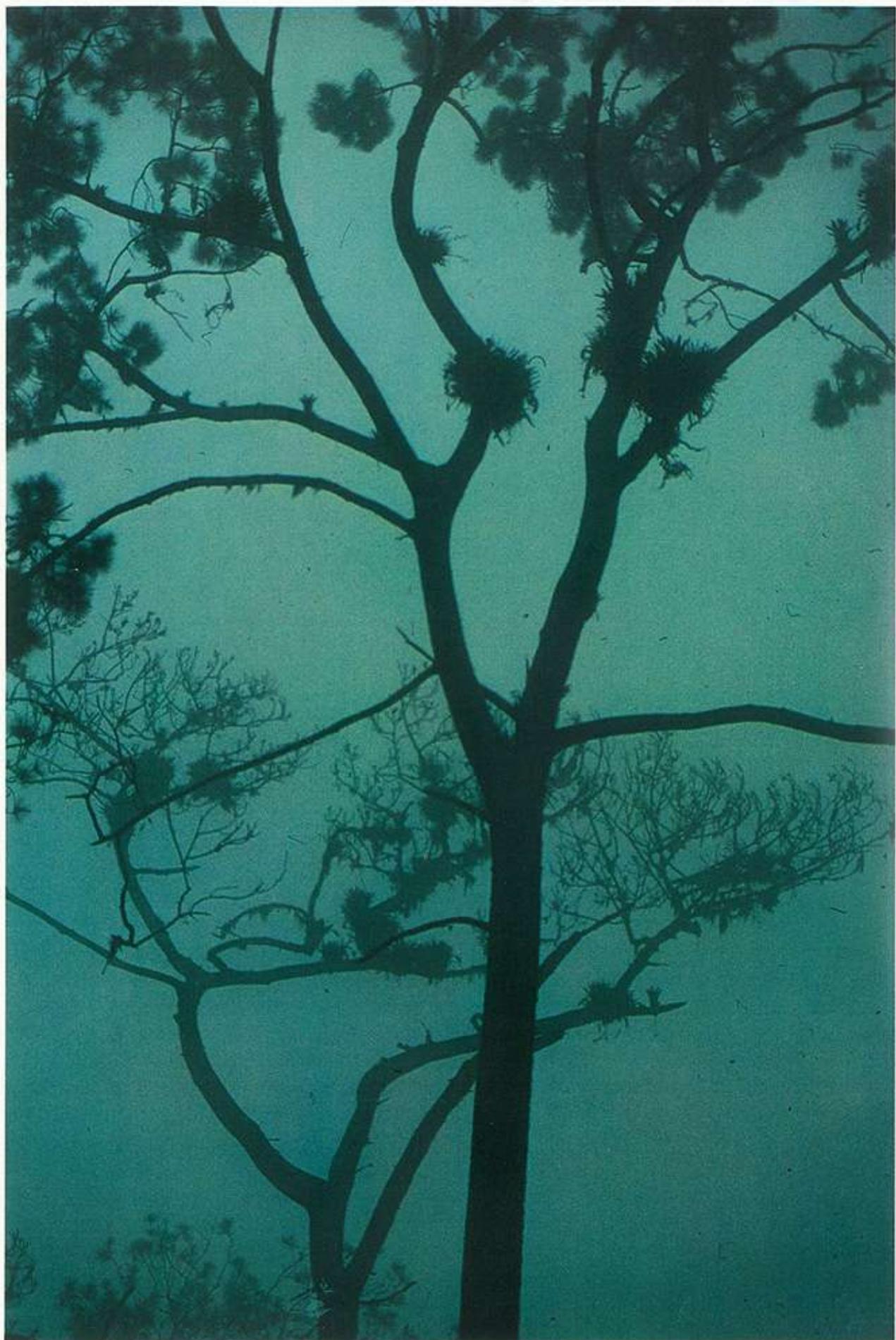
Captosis, de la familia Bromeliasea.



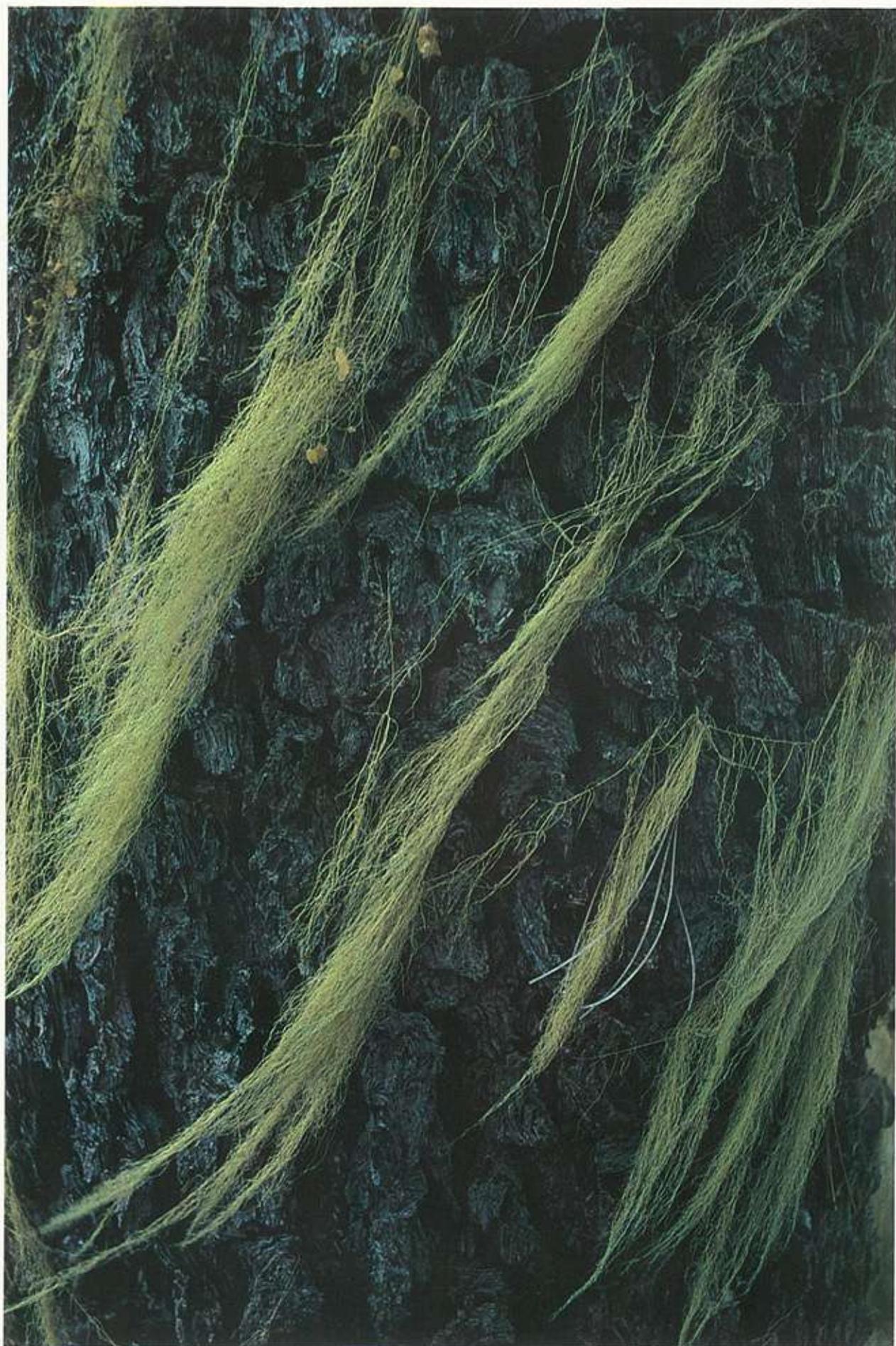
Subida de la Rusilla, Bromelia roja en primer plano.



La cima de la Rusilla.



Matiotes entre la neblina de la Rusilla.



Líquenes sobre la corteza del pino.

6 La Compartición

En esa especie de explanada donde se juntan las faldas de los macizos montañosos de la Rusilla y el Duarte, entre altos pinares y alguno que otro arroyo, el General ha mandado a construir una casa para que pasen la noche sus empleados de Foresta y los monteros. Hecha de tablones serrados a mano, con techo de tabloncillos de cuaba, consta de dos habitaciones y una letrina a prudente distancia. El piso es de tierra, lo cual ofrece la desventaja de que, con el tiempo y su uso, acaba llenándose de pulgas. Por eso hay planes de cubrirlo de cemento, y se piensa traer en mulo la arena y los materiales.

Cuando sopla la brisa, el frío se cuele por las endijas de las paredes. Y si adentro se enciende candela en el fogón de la cocina, el humo que sale entre los tabloncillos del techo va recubriendo de hollín toda la habitación. Sin embargo, de todos estos alrededores, éste resulta el Palacio de la Sierra, y se alegra uno de encontrar cierto abrigo institucionalizado.

No quiero dejar de mencionar el arroyito que hay a la entrada de la Compartición, junto a la puerta de varas de pino que han hecho para cerrar el camino, de modo que los animales no se escapen cuando los sueltan de noche. El arroyo baja entre chorros y murmullos para formar una pequeña poza de aguas extrañamente limpias, increíblemente frías y eminentemente deseables. Completan el aspecto encantador del lugar las rocas grises cubiertas de un verdísimo musgo, helechos colgantes hacia el agua cual nuevos narcisos, y gozosos «saltacocotes» brincando de rama en rama, recibiendo al visitante con el raro canto de su peculiar idioma.

Cuentan los habitantes de las regiones próximas a la Compartición que el célebre brujo Liborio, a principios de siglo, solía llegar hasta este lugar para recibir a sus seguidores del Cibao. Hasta allí llegaban en gran número desde Bonao, La Vega, Santiago y Macorís, atraídos por

su fama de curandero y los extraños atributos que parecían le acreditaban como un Rasputín dominicano.

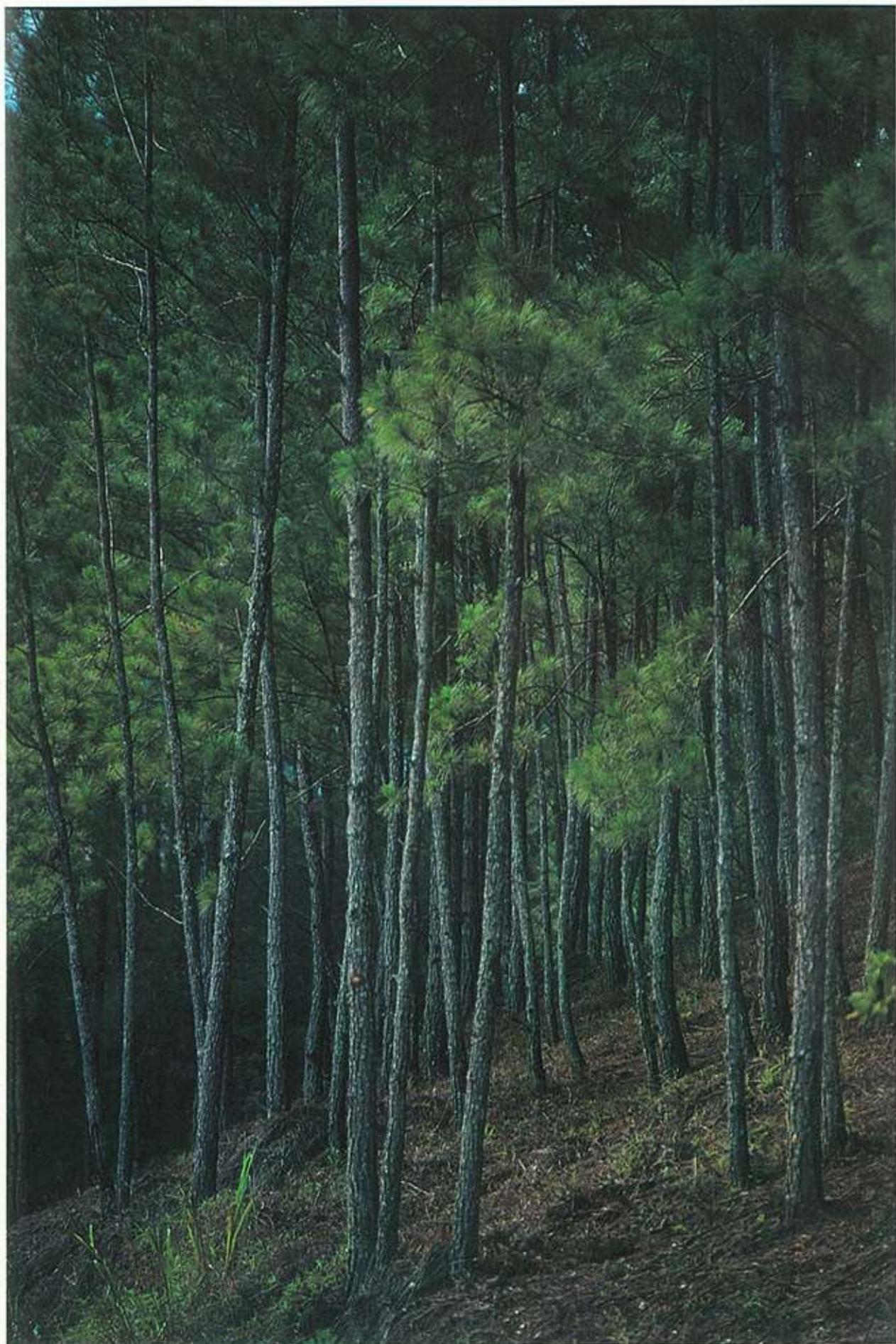
Sobre una roca –la roca de Liborio–, las mujeres se le entregaban buscando procrear un hijo que heredase sus poderes. Su fama parecía crecer no sólo por sus hechizos, sino, además, por sus desenfrenadas actividades sexuales, tanto suyas propias como las que fomentaba entre sus fieles.

Se recuerda todavía que, en ese mismo lugar y al grito de ¡Zafra!, hordas de mujeres y hombres desnudos se entregaban a violentas orgías, probablemente endrogados, donde toda clase de excesos eran celebrados y estimulados.

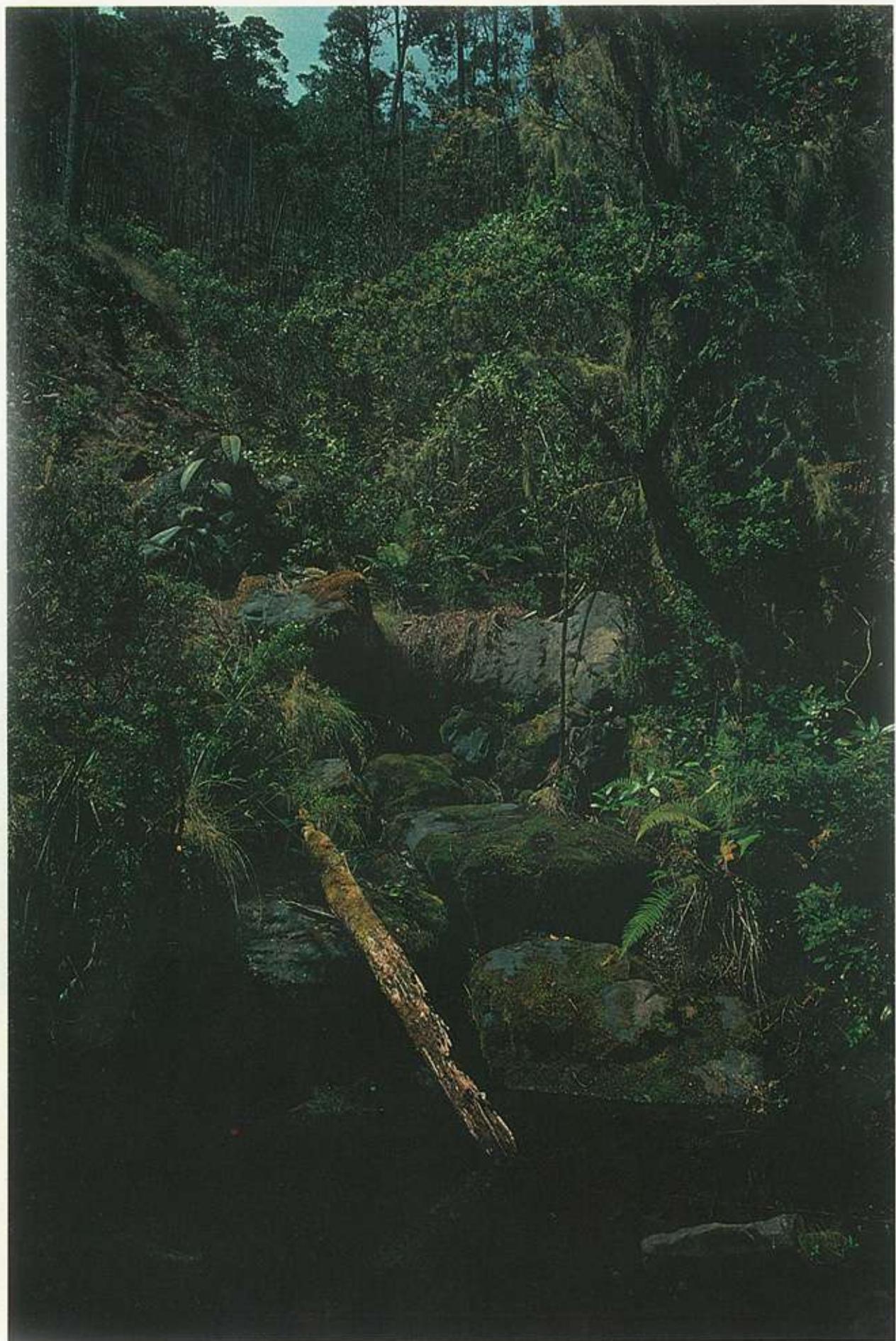
Envuelto entre estas memorias de hechizo y seducción, me doy cuenta que el sol ha desaparecido detrás de la multitud de los pinos que nos rodean. Los últimos rayos se filtran entre las ramas, como dedos luminosos arañando el suelo.

Es diferente el anochecer entre montañas. La luz, de repente, deja de brillar. Echa uno de menos la belleza de las puestas de sol, pero se compensa con los tonos púrpura con que se tiñe el cielo y los jirones de nubes que cruzan rápidas colándose entre los pinares.

El frío empieza a envolverte simultáneamente con la oscuridad, y, casi sin uno darse cuenta, te encuentras inmerso en un inseparable vacío de negrura, desde donde sólo se recibe, cual mensajero de otros mundos, el rutilante brillo intenso de las estrellas y el ensordecedor reclamo de los «carcagises». La paz, una peculiar tranquilidad, te sumerge en un reparador sueño de niño.



El bosque de la Compartición.



Río Yaque del Sur, una de sus primeras fuentes.



Sobre una roca, a la orilla del agua, un helecho *Polypodium lanceolatum*.



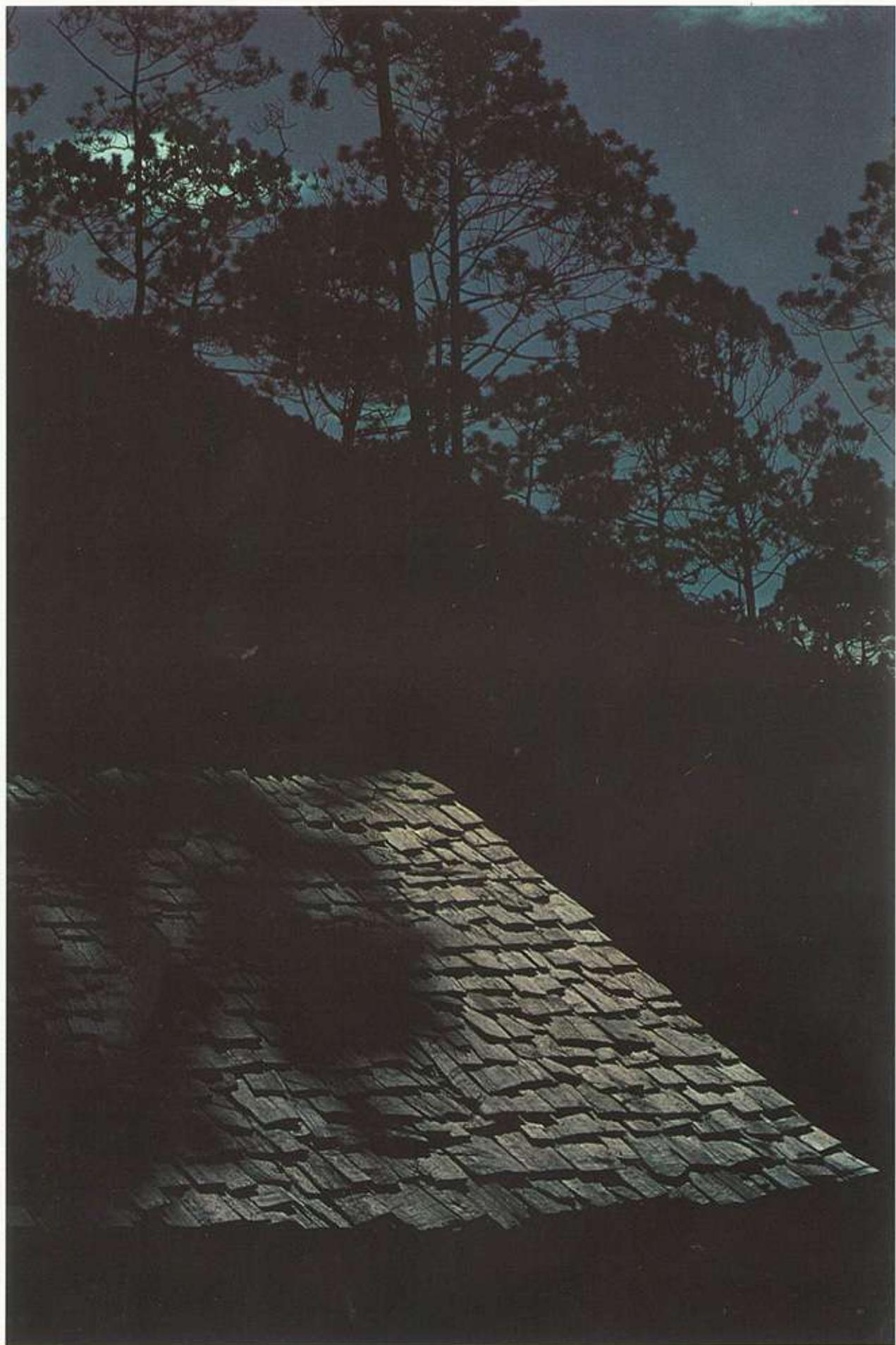
Helecho *Elaphoglossum plumosum*.



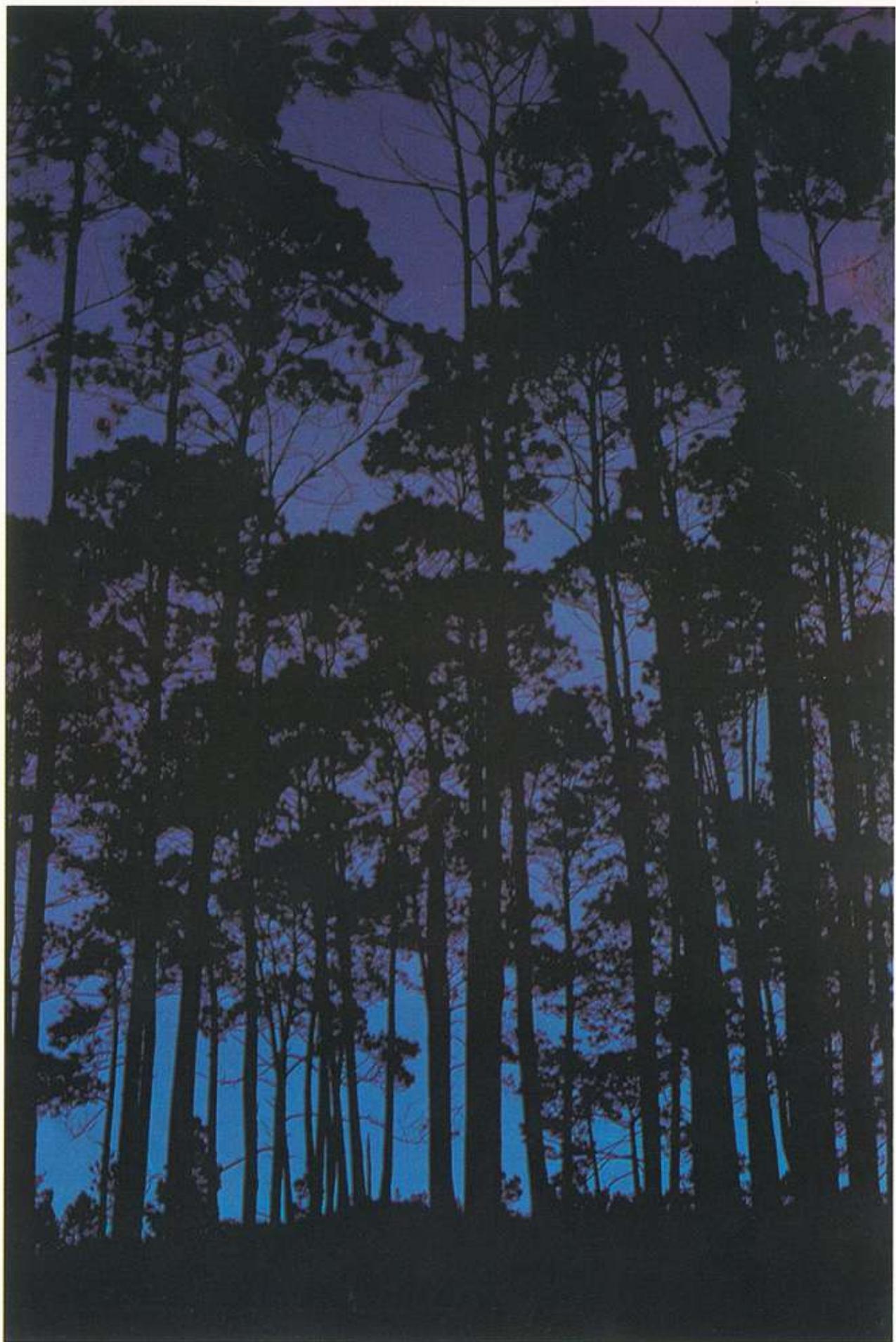
Musgo sobre la roca con un fronde juvenil de un helecho *Polypodium aereum*.



Puesta del sol en la Compartición.



La caseta de los guardias de Foresta.



La noche en el bosque.

7 El Pico Duarte

Temprano, bien temprano, soplando el viento entre los pinos y las primeras luces del día filtrándose como rayos teñidos de colores en la catedral del bosque, se debe emprender la marcha. Es bueno madrugar para subir al Pico antes de que entre mucho el día, de lo contrario hay el riesgo de encontrarse con un panorama nublado, una especie de niebla blanca y luminosa que suele envolverlo y no permite contemplar el magnífico paisaje que desde lo alto puede divisarse.

La subida a la montaña se hace por un camino tortuoso, empinado y rocoso, que se va tornando cada vez más largo a medida que crece nuestra impaciencia. Dejamos atrás los inseparables helechos, ahora más escasos, y el suelo se cubre de una gruesa alfombra marrón de hojas secas de pino.

Es de admirar el tono gris plateado que adquieren los troncos, resaltando agudos e hirientes altos y desafiantes, contra un cielo muy azul, que puede verse como parches brillantes entre la espesura del pinar. Es un azul muy característico el del cielo en esas alturas. Un azul intenso, profundo y limpio; un cielo espeso y perfumado, de azul de bolita, como dirían nuestras abuelas.

De repente, franqueado a ambos lados por pinos tortuosos, se nos presenta el picacho del Duarte ante los ojos asombrados. Parece como si la naturaleza hubiese preparado un suntuoso escenario teatral para una muy significativa representación.

Pero todavía hay que atravesar el vallecito de Lilís. Es éste una breve explanada, libre de árboles y alfombrada de pajones, donde cuentan los viejos de Manabao que aquel peculiar hombre de estado tenía una casa. Decires increíbles para el hombre de hoy, pero no para don José del Carmen Mena, de ciento catorce años, quien solía jactarse de haber sido amigo personal de Lilís.

Del vallecito a la punta del Pico todavía queda una subida casi vertical de varios cientos de metros. Ahora, gracias al trabajo de los hombres de Foresta, puede llegarse montado en mulo casi hasta la misma cima.

Sale a recibirnos una alborotada bandada de «caos», especie de cuervos, con su estrepitoso graznido y volar alegre de rama en rama. Los veo mirarnos con ojos escrutadores, ojos que brillan intensamente y resaltan como gotas de luz sobre su negro plumaje.

A la derecha oigo el tímido ronronear de un minúsculo zumbador, que también parece sorprendido al vernos, y deja momentáneamente de introducir el pico en las flores para posarse en una ramita, exhibiendo su verde cuerpo de brillo metálico y su tocado de blanco plumón en la cabeza. Luego nos sigue revoloteando inquieto entre los parásitos de los pinos.

Quisiera ahora describir la cima del Pico Duarte, pero es difícil hacerlo sin que se note el ardor apasionado de un enamorado.

Como un enorme castillo de naipes, piedra sobre piedra, rocas apoyadas unas sobre otras en difíciles equilibrios, elevándose contra el cielo. Nada más alto, nada por encima. Las mismas nubes parecen rebajarse y servirle de alfombra, coqueteando con el impresionante paisaje.

He tenido la dicha de que cada vez que he subido al Pico ha hecho un día claro. Así, es posible divisar desde un cacho del Valle de la Vega Real, oculto tras los picos vecinos, hasta el Valle de San Juan de la Maguana y los techos de zinc del poblado de Padre Las Casas. Las Sierras de Bahoruco y Martín García nos parecen tan cercanas como a un tiro de piedra. El silencio, que se aprecia mejor cuando agudizamos el oído, ese rumor de señorial quietud, nos envuelve y nos arrulla, pareciendo como si fuera colándose por los poros, haciéndose cada vez más nuestro.

Dicen los viejos que, también en tiempos muy remotos, un tal don Juan encontró aquí un muñeco de oro, tan grande que para bajarlo y poderlo pasar oculto a la codicia de los ojos compueblanos, lo ahumaron y lo bajaron tapado en una litera, como si se tratara de un muerto. Todavía hoy sueñan los campesinos con riquezas fabulosas ocultas entre estas rocas, y algunos aseguran haber visto a lo lejos una palma y una mujer de oro, que se desvanecen cuando se aproximan en su búsqueda.

La codicia del serrano parece hacerle volver los ojos hacia estas regiones, donde, por un inexplicable atavismo amamantado durante

siglos de opresión foránea y avaricia criolla, suelen materializarse fascinantes historias sobre minas de oro y otros fabulosos tesoros jamás vistos por ojos nativos.

Coronan el Pico un par de cruces. Una pequeña, de mármol blanco y muy bonita, con una inscripción conmemorando el «Año de la Fe», que dejó allí el obispo de Santiago en el curso de una misa que se celebró en el mismo Pico.

La otra cruz, más alta que un hombre, la forman dos maderos desvencijados, cruzados, resecos y tortuosos, que han soportado el embate del tiempo y se alzan patéticos sobre los abismos circundantes. Esta otra cruz, la vieja, la que nadie supo quién puso ahí, es la que me impresiona y sobrecoge por su dramatismo.

Siempre bajo del Pico con desgano, con ganas de quedarme, con promesas de un próximo retorno, para volver a abrazarme a esa cruz desvencijada y dejar que el vacío se abra nuevamente a mis pies.

Pasar la noche en el Pico Duarte, aunque sea en el Vallecito, es algo que puede resultar arriesgado si uno no toma las debidas precauciones. La temperatura baja repentinamente, aun en pleno agosto se aproxima a cero grados, y en invierno se torna agudamente insoportable. Se levanta, simultáneamente, un viento cortante y persistente que agita las paredes de tela de la casa de campaña cual banderas ondulando frenéticas por el vendaval. En verano, además, hay que soportar la lluvia y las tormentas eléctricas, que suelen ser frecuentes.

Muy de madrugada, a eso de las tres o las cuatro, la presión baja y el aire parece desvanecerse, volviéndose tan fino y delgado que se hace difícil la respiración. Es probable que no se pueda dormir en toda la noche, y al día siguiente el viajero siente como si le hubieran aplastado con alguna de las muchas rocas.

Pero si toca la suerte de que esa noche no hay nubes y hay luna llena, como yo he podido disfrutar, es posible admirar el esplendor de su brillantísima luz azul que ilumina con claridad meridiana todo el paisaje con intensidad casi diurna.

Vale la pena también admirar el espectáculo del amanecer sobre estas cimas. El sol suele salir por detrás del Piquito del Yaque, o entre éste y la Rusilla. Las nubes se amontonan alrededor del astro y, poco a poco, va formándose una singular turbulencia. Subiéndose a lo más alto de la cima del Pico se puede observar cómo comienzan a levantarse espesas brumas entre los cañones y desfiladeros de las monta-

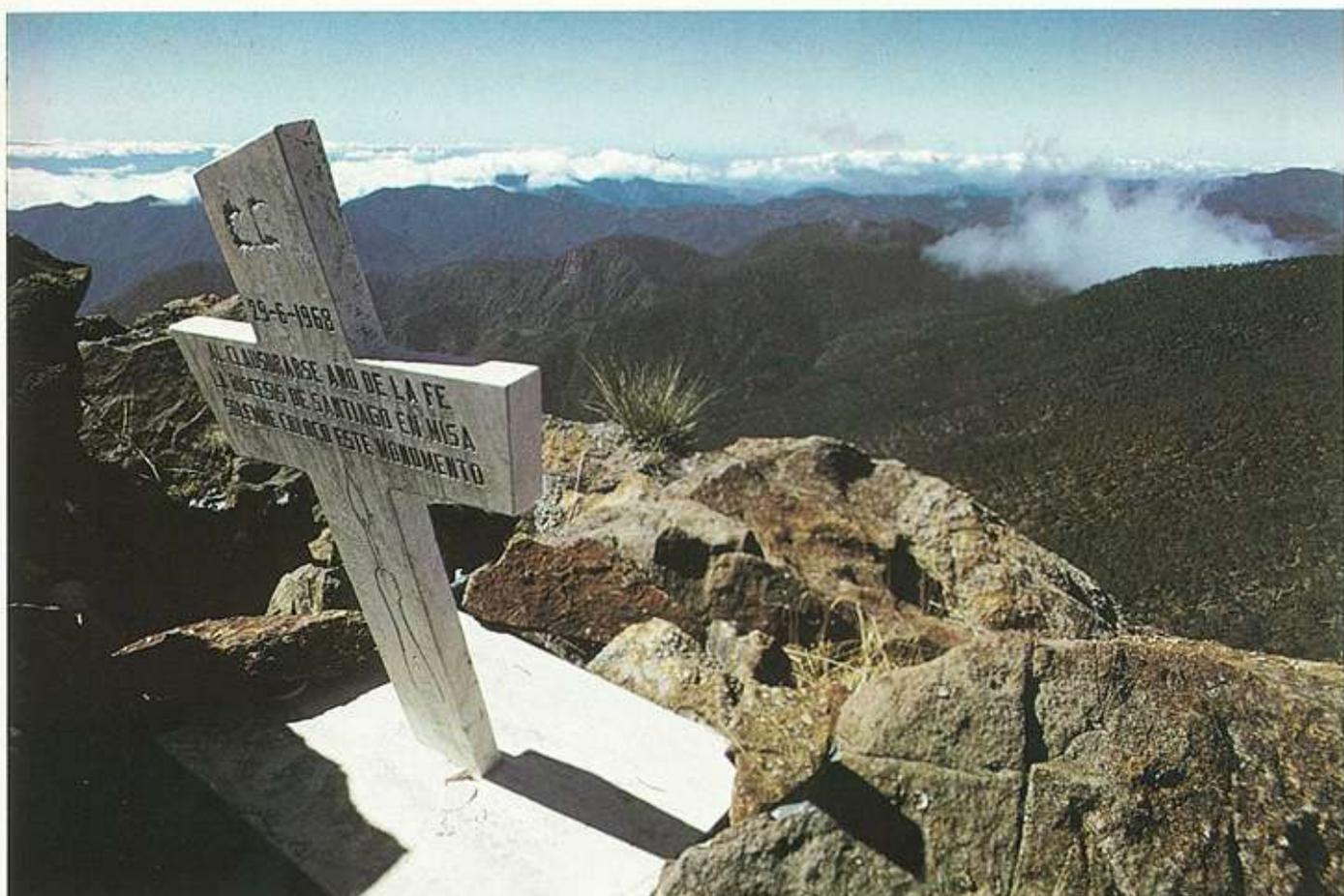
ñas circundantes, a medida que la escarcha o el rocío se evaporan con la acción de los primeros rayos de sol.

Jirones de nubes se deslizan rápidas y suaves dando vueltas alrededor del Pico. Arriba, el cielo suele estar despejado y muy azul, con un sol radiante y alegre. Uno se siente un poco como fuera de este mundo, cabalgando sobre nubes y torbellinos.

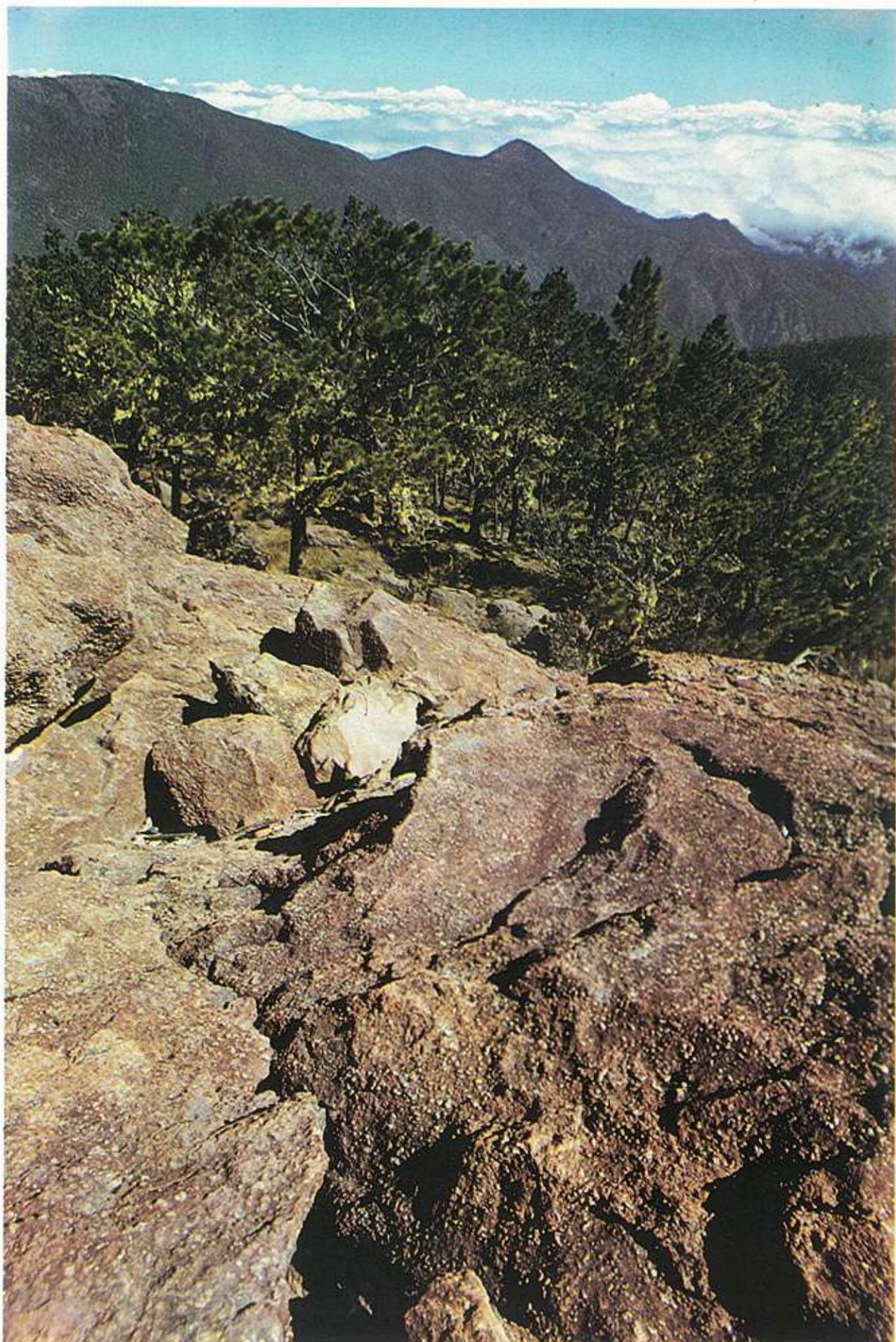
Mirando hacia abajo, si no se sufre de vértigo, puede verse el espectáculo de la danza del vapor de agua que se ha volatizado de repente desde el suelo. También puede suceder que las nubes lleguen hasta uno, se te acercan y rodean cual gigantescas y blancas manos fantasmales, envolviéndolo todo en una espesa niebla brillante. Entonces el sol desaparece completamente y hay que tener cuidado al bajar de las peñas para no dar un paso en falso; el precipicio hacia el oeste debe tener varios cientos de metros de profundidad en caída vertical.



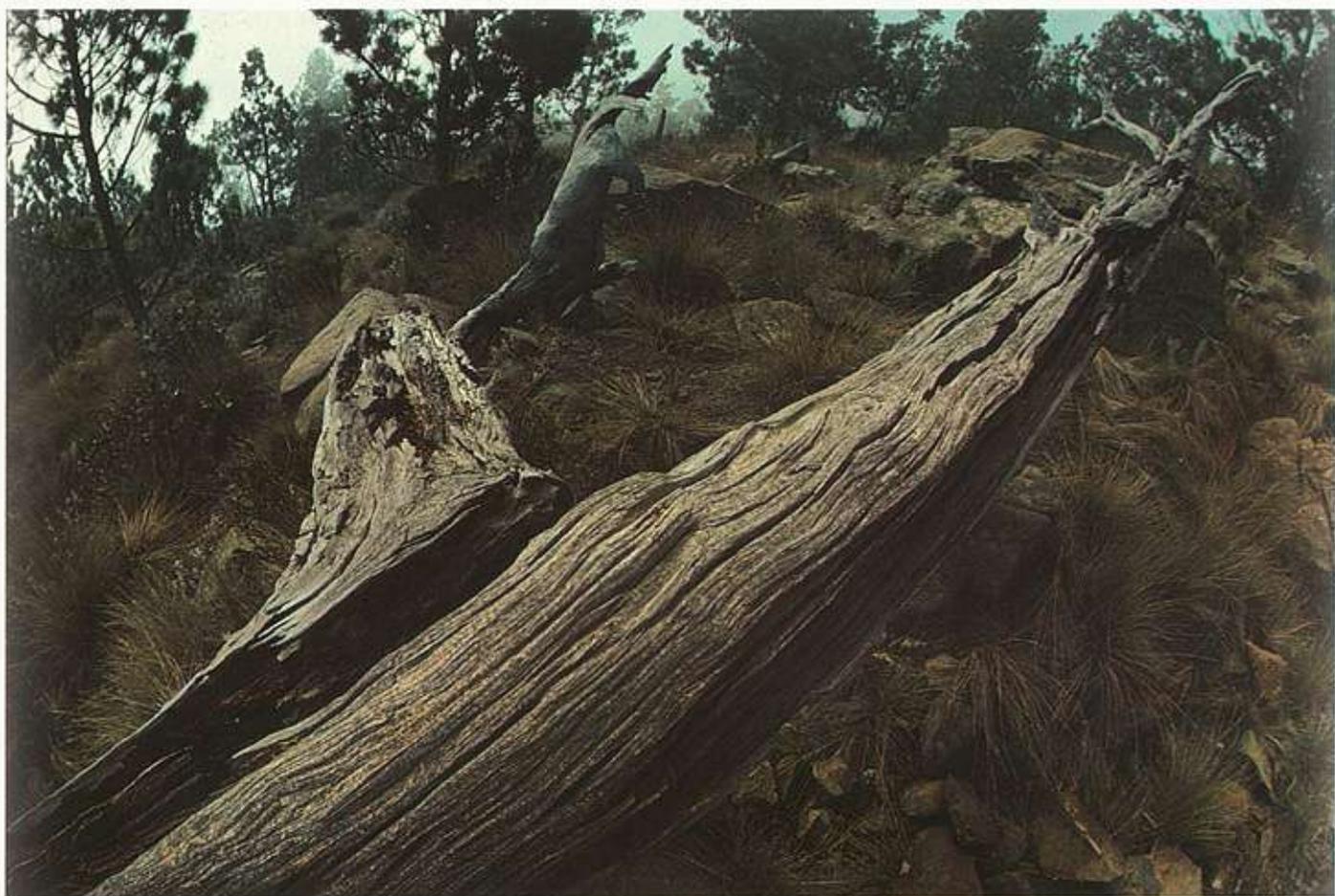
Vista de los Picos Duarte, a la derecha, y Pelona, atrás, a la izquierda.



Sobre el Pico Duarte, mirando hacia el oeste.



Rocas del Pico Duarte, en primer plano, con el Piquito del Yaque, al fondo, y parte de la Rusilla, a la izquierda.



A la bajada del Pico Duarte, tronco derribado por un rayo.

8 La Pelona

A media mañana hay que proseguir el viaje, ahora en dirección al norte. Es necesario subir primero a La Pelona, lo cual resulta relativamente fácil, pues el segundo pico está unido al Duarte por una larga franja, continuación del vallecito de Lilís. Bien podría decirse que este macizo montañoso es un verdadero gigante de dos cabezas.

La Pelona es, sin duda, la más bonita de nuestras montañas. Compañera fiel del Pico Duarte, se ha mantenido junto a éste en un romance de siglos. Erguida al lado de su vetusto compañero, casi de su misma altura, hay muy pocos metros de diferencia entre ambos picos, y existe quien diga que es La Pelona la más alta, probablemente sobrepasando los 3,100 metros sobre el nivel del mar.

De todos modos, por su forma redonda de media naranja, de curva suave y graciosa, muy bien podría pasar por una apacible colina descansando sobre un valle de nubes.

Alberga esta deliciosa montaña el pinar más hermoso del Parque Nacional. No tanto quizás por lo tupido, sino por la belleza que adquieren estos árboles, que allí no alcanzan gran estatura, pero que se redondean y adquieren formas caprichosas, haciéndole parecer más bien un cultivado jardín. A estos pinos retorcidos, no sé si por la altura o por el viento, los monteros se antojan de llamarles «Matiotes».

Al ir bajando por la exuberante ladera, se pueden notar los diversos tipos de vegetación que corresponden a sus varios niveles de altura. Impresiona, sobre todo, un grueso colchón de jugosos licopodios y musgo aterciopelado que cubre ambos lados de una parte del camino. No sabe uno decir si es más fascinante el vivo colorido, desde el amarillo hasta el rosado, cual preciosa alfombra persa, o el jugoso frescor causado por su enorme capacidad de retener agua. Esta increíble saturación nos permite exprimirlos como esponjas, hasta llenar un vaso con un puñado de estos vegetales.

En verano los líquenes están tiernos, húmedos al tacto, y se cuelgan descuidadamente entre ramas y troncos como un rasgado velo de novia. El suelo está cubierto por una espesa capa de agujas secas de pino, que crujen y se hunden muellemente al pisar. Todo invita al reposo, a sentarse recostado de un viejo tronco y, cerrando los ojos, llenarse los pulmones de un aire inmaculado.

Existe en lo alto de La Pelona, cual desecho olvidado de la civilización, una placa redonda de metal, cuya inscripción conmemora algún evento geológico. Pero mucho más importante que esto es que existe en su ladera, bajando hacia el noreste, aunque bien arriba todavía, una amplia extensión de grandes rocas oscuras, marrones y negras, donde toda vida vegetal está ausente.

Los entendidos lugareños llaman a este pedazo «El Volcán». La impresión que ofrece es como si un gigantesco meteorito se hubiera estrellado contra la ladera, rompiéndose en mil pedazos. Otros atribuyen al lugar el resultado de extrañas prácticas indígenas relacionadas siempre con tesoros ocultos. Desprovisto de una solución mejor para el enigma, esta explosión de rocas a flor de tierra sólo logra contribuir aún más al hechizo de esta singular montaña.

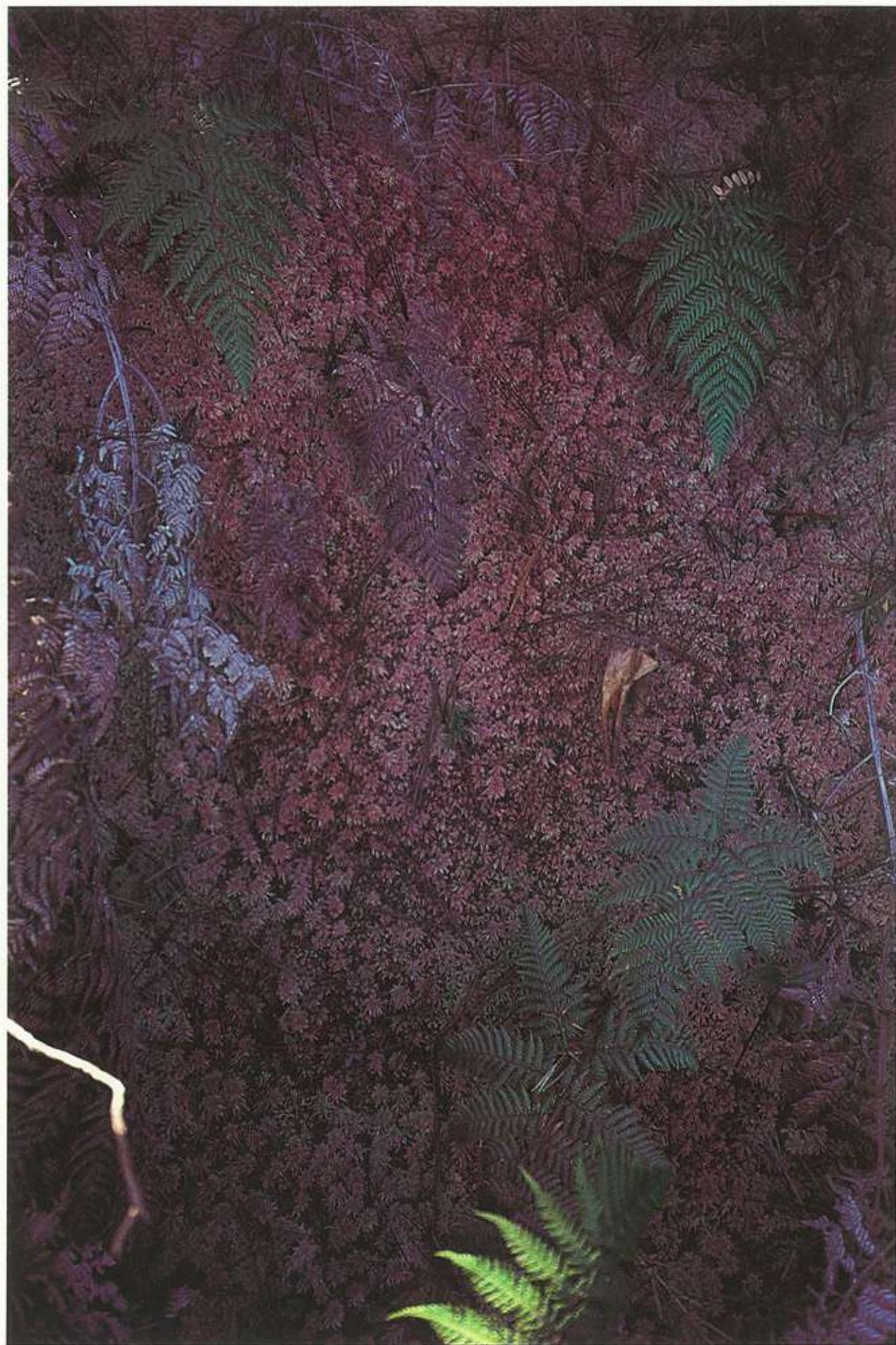
Por la tarde suele, además, deslizarse una fina niebla entre los pinos. Viene avanzando como pinceladas de nubes blanquecinas, colándose rápidas entre los troncos y adquiriendo el paisaje el mágico toque de una espléndida nostalgia gris. Nuestra más hermosa montaña adquiere en estos momentos el inusitado encanto de un paisaje japonés, donde los árboles se esfuman y el panorama de fondo se sustituye por un telón plateado. Por un hueco entre la niebla y los troncos de los pinos se puede ver el Valle de Bao, como en vista aérea, cual si fuera desde un aeroplano. Parece como una pequeña lengua verde que, a cada vuelta del camino, se va agrandando cada vez más a medida que bajamos. El descenso es largo, son varias horas de agotador viaje, pero que le pasan rápidas al viajero, espuelado por una, cada vez más viva, expectación por llegar al Valle.



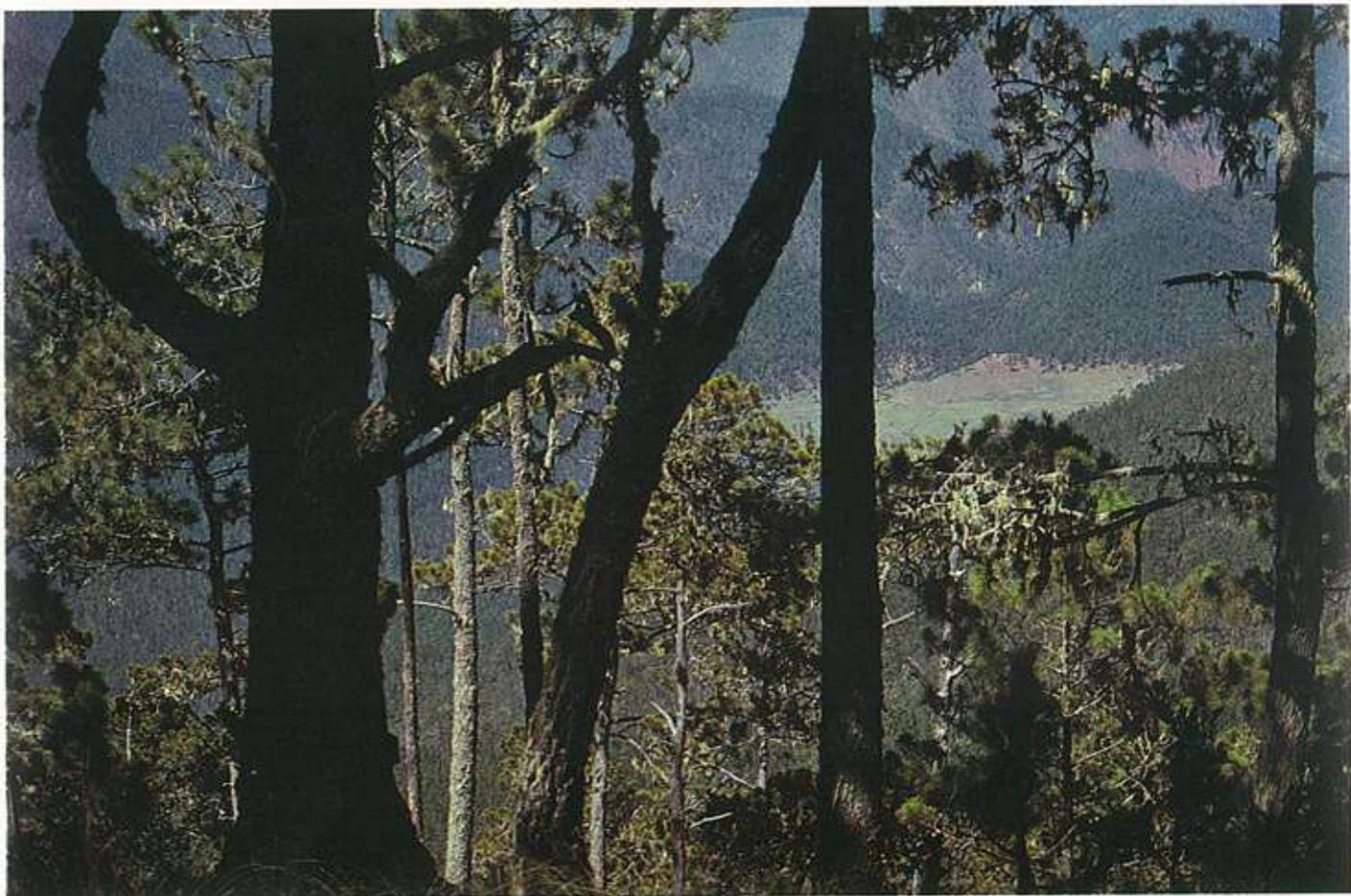
El vallecito de Lili, a las tres de la tarde.



La cima de La Pelona.



Ladera norte de La Pelona, musgo rosado del género *Sphagnum*.



El Valle de Bao, vista aérea desde La Pelona.

9 El Valle de Bao

En cuanto a su descripción, no encuentro otra forma que llamarle el más bello paisaje de nuestra tierra.

Cuando se contempla el Valle de Bao por primera vez, se hace difícil creer que sea una realidad el hermoso espectáculo que se abre ante los ojos: una primorosa sabana tapizada de dorados pajones, flanqueada de montañas y cumbres tan altas cuales son La Pelona y la Loma del Valle.

Los bosques de pinos descienden por las laderas de estas cimas hasta el mismo extremo del Valle, que, en gran parte, se encuentra libre de todo árbol. Es aquí donde nacen las numerosas e increíbles fuentes del río Bao. Todas las aguas de los picos circundantes parecen recogerse en este espacio, creando una especie de tierra movediza o ciénaga, porosa y muy húmeda, oculta debajo del espesor de los pajones, y que constituye gran parte del área del Valle.

Es difícil y hasta peligroso caminar por esta región, pues existe el peligro de hundirse en la tierra fangosa hasta una considerable profundidad. Está, como gran batea de lodo, rezumando humedad por doquier, parece desbordarse en algunos puntos, brotando numerosas fuentes de agua clara que corren como venas y arroyuelos sinuosos por el Valle y se recogen y resumen hacia su esquina suroeste, formando el Bao, que alcanza allí mismo un sorprendente caudal. Aguas frías y rápidas, deslizándose entre guijarros y pajones, se escapan del Valle por una garganta de rocas que las obliga a saltar y enfurecerse para recobrar la libertad de su violento curso. Muchos kilómetros más adelante, después, confluirá con nuestro viejo amigo el Yaque del Norte para formar el sistema fluvial más importante del país.

Por la tarde puede bajarse a tomar baño en estas frías aguas del Bao, hay que caminar entre los altos y tupidos pajones, sintiendo de vez en cuando cómo nuestra ropa se engancha entre las espigas de las

«uñas de gato». Este corto arbusto es una rosa silvestre, flor de escasos pétalos y color blanco, que parece ser lo suficientemente resistente como para soportar los bruscos cambios de temperatura y el frío intenso que suele prevalecer durante la noche. Su roja frutilla, granulada y ácida, me recuerda la zarzamora.

El baño resulta breve y estimulante. Se sale del río cuando la piel ya se torna morada por el frío y ya no es posible aguantar más el dolor agudo que produce en el cuerpo la inmersión prolongada en este agua congelada.

No parece haber peces en estos arroyos, pero existen gran cantidad de cangrejitos rojos y pequeñas «jaibas», que son un manjar succulento y muy buscado por los puercos cimarrones.

Precisamente en uno de mis viajes, de regreso del baño, seguimos remontando el curso del río que se interna por el lado sur del Valle, donde existe un pinar bastante tupido. Debajo de un frondoso pino descubrimos el lecho de uno de estos cerdos salvajes. Los pajones estaban aplastados y como revueltos formando una cama redonda, la tierra todavía estaba tibia al tacto y se podían observar perfectamente claras las huellas de las pezuñas del cerdo, que acababa de huir al sentirnos llegar.

El puercio cimarrón, aunque cada vez más escaso, es la pieza principal que buscan los monteros que llegan a estos lugares procedentes de lugares tan apartados como San José de las Matas, Manabao y hasta San Juan de la Maguana. Se cuenta que es una cacería cruel y enervante.

El montero suele descubrir y levantar el puercio por medio de su famélica cuadrilla de perros. Cuando lo tiene acorralado, entonces la emprende cuerpo a cuerpo con el animal, que se convierte en una peligrosa fiera. Las armas de tan singular combate son los largos dientes del cerdo, curvos y afilados como puñales, contra el machete que blande en su mano el montero.

Los perros, en ese momento, se apartan, rodeando a los combatientes y llenando el bosque con el escalofriante coro de sus aullidos. Cuando la lucha ha terminado, el animal es desollado allí mismo y los fieles canes se banquetean sus entrañas calientes.

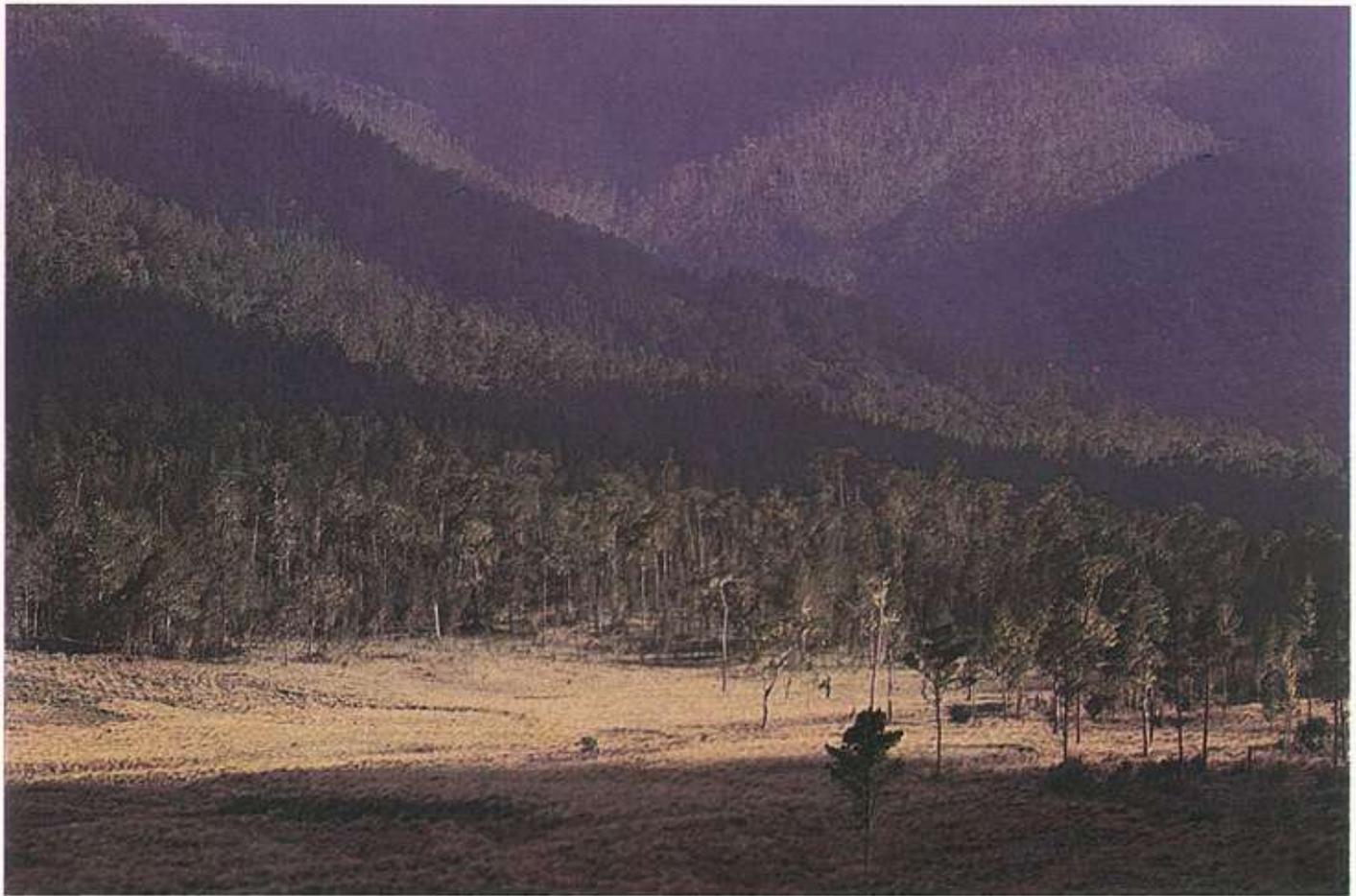
He visto mandíbulas de algunos de estos verracos que muestran unos dientes de tamaño descomunal, pero nunca he podido evitar sentir lástima de estos nobles brutos, que hoy, como tantas cosas, van haciéndose más escasos, y su fin parece aproximarse definitivamente.

Pero es en invierno que este delicioso valle despliega su exquisito hechizo. Hay que venir preparado para soportar las bajas temperaturas que acostumbran a hacer, sobre todo en enero y febrero. Yo recuerdo que en una ocasión depositamos un termómetro entre los pajones mientras buscábamos un lugar protegido para montar el campamento en la ladera del Piquito del Valle. Al día siguiente, cuando bajamos al Valle, hacia las siete de la mañana, el termómetro allí abandonado marcaba siete grados centígrados bajo cero. Me pregunto a cuánto habría bajado durante la madrugada, mientras dormíamos junto a la fogata. Resulta de una increíble belleza el espectáculo del Valle de Bao helado, o «nevado», como dicen los lugareños. En realidad, se trata de una gruesa capa de escarcha que recubre hasta la más mínima brizna de hierba y salpica de hielo los risueños arroyos, sobre los que se destaca el verde intenso del musgo cubriendo las piedras.

La tierra toda parece velada por una sábana blanca y adornada con abundantes telas de arañas congeladas que relumbran como joyas. A medida que va saliendo el sol por detrás de La Pelona y los primeros rayos de luz van llegando al Valle, hacia las ocho de la mañana, el hielo comienza a evaporarse formando una densa neblina que se levanta fantásticamente desde la tierra y se reúne en copos de nubes que flotan a baja altura hasta escurrirse entre los pinos y elevarse entonces rápidamente como buscando las capas superiores de la atmósfera.

En poco tiempo todo el hielo ha desaparecido y la temperatura se hace más comfortable; pero el espectáculo queda grabado para siempre en la mente del afortunado excursionista.

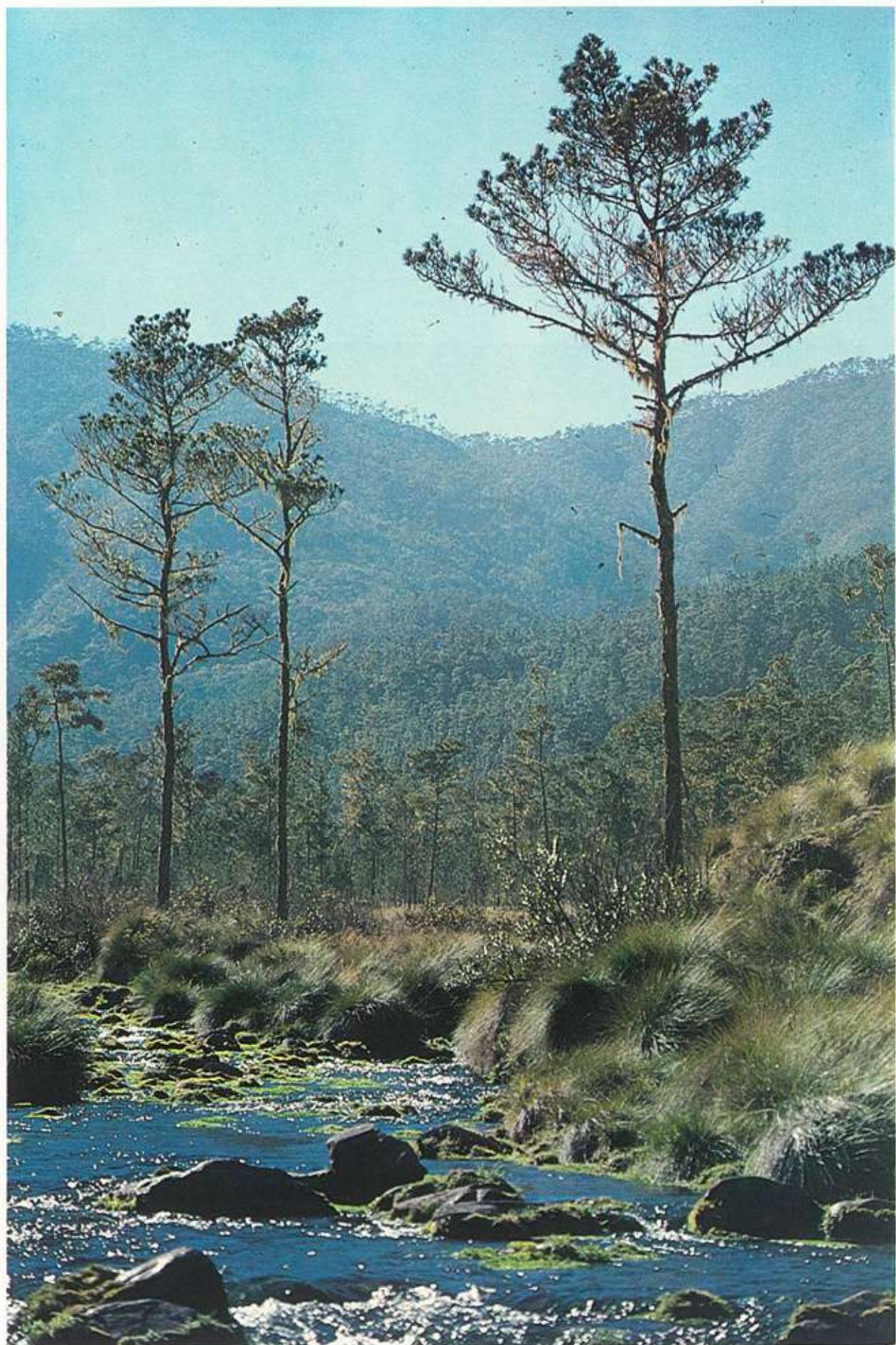
Tenemos ahora que proseguir el viaje por la ruta del Bao, siguiendo el curso del río, que nos habrá de internar en el quizá más interesante trayecto de la excursión. Por delante tendremos la Sierra de los Limones, Las Guácaras, Rancho en Medio, la Loma de la Mina, hasta llegar a Mata Grande. Suelen esperar jornadas llenas de emoción y magníficos paisajes. Pero antes de proseguir, quiero abrir un pequeño paréntesis para introducir la voz de un amigo, la voz de un hombre de campo, una voz de la sierra. Bien sé que habrán ustedes de simpatizar con él, porque nuestro campesino es abierto al visitante; su casa parece regocijarse íntimamente cuando recibe a un huésped, haciendo gala de la virtud de la hospitalidad de un modo realmente abrumador. Así es fácil conocerle, estimarle y hasta esforzarse por comprenderle. Para el hombre de la ciudad, encajonado entre sus pequeñas mezquindades, ser recibido en un hogar campesino resulta de una beneficiosa terapia.



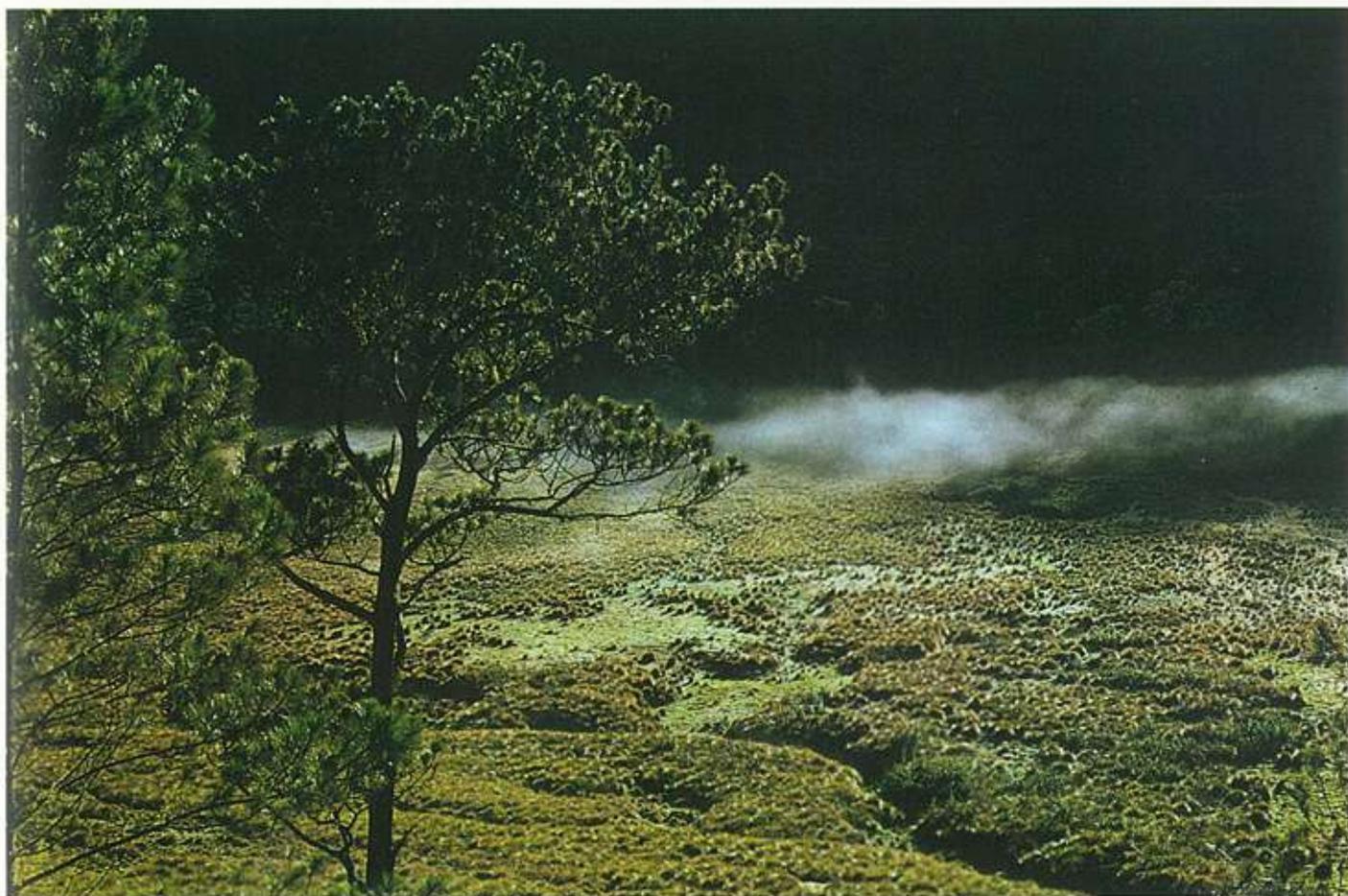
El Valle de Bao, vista parcial.



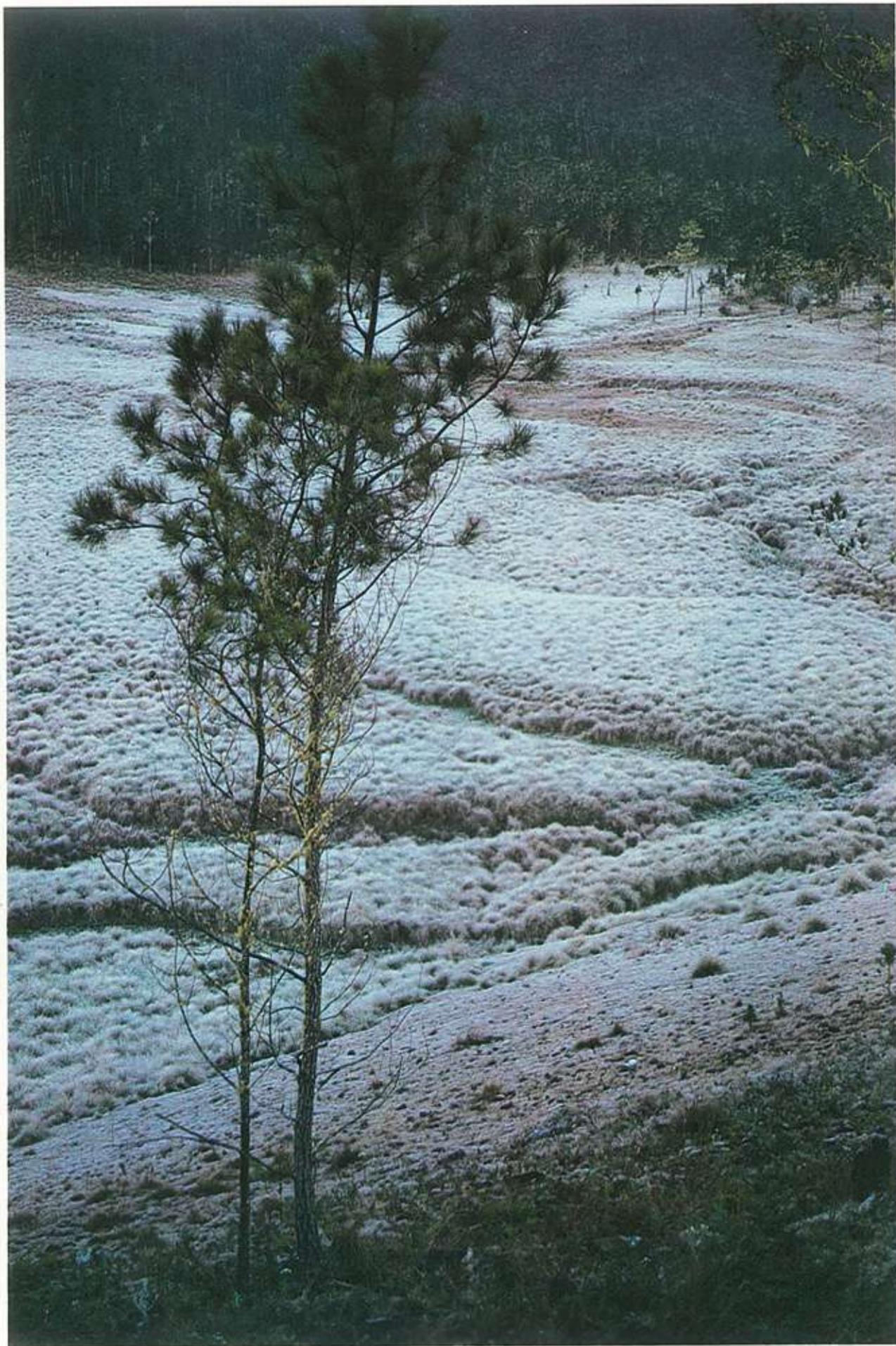
Venas de agua en el Valle de Bao, entre los pajones (*Andropogon bicornis*).



El río Bao, cerca de su nacimiento.



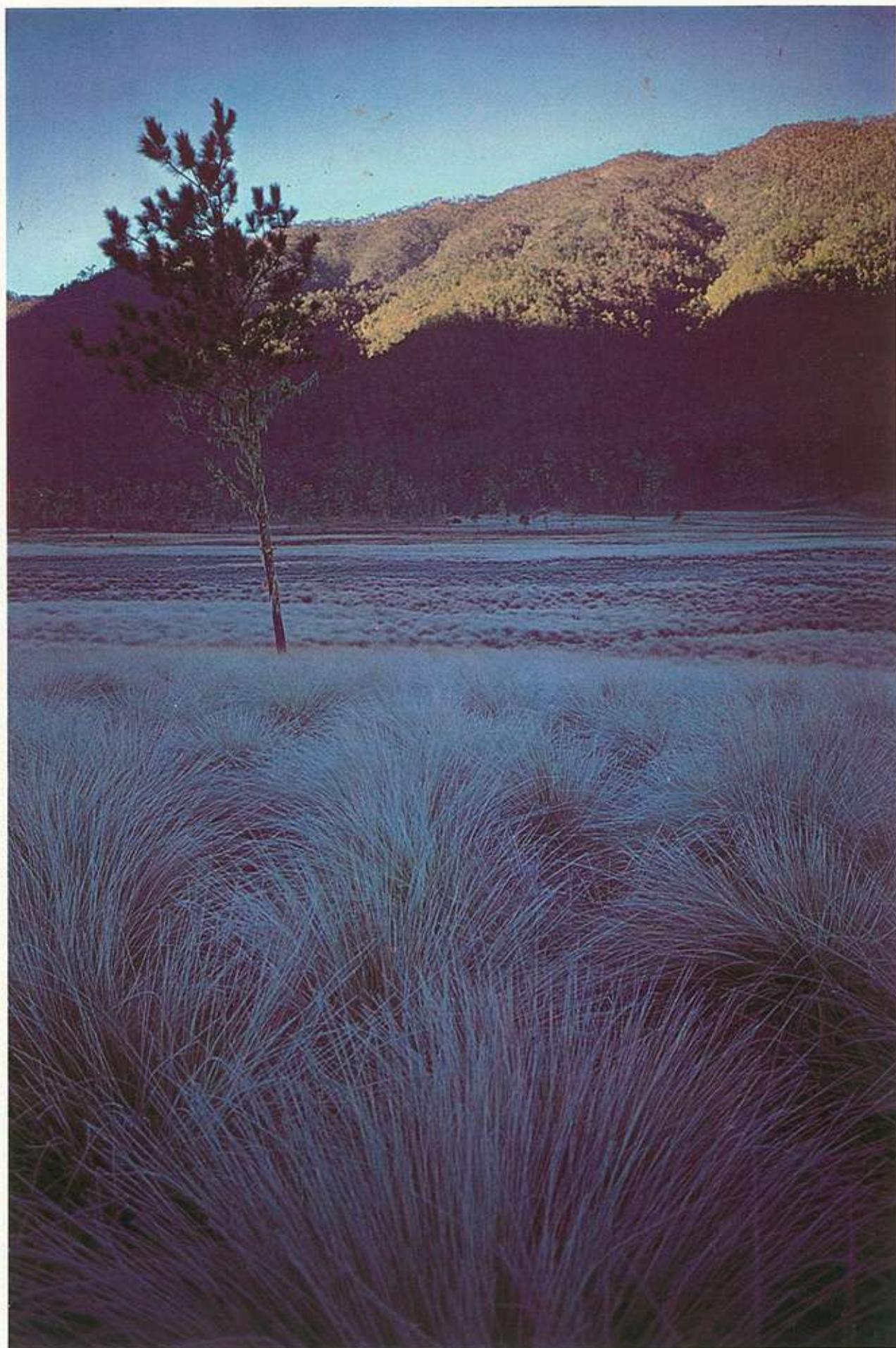
Nubes bajas al atardecer en el Valle de Bao.



El hielo cubre el Valle de Bao en un amanecer de enero.



Escarcha sobre unas hojas de «uña de gato» (zarzamora *Rubus domingensis*, de la familia Rosáceas).



La salida del sol sobre el valle escarchado.

10 Habla Firo

«Yo soy Firo Payán. El apellido quizá les suene familiar, porque mi hermano se fue a la capital hace mucho tiempo y le ha ido muy bien con una barra. Wifredo me ha querido traer aquí porque yo le he servido de guía y compañero tantas veces. Fue conmigo que descubrió por primera vez el Valle de Bao, y él dice que los encantos de ese valle irán siempre ligados a mí en su memoria.

Nosotros éramos muchos hermanos, y mi pobre madre, hoy una anciana, nos supo criar como una heroína, con lucha y coraje. El primer par de zapatos que me puse fue cuando yo tenía catorce años, y me los prestaron para poder bajar al pueblo. Ahora que ya todos somos hombres viejos, la viejita sigue metida en su sierra y los ruegos nuestros no han podido convencerla para que se venga a vivir al pueblo. Dice que si la sacan de sus montañas la matan. Eso nos preocupa, porque está enferma, y a cada rato hay que llevarla y traerla al hospital, sacándola en 'jeep'. Pero así es, los que amamos la sierra queremos morir donde nos criamos.

Mi madre es una mujer religiosa, no como se es ahora, sino de las de su tiempo. Le tiene devoción a sus santos y nos enseñó a temer a Dios con ese cristianismo natural del campo, elemental pero profundo. Así crecí y han crecido mis hijos.

Si me preguntan y les tengo que decir la verdad, tendré que decirles que nadie conoce la sierra como la conozco yo. Yo me sé los mil trillos, los ignorados recodos, los perdidos senderos, por los que se puede caminar en la cordillera.

Fui yo quien trabajó haciendo el primer camino al Pico Duarte. Yo conozco dónde se encuentran las pocas matas de naranja con que únicamente podría alimentarse alguien que se perdiera en las montañas. Todavía me llaman cuando hay incendios o desastres en la sierra, a pesar de no ser empleado de Foresta, pero todos conocen mi trabajo, la

lucha de toda mi vida para conservar los bosques y, además, soy el amigo de todos.

Pero ahora estoy casi retirado. Los años, saben, y la familia. Tengo mi agricultura con que sostenerme, aunque todavía voy a veces de guía cuando la gente me lo pide. Lo que yo quisiera es que esta gente del pueblo aprendiese a conocer y a querer a los que vivimos en las montañas. Somos gentes con defectos, pero tenemos también virtudes.

Miren, el serrano es un hombre blanco pero tostado, de ojos claros y cabello lacio. Sonreímos a menudo, con picardía quizá. Por la piel roja, reseca y arrugada por el viento y la altura, hay quien diga que el serrano es descendiente de aquellos españoles que se refugiaron en la Cordillera Central, no sé para qué, quizá huyendo de los haitianos o quizá buscando las fuentes del oro de los ríos. Y nuestra mujer es hermosa, bonita, con sus cabellos largos y los cachetes sonrosados que no necesitan estarse pintando y los ojitos curiosos que miran al forastero con amable hospitalidad.

A pesar de que muchos se van al pueblo, y si pueden hasta Nueva York se llegan, todavía hay muchas familias que viven en sus casitas de madera de pino en lo alto de la sierra, inclusive dentro del mismo Parque Nacional. Pero vivir en la sierra se hace cada vez más difícil porque el Gobierno prohíbe el corte de los árboles. Fíjese que no se puede hacer una casa, ni una caja de muerto, ni se puede siquiera utilizar la madera de un árbol seco.

¿Y cómo va a trabajar el serrano? Si lo único que ha conocido toda su vida es hacer una tumba de árboles, quemando parte del bosque para hacer un conuco. Sí, ya sé que es ignorancia. Y ellos lo saben también. Saben que apenas podrán hacer una o dos cosechas de habichuelas y ya la tierra estará agotada, no dará ni para los gastos, y habrá que ir a otra parte a hacer lo mismo; tumbar los árboles, quemar y arrasar, dejando tras de sí una estela de conucos abandonados, tierra muerta y la propia desesperación. De esta manera, ¡bien lo sé yo, que lo he podido observar desde pequeño!, las que antes eran tupidas montañas se han ido convirtiendo en rocas peladas, donde la erosión ha ido consumiendo su escasa capa vegetal, los ríos se han ido secando y la falta de lluvia amenaza día a día al infeliz campesino, quien es el propio causante de su desdicha.

Claro está, estas cosas no se sienten en la ciudad, donde todo es tan cómodo, hay tanto en qué distraerse, y los plátanos les llegan todas las mañanas en camiones, sin saber de dónde vienen ni qué le está pasando al que los siembra.

Pero para el hombre de la sierra eso es distinto. No hay trabajo para vivir. Y después se asombran que, en su desesperación, le peguen candela a un bosque cuando no le están viendo, aprovechando los meses de sequía. Cada vez son más numerosos los incendios que he tenido que ayudar a apagar. Y cuando finalmente se apagan, uno puede ver que son miles las tareas de bosque que cualquier chispita arrasa.

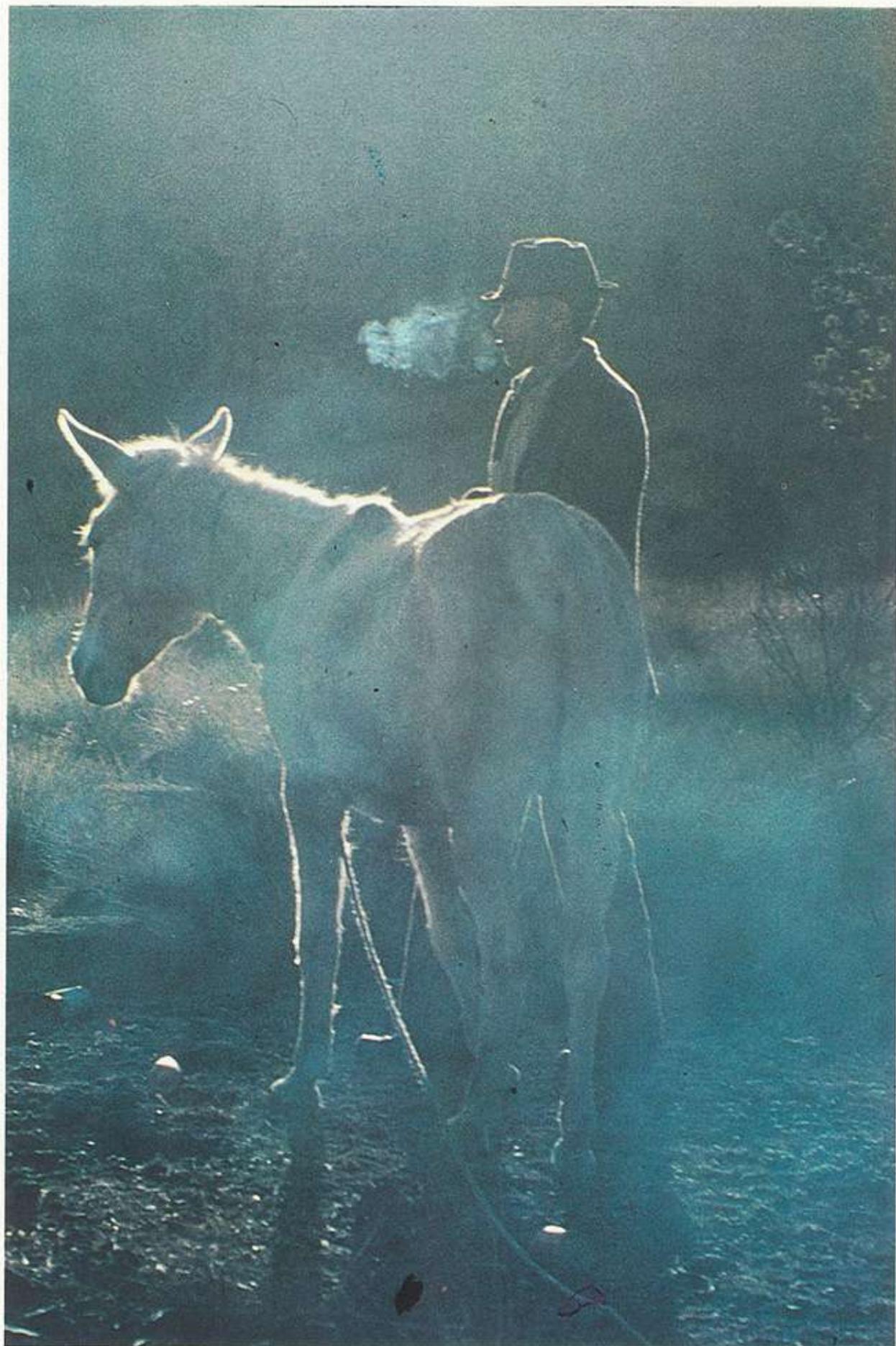
¡Qué suerte que yo no soy Gobierno! Porque si no se hace algo, pronto no quedarán pinares ni ríos, y si se hace algo para proteger los bosques, el serrano se muere de hambre o de rabia.

Sí, ya sé, ya sé que hay leyes. Por algo dicen que el papel lo aguanta todo. Pero, ¿de qué sirve el papel si no hay hombres que lo lleven a la práctica?

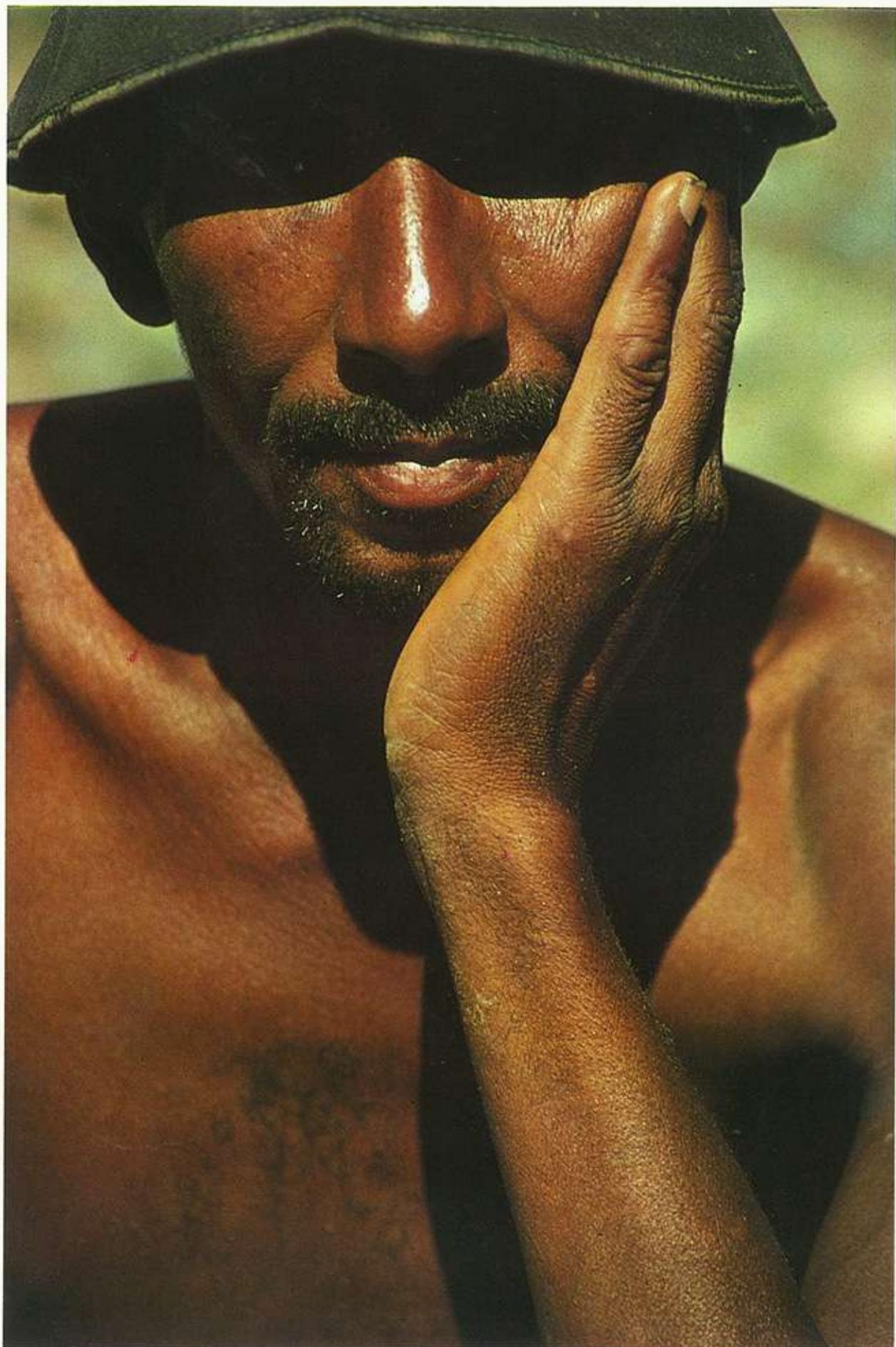
Y eso que ahora todavía hay quien hable de volver a abrir los aserraderos. ¡Señor, qué pronto olvidamos lo que fueron! Sí, empresas de corte indiscriminado, brutal, talando nuestros hermosos árboles. Donde se abría un aserradero, desaparecía el bosque como el agua entre los dedos. Nos dejaban el «pelao» y dos cheles en los bolsillos. Y todo sólo por una ambición increíble y un afán de lucro que raya en lo infernal. Pero no me digan, no me digan que todavía haya quienes busquen y maquinen que se vuelvan a iniciar las operaciones de los aserraderos.

Siempre hay quienes quieran ganar algo, pretendiéndose embaucar con supuestos planes de corte y reforestación programada. ¡Como si no fuéramos dominicanos, y no supiéramos el poder omnipotente del soborno, la dádiva y el macuteo en nuestra sociedad!

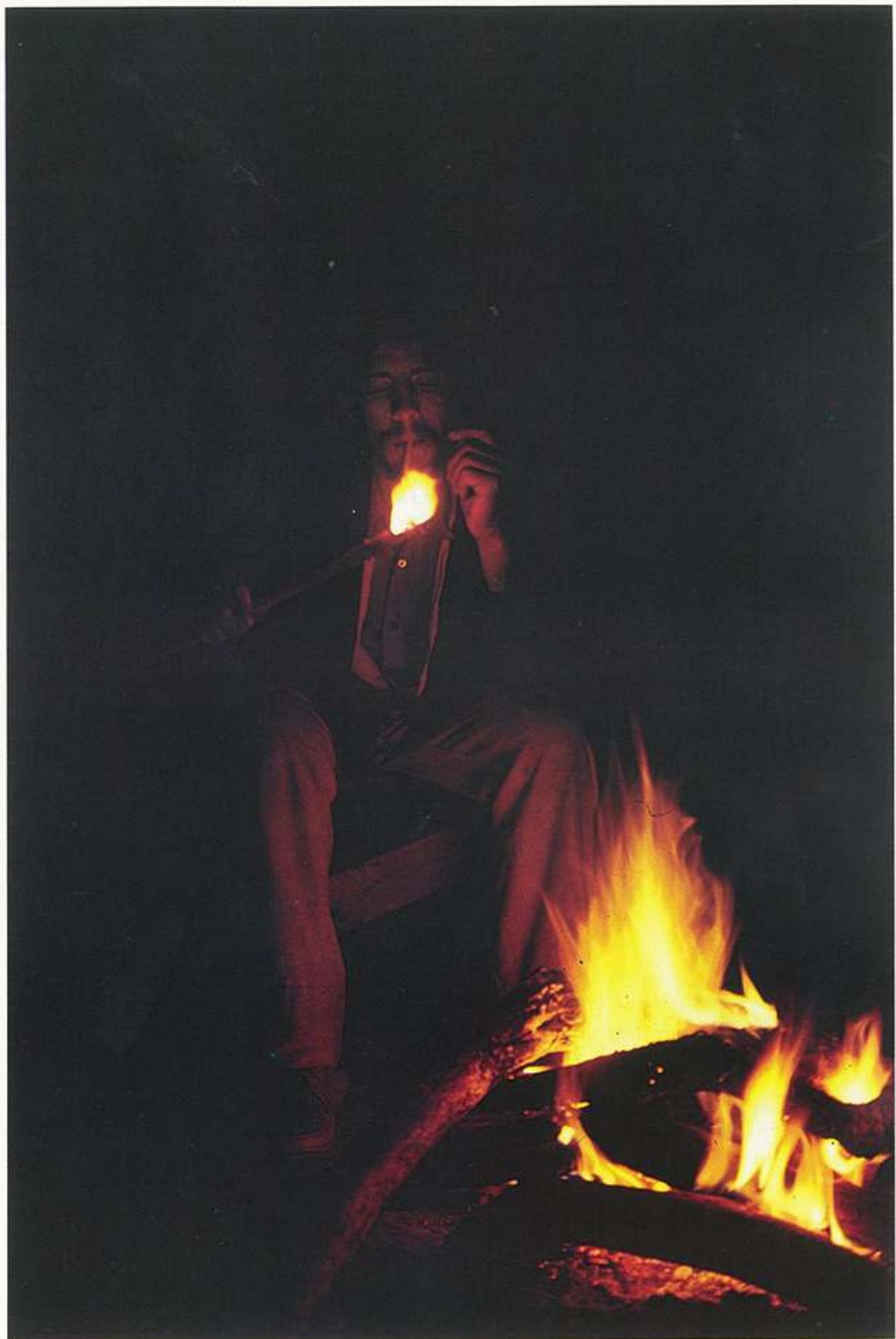
Pero yo, después de todo, no soy más que un soñador. A veces, mientras se cuece el arroz en la cazuela, dejo que la fresca brisa me acaricie la cara. Y sueño. Sueño despierto en un país, el mío, donde mis árboles le hagan cosquillas a la barriga del cielo, y los bosques vuelvan a proteger las mil fuentes de agua que conocí; donde corran los arroyos saltando entre peñascos para llegar al río; donde ríos profundos surquen las llanuras cultivadas; donde se haya perdido el temor a la sequía, al hambre o la ignorancia. Pero tengo que abrir pronto los ojos, porque se me quema el arroz.»



La recogida de los mulos.



El serrano, seco y árido.



Pasando el rato por la noche.

11 El Bosque Húmedo

Echando atrás una última mirada llena de nostalgia al encantador Valle de Bao, doblamos un recodo y emprendemos el trayecto que nos conducirá, eventualmente, a San José de las Matas y a Santiago. Pero el descenso por el Pico del Valle se va tornando gradualmente más difícil a medida que nos internamos en la Cañada del Valle, que nos sirve de ruta. Siete veces hay que cruzar un mismo arroyo que baja zigzagueando con nosotros y va salpicando de rocas y humedad todo el resbaladizo trillo. Al mismo tiempo tenemos que atravesar una espesura de tal densidad vegetal como no he visto en otro lugar. Se trata de un bosque húmedo, o bosque de lluvia como también se le llama a este fenómeno botánico que aquí se desarrolla con exuberancia inigualada.

La primera impresión que ofrece el bosque tropical es la de oscuridad. Los árboles densamente cubiertos de hojas parecen tapar completamente la visión del cielo. Los helechos crecen vigorosos, algunos de talla gigantesca; otros, de mil variadas formas y tonos de color. Los troncos se ven cubiertos totalmente de plantas parásitas que prosperan al abrigo de la luz, aprovechando la humedad del ambiente. Esta humedad tan elevada se hace sentir en la piel, en la respiración, en una como pegajosidad que envuelve y sofoca.

El suelo se cubre de pequeñas plantitas, hongos y trepadoras, mientras algunas serpientes pequeñas y verdes se pierden ágiles entre la espesura. Los mosquitos y los mayes pican sin cesar, levantándose como nubes desde suelo mojado.

Si se cuenta con tiempo suficiente, es recomendable bajarse de la montura, amarrando el animal para que se mantenga quieto, y deambular un poco dentro de esta catedral vegetal.

Los ojos se van acostumbrando al ambiente y los oídos van, poco a poco, captando el susurro que produce la exuberante vida que alberga el bosque. Si hacemos el silencio en nuestra alma, deteniéndonos

en un rincón o sentándonos sobre un pedazo de tronco que se pudre lentamente sobre el suelo, podremos comunicarnos mejor con esta maravillosa manifestación de la naturaleza. Entonces comenzaremos a sentir, a medida que nos integramos al ambiente, el hálito de vida divina que impregna este lugar.

Papagayos de largas colas brillantes y pecho rojo se reúnen con pericos bulliciosos para acercarse a saludarnos con gran algarabía. Cariñosos zumbadores, esos viejos amigos, se detienen en el aire o dan vueltas a nuestro alrededor con mirada simpática, como queriendo averiguar quiénes somos. Grandes moscas velludas de ojos rojos nos observan con curiosidad desde las hojas vecinas, mientras pequeñas mariposas negras y marrones revolotean inquietamente entre los helechos.

Disfruto especialmente de los líquenes exquisitos que tapizan el lugar, creciendo sobre piedras o troncos húmedos y frescos, que pueden exprimirse y crujen al tacto. Es también delicioso ese musgo de un verde brillante que recubre todo el suelo y las piedras, como un suave terciopelo acariciante. Las orquídeas crecen en gran variedad de formas y colores, blancas y amarillas, descolgándose graciosamente al final de largos y delgados tallos, meciéndose al compás de la quieta sinfonía del bosque. Debajo, las begonias silvestres, de grandes y verdes hojas nervudas, ofrecen al aire sus largas floraciones de un llamativo color rosado intenso, de gruesos pétalos carnosos, brillando como piedras preciosas cuando las hiere algún rayo de luz, de los pocos que pueden colarse hasta el suelo.

Las piñas parásitas emergen adheridas a los troncos buscando el cielo, sus hojas rojas y verdes florecen con largos tallos carmesí de donde brotan unos como lirios azules. Se siente la presencia del agua, que todo lo recubre de vapor condensado, húmedo y brillante, mientras gotas fulgurantes ruedan por las puntas de las hojas y de los helechos, cayendo como lenta lluvia gruesa repicando tintineante sobre un suelo saturado. El aroma, una mezcla de perfume de flores y de moho, se introduce profundamente en la nariz y lo lleva uno consigo por largo rato aún después de haber abandonado el bosque.

Cuando, finalmente, emergemos de la espesura para salir al viejo pinar y a su cielo azul, nos llevamos la punzante impresión que acabamos de haber atravesado, no un bosque húmedo, sino un verdadero período de la prehistoria de nuestro viejo planeta, conservado intacto en esta montaña, a pesar de los increíbles esfuerzos del hombre moderno para destruirle.



El bosque húmedo.



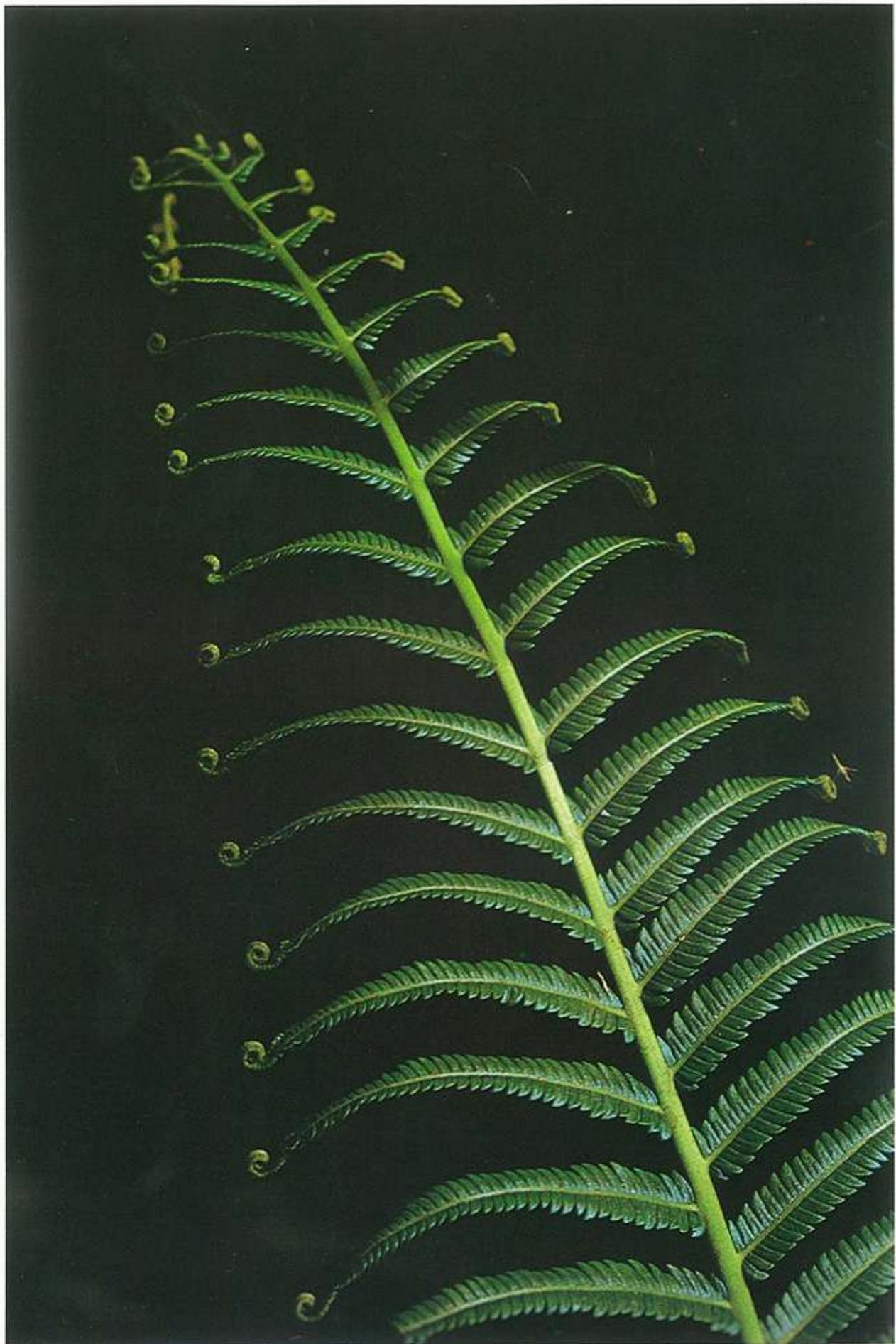
Fronde de helecho, *Alsophila* en desarrollo.



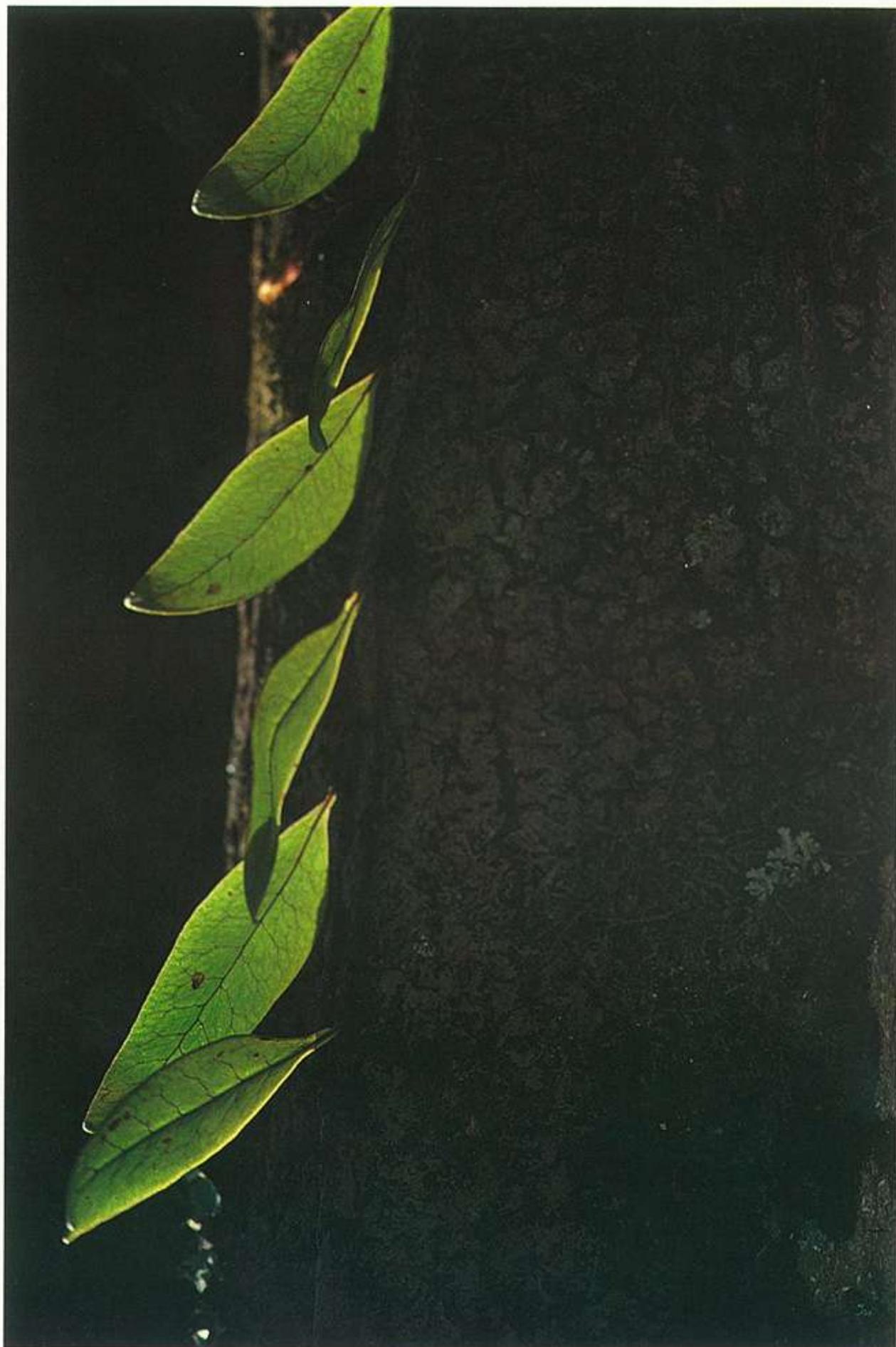
Helecho gigante, *Cyathea arborea*.



La humedad del bosque al amanecer.



Helecho, *Thelypteris oligophylla*.



Helecho, *Polypodium piloselloides*.



Hoja de «broquelejo», *Pothomorphe peltata*.



Pequeña espiga florecida a la orilla del sendero, de una dicotiledónea herbácea no identificada.

12 Entre Ríos

Si algo podría compararse a la impresión que se recibe al salir de un bosque de lluvia, sería la impresión que recibe quien salga a la luz desde un túnel sombrío y húmedo. Inmediatamente después se encuentra el Baíto, río que sigue paralelo al Bao, del cual es afluente, y que baja límpidamente entre gargantas de árboles y pedruscos, con cierta suave musicalidad. El Baíto se cruza fácilmente porque, a menos que haya llovido en su cabecera, su caudal no suele ser abundante. Entre ambos ríos se encuentra una escarpada loma. Esta «loma entre los dos ríos» es la que físicamente separa al Baíto de su hermano mayor, el Bao.

La marcha por estos lugares es lenta no sólo porque el camino es empinado, sino porque, además, está muy tupido de malezas. Especialmente abundan los bejucos, que en este trecho del camino parecen crecer con mayor profusión.

Sin embargo, no sólo se encuentra el inofensivo bejuco «Tibicí», de largos tallos colgantes, salpicado de pequeñas hojas lanceoladas que se agrupan a intervalos formando graciosos moños colgados de finas hebras, sino que, confundido con éste, se oculta entre el verdor de la espesura la garra hiriente de la «Yabacoa», también llamada «Bejuco Donguey».

Esta otra enredadera, fácilmente confundible con el «Tibicí», esconde entre sus hojas y tallos una especie como de sierra de pequeñas y afiladas espinas, las cuales suelen engancharse sobre la piel expuesta del ingenuo transeúnte, causándole largas y dolorosas rasgaduras.

He visto el azote de la Yabacoa en forma de cortes ensangrentados, poco profundos pero que cruzan el cuello y la cara de los excursionistas descuidados, produciéndoles severa molestia y ardor.

Finalmente, se acaba de descender la loma y se experimen-

ta un gran alivio al cruzar nuevamente el agua, que es ahora fría y deliciosa, del encantador Bao. Este río ha venido serpenteando desde el valle que lleva su nombre y no volveremos a perderle de vista hasta el final del trayecto.

Para acortar el paso tenemos otra vez que subir y bajar montañas. Aunque se podría perfectamente seguir la ribera del Bao, que nos llevaría directamente bajando hasta Mata Grande, donde se encuentra la carretera que empalma con la ciudad de Santiago, resultaría éste un viaje muy largo porque el río zigzaguea entre las montañas, buscando el curso natural de su pendiente. Es por esta razón que se prefiere ir cortándole el paso, pasando por arriba de las mismas cimas que le encauzan.

Así llegamos hasta su confluencia con el río Guácaras. El sitio suele ser preferido para pernoctar y, además, por una serie de datos curiosos es conveniente hacer aquí una parada.

Se puede acampar en una especie de estrecho vallecito cubierto de piedras y corta hierba, explanada formada entre los dos ríos y una especie de pared vertical, que resulta ser la escarpada ladera de la montaña. Una vez colocadas las casas de campaña, prendido el fuego y puestos a cocinar los víveres, se puede con tranquilidad explorar los alrededores.

Es interesante encontrar un segundo terraplén, a nivel de varios metros por encima de la primera explanada, circundado por altos pinos y tapizado con abundantes helechos. Si se observa con detenimiento, podrá verse una especie de hilera hecha de piedras, que sigue paralela al río Bao. Estas piedras se repiten en líneas formando un extenso cuadrilátero.

Según nos hizo notar el Lic. Bernardo Vega, los entendidos son de opinión que en este mismo lugar existió un campo de juego indígena. Señalan como evidencias adicionales la existencia, al lado de éste, de una amplia piedra de pulida superficie, que forma como una especie de terraza sobre el río y a la cual se llega bajando por lo que aparenta haber sido una ancha escalera, construida también de las mismas piedras.

El impetuoso caudal del Bao forma en ese punto un agudo codo de 90 grados, lo cual le obliga a calmarse súbitamente, formando una poza o piscina natural de aguas tan limpias que permiten ver la arena del fondo con toda claridad. La poza debe tener varios metros de profundidad y resulta lo suficientemente amplia como para permitir nadar

libremente a muchos hombres. El lugar, rodeado de altas rocas y paredes verticales de granito, posee una atractiva belleza agreste.

Pero lo que más llama la atención en este idílico lugar es su reposado frescor, ese color verde del agua transparente, la atmósfera diáfana y un hálito entre misterioso y paradisíaco que parece impregnar todo el paraje.

No es difícil imaginarse lo que habría sido este lugar en tiempos, no tan remotos, cuando nuestros desnudos indios jugaban a la pelota y luego bajaban sudorosos a refrescarse, dándose un chapuzón en las acogedoras aguas del río de los dioses. Zambulléndose, se llenarían los puños con aquella limpia arena del fondo, atraídos por su brillo amarillo, refulgente al sol, cuya sola mención haría enceguecer de avaricia los ojos europeos. La montaña de enfrente lleva bien puesto el nombre de Loma de la Mina. De esta manera siguió bordándose la leyenda. Tras el oro de estas regiones, salpicado en sangre y negras historias que nos enrojecen de vergüenza, han venido siempre hombres deslumbrados por un brillo dorado. La historia se ha tejido alrededor de este noble metal que, aunque no sufre en sí mismo la corrupción, puede, sin embargo, ser capaz de corroer el corazón humano y encadenarle a la más férrea esclavitud.

Hubo una vez alguien, un hombre blanco, que vivió largo tiempo en esta montaña y de quien se dice extrajo del país varios sacos de oro procedente de una misteriosa mina o cueva. Han sido muchos los que después han buscado este legendario filón sin encontrarlo. Por fin, nuestro hombre tuvo que abandonar el país, cual afortunado caballero, obligado a retirarse a causa de la picada de un insecto que le llevó al borde de la muerte. Naturalmente, han sido muchos los que después de él han buscado este legendario filón, sin encontrarlo.

No podría asegurar la veracidad de tal leyenda, y mucho menos especificar el tipo de insecto cuya picada fue tan efectiva. Para algunos podría haber sido una araña «Viuda Negra».

Este arácnido, de apariencia inofensiva, lleva bien puesto su nombre, debido a la costumbre de devorar al macho de su especie después de la cópula. Si hay quien todavía dude que este, posiblemente mortal, insecto habita en República Dominicana, es el momento de asegurarle que lo he visto, fotografiado y hasta guardado en formol.

Había oído decir que, como algo muy extraño, un espécimen de «Viuda Negra» había sido encontrado en aquel triángulo, vacío de la civilización, que constituye toda la región al oeste de Barahona, desde la población de Polo, al norte, hasta Enriquillo y Pedernales, hacia

el sur. Sin embargo, en este vallecito que forman la confluencia del Bao con el Guácaras, dicho arácnido abunda extraordinariamente. Debajo de las piedras, envuelta en su nido como blanco velo nupcial, la negra araña reposa silenciosa.

Puede describirse como una arañita de pocas dimensiones, largas patas delgadas y cuerpo negro brillante, con abultado vientre, debajo del cual, y difícil de verse a simple vista mientras está viva, se encuentra una mancha o marca roja parecida a un reloj de arena, formado por dos triángulos invertidos unidos por su vértice. Al aplastarle la cabeza, desde lejos y con cuidado, un líquido blanco, lechoso y espeso, le brota y al cual los guías lugareños identifican como su veneno.

Después de todo, lo más recomendable sería no andar levantando piedras, aunque, de cualquier modo, no hay duda de que los próximos mineros que sigan al extraño hombre blanco de la leyenda vendrán bien protegidos contra cualquier cosa y hasta con salvoconductos internacionales que les acrediten ante todo tipo de insectos.



Bejuco «Donguey», *Smilax lanceolata*.



La loma entre los dos rios.



La loma del Oro.



Helecho del género *Alsophila*.

13 Más Sobre el Guácaras

Tendido sobre la hierba, mordisqueando un tallo y fijada la mirada en el azul intenso del cielo, gusto de evocar memorias.

He visto, al correr de los años y en los sucesivos viajes por todas estas recónditas regiones, cómo una sutil tela de araña de misteriosos intereses se ha ido tejiendo lentamente. Primero se cruzó en mi vida la figura de Bonnie. Esta mujer, de cuyo apellido no quiero acordarme, salió de la nada y se instaló en el pobladito de Manaclas. Larga, delgada y nada graciosa, con un costoso equipo fotográfico en su poder, vivió unos dos años recorriendo la región de la Sierra y todos sus alrededores, entre Mata Grande y San José de las Matas, internándose a menudo en el Parque Nacional, tomando muestras de tierra y muchas fotografías.

Me había sido presentada como una ciudadana norteamericana interesada en fotografiar la gente de la sierra para ilustrar el libro de un hermano suyo que trataba sobre costumbrismo dominicano. Ambos eran conocidos de alguien que en aquel entonces era funcionario de la Universidad Madre y Maestra de Santiago. Fue este buen señor quien me solicitó que facilitase gratuitamente mi laboratorio fotográfico de vez en cuando, para que Bonnie tuviera un lugar adecuado donde procesar sus rollos de películas, probablemente de gran interés antropológico.

Así pasó un largo tiempo, utilizando mi equipo de revelado y ampliación, sin enseñarme siquiera una prueba de sus fotografías. Era tan cuidadosa que se llevaba consigo hasta los papeles dañados y las puntas de las películas, cosas que suelen tirarse corrientemente a la basura. Nunca pude saber qué era lo que revelaba en mi propia casa.

Al cabo de unos años desapareció de mi vista tal como había venido, sin dar las gracias o decir de dónde venía y a dónde iba, dejaba tras de sí, en manos de un mutuo amigo, el legado de una veintena de fotografías, imágenes de campesinos. Dejaba también el recuerdo de

una sonrisa fría, de grandes dientes amarillos que parecían siempre dispuestos a morder.

No sé si tiene una cosa algo que ver con la otra, pero han comenzado a aparecer extrañas inscripciones en los más variados y remotos puntos de la sierra. Son unas placas cuadradas de concreto, sobre el suelo, de veinte o treinta centímetros por cada lado, con cifras y letras inscritas, y un pedazo de tubo incrustado en el centro. Aquí en Las Guácaras, por ejemplo, hay una que dice textualmente: **Oportunidad II QUIS DE MIN. PP.** Saliéndose del trillo se pueden encontrar, por aquí y por allá, más inscripciones de concreto en el suelo, proliferando los jeroglíficos y numerando las oportunidades.

Mientras estamos en Las Guácaras podemos asistir al choque, por así llamarle, entre sus rápidas aguas y las del río Bao. Ambos caudales se encuentran allí frente a frente, e inmediatamente se mezclan, para seguir en adelante confundidos. Es curioso comprobar allí mismo que el agua del Guácaras es más fría que la del Bao.

Probablemente esto se deba a que el Guácaras, cuyo caudal ha sido previamente aumentado por su afluente, el río Guacaritas, se desliza por debajo de una densa espesura vegetal que le oculta del sol y de la vista, imposible de verle aun desde la misma cima de las montañas que le encauzan. Por el contrario, el río Bao está siempre expuesto al sol y es siempre visible brillante, serpenteando y rompiéndose en espuma contra las rocas que le salen al paso. Del Guácaras apenas adivinamos su curso por el sendero de «Manaclas» que crece a sus orillas y se remonta con él por las cañadas. Por cierto que la palmerita de la sierra o manacla, cada día más escasa, sólo crece en lugares húmedos y requiere cierta altitud mínima, siendo su aparición señal casi segura de que las encontramos aproximadamente a unos mil metros sobre el nivel del mar.

Son lugares como éste los que nos hacen caer en cuenta de estar inmersos en un bello universo, al que nos aferramos desesperadamente antes de que, cual ingenioso acto de prestidigitación, se nos esfume de la vista.

El amanecer en el bosque suele ser un espectáculo de increíble belleza, que no acostumbra a regalar los ojos del hombre de la ciudad. A este ciudadano, sumergido entre el humo de las chimeneas, los gases tóxicos de los automóviles y los sofocantes callejones del urbano concreto, le es imposible imaginarse el candor de los rayos del sol emergiendo detrás de los altos picos y filtrándose limpios y refulgentes entre las copas de los árboles.

Con el sol parecen despertar las aves. Si se mantiene uno

quieto, oculto detrás de un tronco, en poco tiempo veremos cobrar inusitada vida las ramas y el cielo circundante.

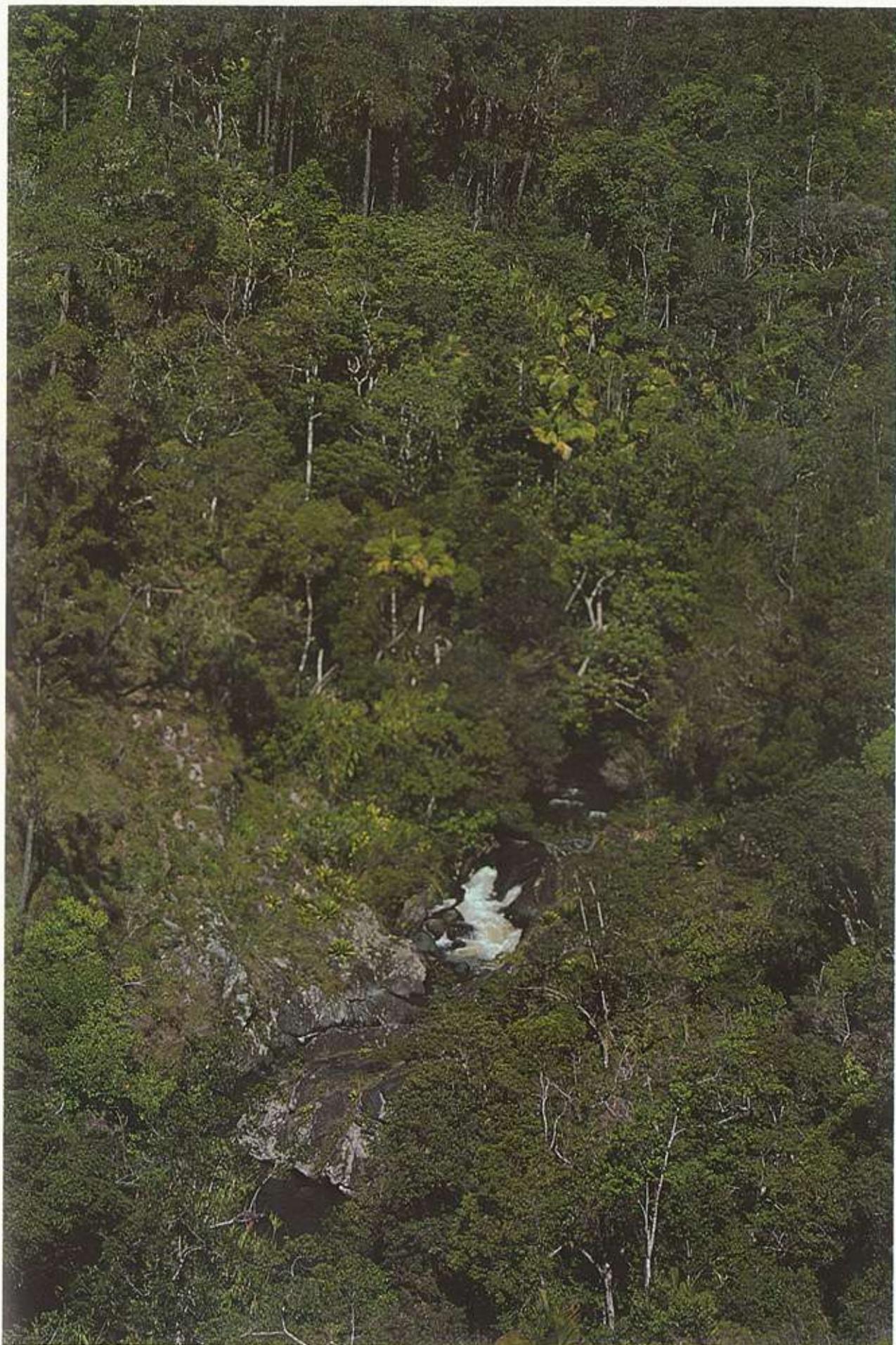
Revolotean alegres los pericos mientras un pájaro bobo cuchichea por encima de nosotros. Los zumbadores se mueven inquietos y silenciosos libando con fruición las flores rojas del «Conde», parásito de los pinos.

Luego, mientras aletea el pequeño «chicuí», un «bolinche» diminuto y confiado se posa sobre una débil rama, apenas a un par de metros de nosotros. Esto nos permite observarle con detenimiento, admirando su redondo cuerpecito de plumón verde y sus largas alas sobresaliendo por detrás del cuerpo. El bolinche parece una esfera emplumada y su redonda cabecita termina en un largo pico torcido, de manera que, a juzgar por su forma, podría creerse que el bolinche es incapaz de volar como lo hace, veloz y asatado.

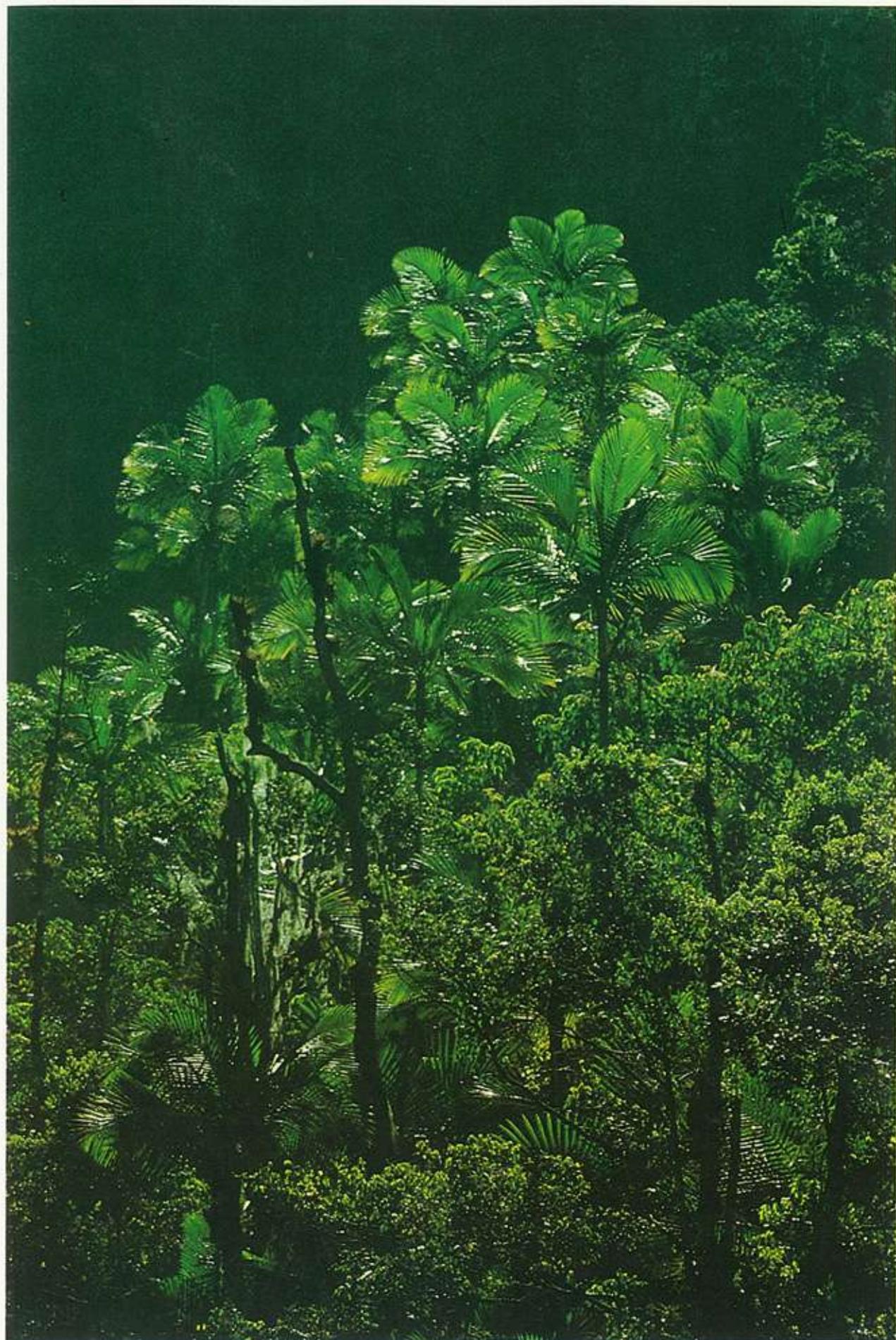
Después nos regalan su presencia una pareja de enamorados papagayos. Les vemos brincar de rama en rama, unirse, separarse y volverse a unir con grititos de alegría. Son hermosos y aunque no tan grandes como los papagayos de Sur-América, impresionan por su larga cola y el color rojo intenso de sus pecheras contrastando con el metálico azul de sus espaldas.

En este momento nos avisan que están listas las monturas y preparada la avena del desayuno. Atravesamos las aguas del río Guácaras, para luego abrirnos paso entre la densa espesura de caña brava que le rodea, e inmediatamente comenzar a escalar una tan elevada y vertical subida que deja sudoroso y sin aliento al más vigoroso mulo.

Una vez arriba, dando la espalda al pico de «El Tambor», que emerge en lontananza hacia el oeste, se tuerce a la derecha para emprender el camino quizá más impresionante de todo el trayecto. Los lugareños han bautizado este trillo como el «filo de la navaja», nombre que le describe con admirable precisión.



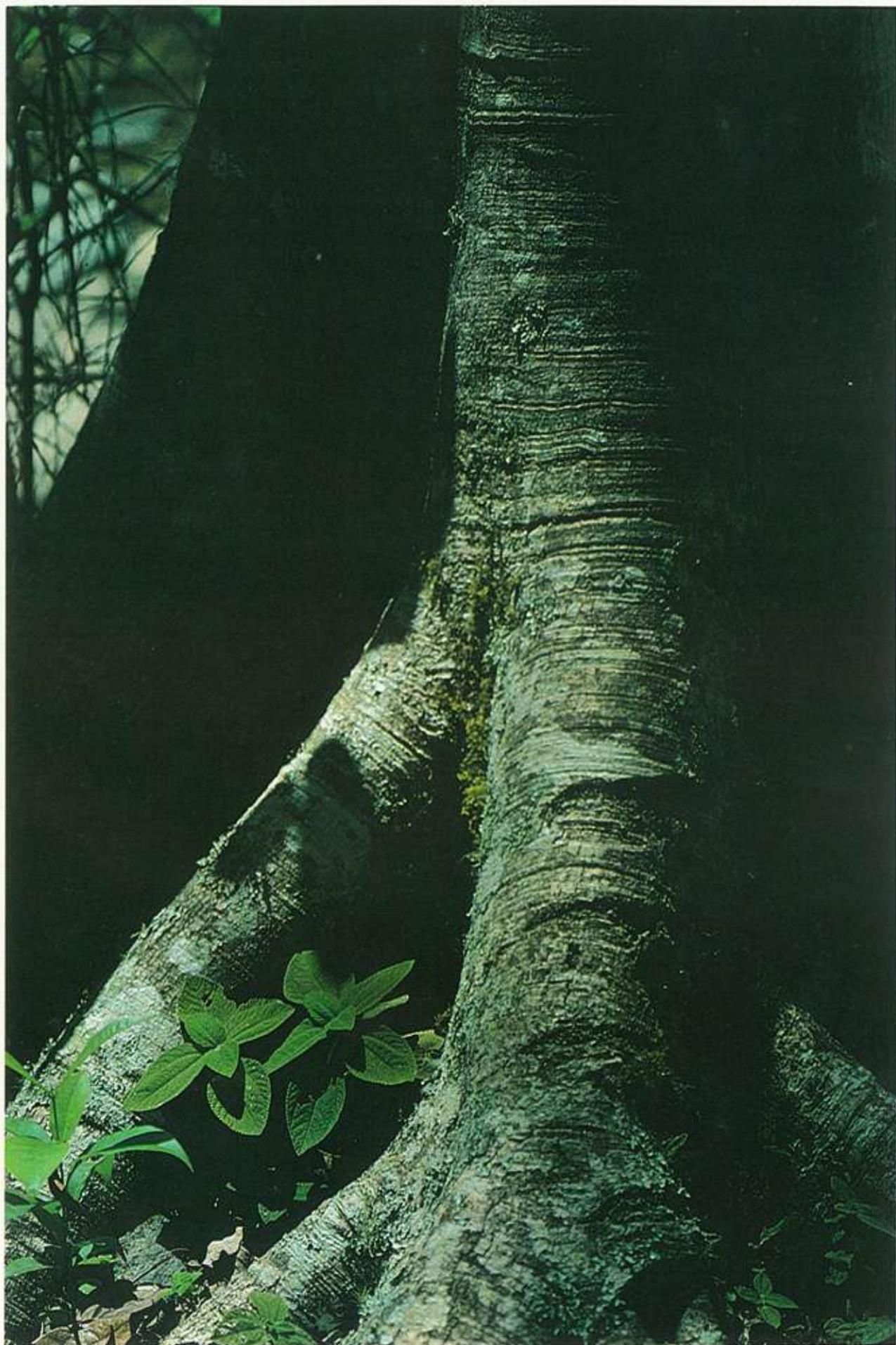
El río Guácaras.



Bosque de «manaclas», *Prestoea montana*.



Bromelias de género Tillandsia.



Hojas de «cejúa», *Pilea rugosa*, entre las raíces de un «copey».

14 Por el Filo de una Navaja

El camino se vuelve tan estrecho que un mulo entrenado deberá caminar con gran cautela, colocando una pata delante de la otra, mientras el precipicio de cientos de metros se abre a un lado, entre la Loma de la Mina y la Sierra de los Limones. Abajo puede observarse al río Bao, que se retuerce y relumbra como una cinta de plata bruñida. La altura es tal que produce vértigo; un paso en falso y la caída sería mortal. Sin embargo es preferible pasarlo montado, pues los animales tienen mejor instinto que el hombre para caminar por estos sitios. El espectáculo, sin lugar a dudas, no deja de producir una especie de euforia. Es como una sensación de conquistar el espacio, de remontarse en el aire, de comunicarse más íntimamente con la majestuosa naturaleza.

Las laderas del precipicio están abundantemente salpicadas de «magueys», los que suelen estar florecidos en invierno. Sus gruesas y espinosas hojas rodean el largo tallo central, en cuyo extremo se abren las flores amarillas a gran altura sobre el suelo, balanceándose cual lánguidas cañas de pescar sobre el abismo. De cuando en vez, una cabra asoma su cabeza para mirarnos con sus ojos saltones, haciendo difíciles equilibrios sobre una roca. Otra, seguida de un par de cabritillos, brinco-tea por la vertical ladera corriendo a esconderse.

Fue en este amplio espacio donde observé el curioso espectáculo de la pelea entre un «Guaraguao» y una pequeña «Cuyaya». La fiereza de esta última, que se lanzaba como una flecha sobre el majestuoso guaraguao, picándole furiosamente en sus alas extendidas, hizo que nuestra águila le saliera huyendo. Duelo sin igual, en el que una vez más el más pequeño vence sólo gracias a su decidida resolución de vencer.

Termina el filo en una memorable altiplanicie llamada «El Rodeo» porque allí se encuentra un pequeño corral para recoger las cabras que una vez al año van a llevarse al mercado. Los pinos forman un profuso bosque de troncos verticales, cuyo suelo está cubierto de hojas secas entre las cuales emergen algunos hongos y gran número de

hermosos helechos. La luz, reflejada desde ese cielo de saturado azul, se cuele entre las ramas y cae con rayos deslumbrantes iluminando el bosque con parches brillantes, haciendo resaltar el verde de las hojas y el ocre de los troncos.

Sobre la tierra, en un rincón, conocí la «Borraja». Unas hojas de forma parecida a la lechuga, pero más grandes y muy peludas, de un verde tierno y grisáceo. Así pude por primera vez entender lo que se quiere decir con aquello de que «no vales ni para agua de borraja». Y, sin embargo, es hermosa.

El lugar resulta delicioso para hacer un breve descanso y recorrerlo lentamente, a pie, saboreándolo con fruición. Desde nuestra altura seguimos con la vista la ruta del Bao a nuestras plantas, tortuoso e iluminado. Su fulgor móvil, serpenteando entre cañadas y furnias, se calma de vez en cuando para rodear algún pequeño vallecito cubierto de hierba y formar alguna que otra poza verde y profunda. Luego el río reemprende su marcha, volviéndose a desbocar entre rocas y saltando desniveles. Como él, nosotros también reanudamos la jornada.

Desde El Rodeo hasta Arroyo Malo, la bajada, aunque empinada, conserva la quietud encantadora de todo este paraje. Recuerdo que, sin embargo, fue aquí donde me sucedió el único percance de todos mis viajes al Pico Duarte, aunque de poca importancia. Queriendo ir más aprisa fustigué al mulo, el cual, al dar un salto, hizo que se soltara una cámara fotográfica que llevaba al hombro y cayera rodando por un precipicio. Allá abajo la encontró un guía, colgando de un matorral e inservible.

Por otra parte he tenido la dicha de que ni el menor accidente o disgusto ha nublado mis viajes, aun acompañado frecuentemente por niños, jóvenes y hasta damas. Creo que el mejor regalo que puede hacerse a un joven es llevarle al Pico, haciéndole conocer y amar toda esta prodigiosa naturaleza.

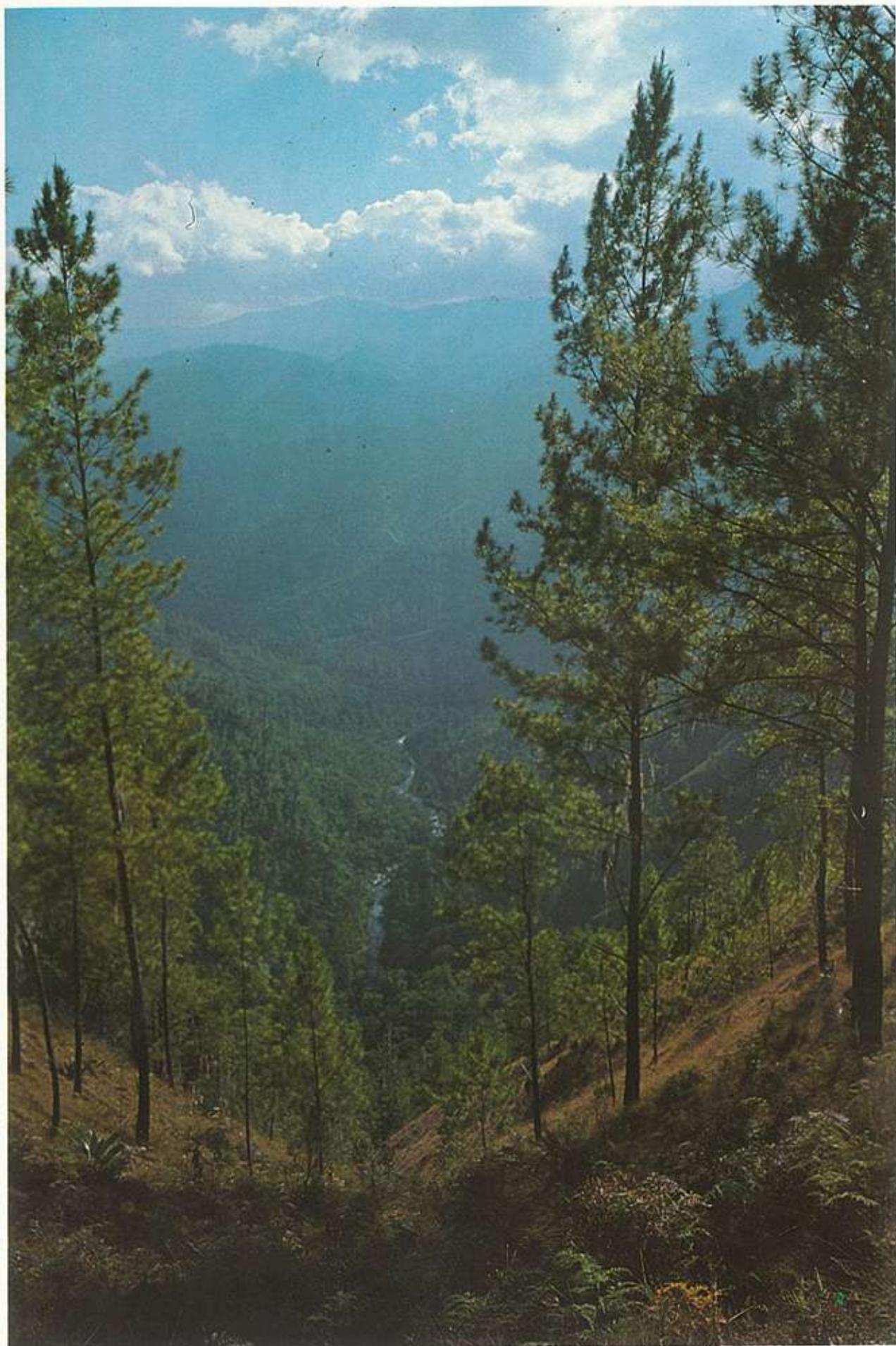
No me explico la razón por la cual los monteros habrán bautizado al Arroyo Malo con tal nombre, llegamos a él bajando desde El Rodeo. Este lugar es frecuentado por campesinos que sacrifican puercos y pueden observarse evidencias de la matanza en sus orillas. Existe allí un hermoso limonar, de los que llaman «limón de vaca». Su fruta enorme, mucho más grande que el limón corriente, es de color amarillo oro y aunque no muy jugoso ni ácido, la gruesa cáscara es excelente para prepararla como dulce en almíbar.

Luego de una breve subida empinada se llega al rancho que suelen ocupar los vaqueros. El sitio está rodeado de corrales de alambres

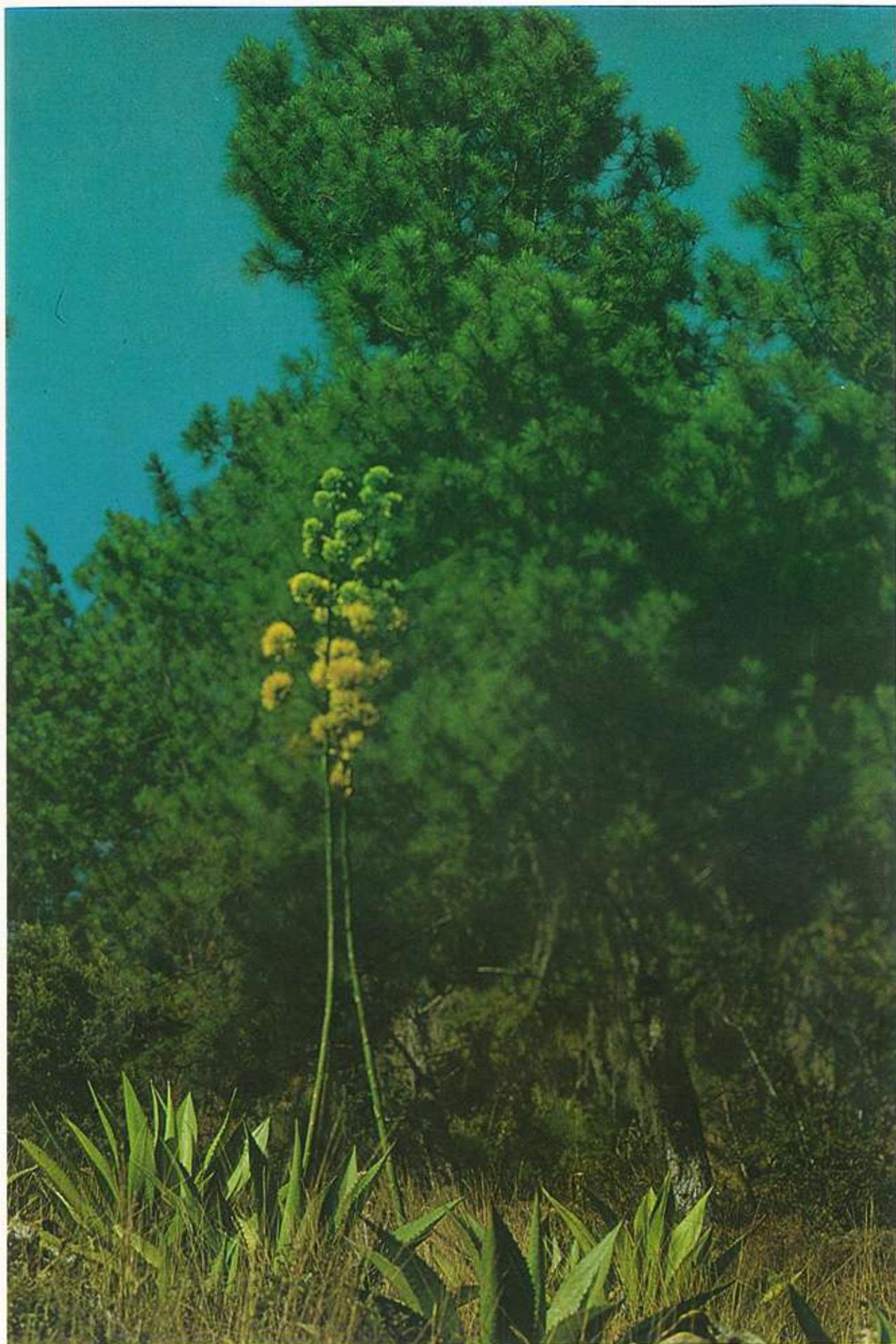
de púas que sirven para encerrar los becerros. Es una costumbre de la gente de esta parte de la sierra, soltar su ganado para que pascie dentro del Parque Nacional. Algunos animales llegan por su cuenta hasta el mismo Valle de Bao.

De ese modo, las vacas dan a luz sus terneros subiendo y bajando montañas para procurarse un bocado de hierba. Los becerros llegan a tardar seis años para adquirir el peso de tres quintales. Una vez al año, sus dueños salen a buscarlos y, los que pueden ponerse a la venta, son reunidos allí. Por esa razón, a este lugar se le llama «Los Vaqueros».

Hoy existe una caseta de tablas de pino que ha construido el departamento de Foresta. Me gustaba más, sin embargo, el antiguo rancho. Aquel era de tablancillos de manaca, techado con trozos de cuaba. Sus paredes estaban ennegrecidas por el hollín y el piso de tierra estaba infestado de pulgas de los perros de los monteros que lo frecuentaban. Por entre las rendijas del rancho se colaba el frío, la humedad y el viento, pero aquellos hombres solían calentarse alrededor de un fogón de tierra por la noche, haciendo cuentos y celebrándolos con grandes risotadas y tragos de ron. En un rincón oscuro del cuarto había una cama vieja y destalada en la que nadie dormía: era la cama del muerto, el antiguo dueño.



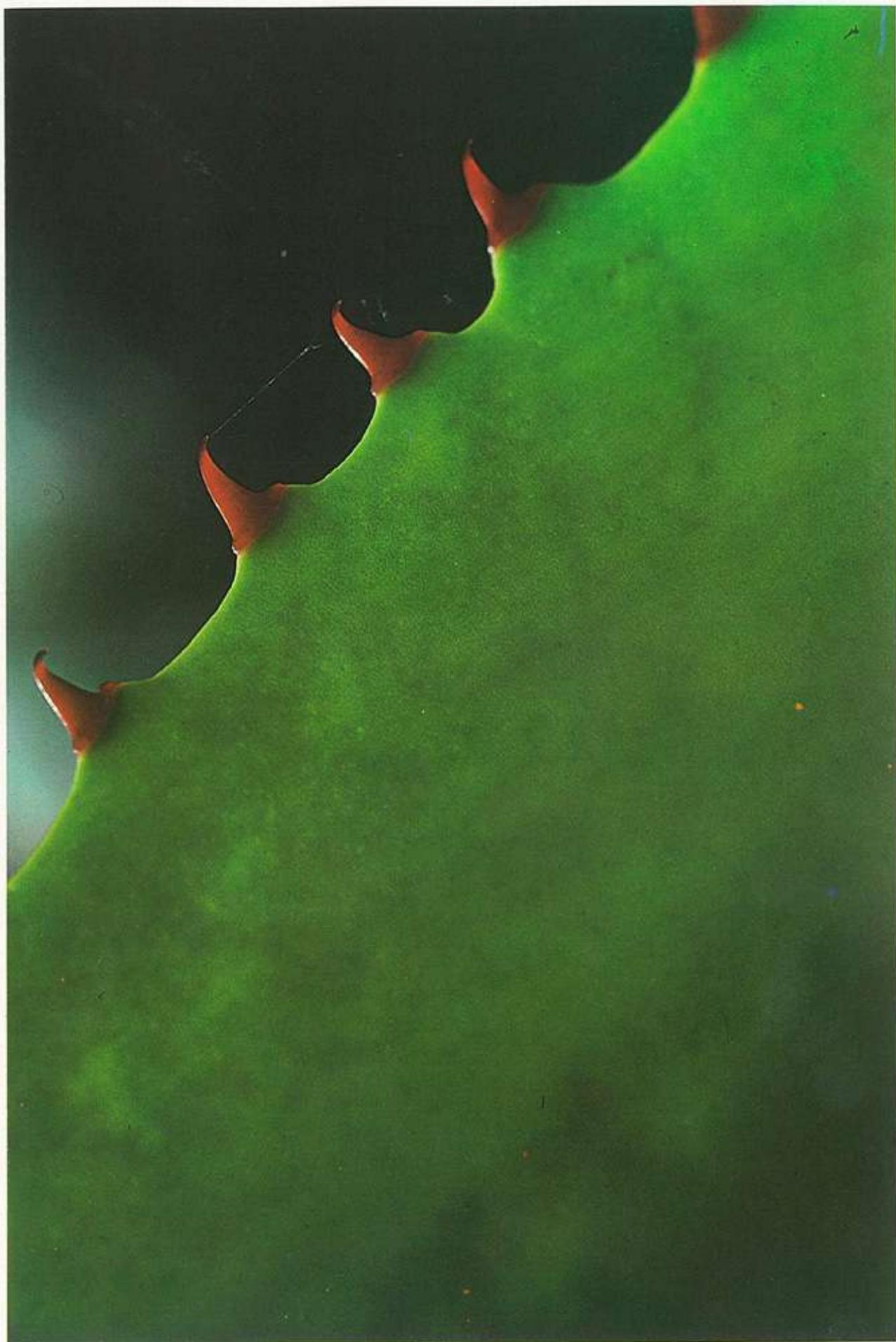
El río Bao, desde «el filo de la navaja».



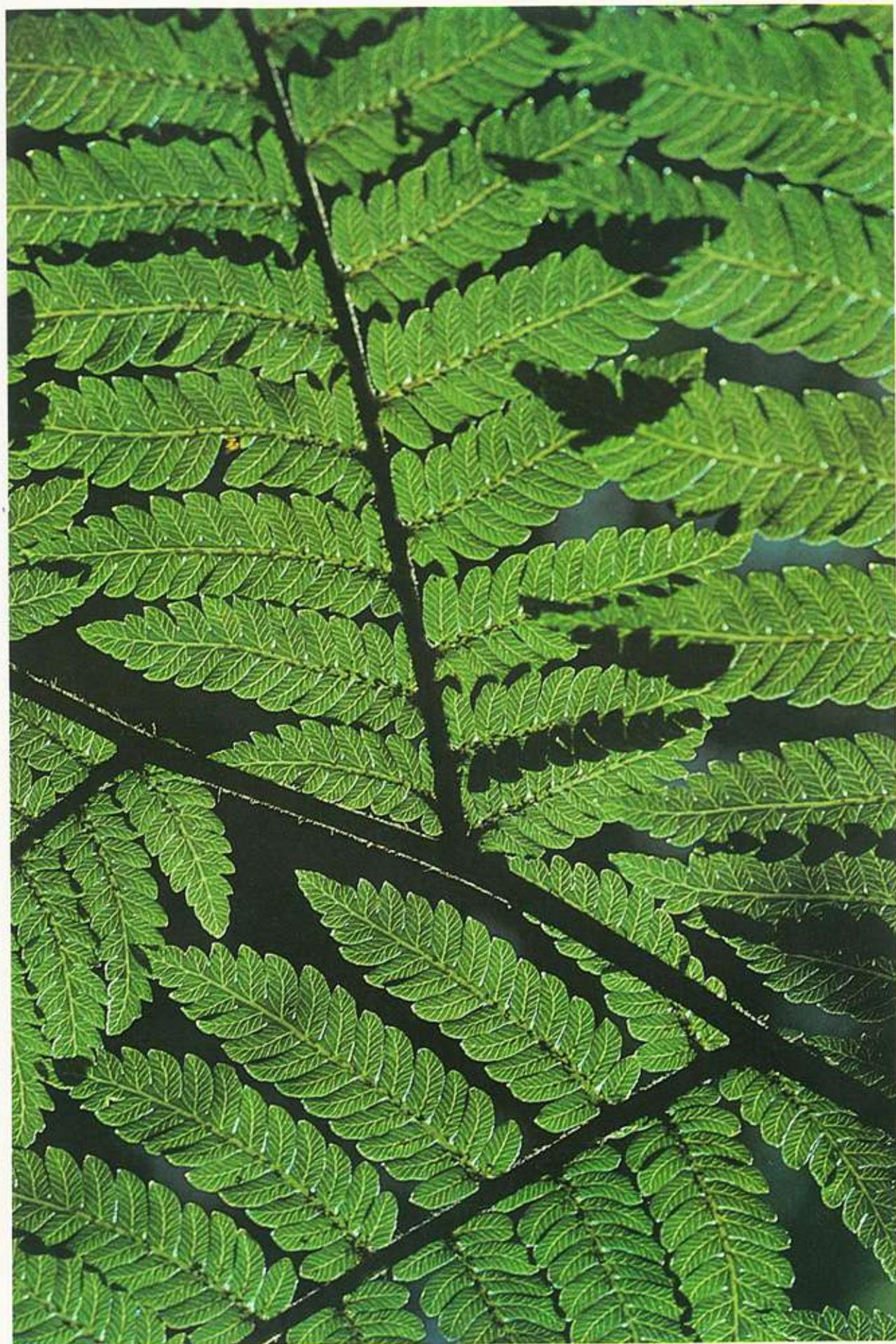
Maguey florecido, *Agave antillarum*.



Flor de Maguey balanceándose sobre el abismo.



Detalle de la hoja de un maguey *Agave brevispina*.



Detalle de helecho *Lophosoria quadripinnata*.

15 Habla Don Ramón Caba

«Esa era mi cama, la cama de Ramón Caba. Sí, el muerto. Y todos la respetaban y decían que yo no dejaba dormir a ningún atrevido que se acostase sobre ella. ¡Es cierto, es cierto! Pero no me culpen a mí, ¿qué otra cosa puedo hacer? Mi espíritu vela noche tras noche sobre mi propiedad. ¡MI PROPIEDAD!

No puedo descansar en paz desde el día, ¡maldito día!, cuando la guardia me sacó de mi tierra, de mi casa, de mis ríos y mis montes, mi café y mi ganado. ¿Es que nadie puede comprenderme?

¡Un decreto! Un papel de un presidente basta para matar a un hombre. Porque el día que me sacaron a la fuerza, y me llevaron al pueblo, ese día comencé a morir de pena y de dolor. Consumido por el coraje, reseco por la injusticia, impotente, al poco tiempo mi débil cuerpo dejó de resistir y una tarde lluviosa le abandoné, para retornar a mi propiedad.

¡MI TIERRA Y MI CASA, MIS RIOS Y MIS MONTES,
MI CAFE Y MI GANADO!

No me den explicaciones, porque no las puedo entender. Me hablaron que había de hacerse un Parque Nacional y para eso debían salir todos los que vivían en esa región. Y vino la guardia y nos sacó a la fuerza, con la fuerza de unos mapas y papeles, y unos rifles y uniformes.

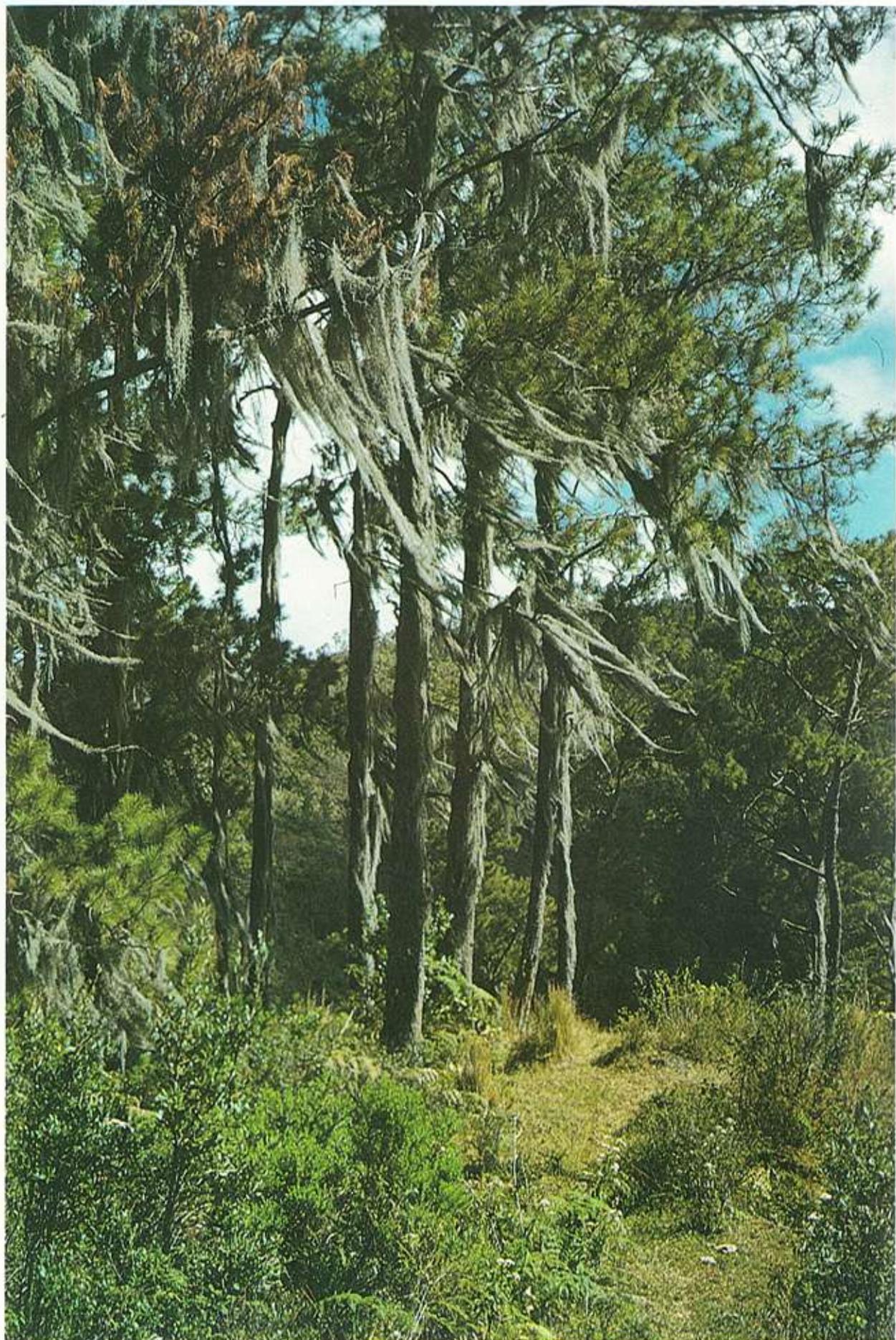
Me contaron que la idea fue del Dr. Canela. ¡Dios le haya perdonado! Qué fácil es vivir en la ciudad inventando leyes y disponiendo de los hombres que no se conocen. Canela echó la línea del vedado y nadie puede decir que no fue recto cumpliendo la ley. Por la propiedad de mi comadre Julia pasó el cordel y partió la casa por mitad, dejándole la letrina para vivir. ¡No se pudo ni torcer un metro para salvar la casa! La ley es la ley; sí, sobre todo cuando es otro quien carga con su peso. ¿Qué vale más, el papel o la gente?

Ya he regresado a mi propiedad, aunque me costó la vida, pero ¡son tantos otros los que suspiran por un pedazo de tierra dentro del vedado! ¿Cómo los van a detener? ¿Con papeles? No se comen los papeles: ¿Con fusiles? ¿Hasta dónde alcanzan las balas un estómago vacío?

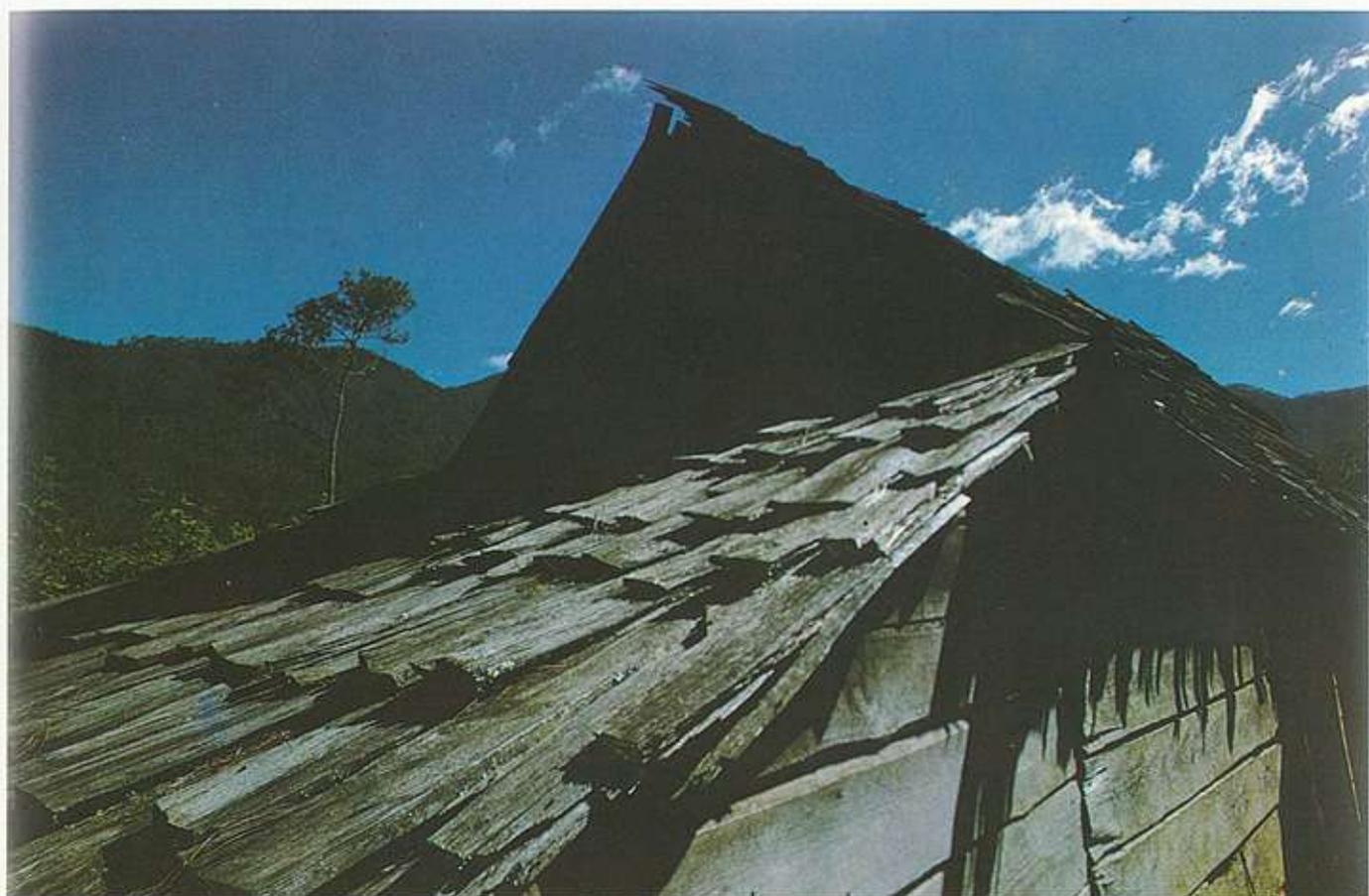
Mi rancho, mi antiguo rancho, donde me casé y nacieron mis hijos, ése lo han desbaratado. Ahora hay uno más nuevo pero no más hermoso. Mi café ahora dicen que lo cosechan los de uniforme, pero no cuela mejor.

Y no crean que no he vuelto. Aunque mi cama ya no está ahí, yo regreso a mi tierra cada noche. Y cada noche me encuentro algún amigo viejo que también ha regresado. Y ya somos muchas las almas que damos vuelta de noche.

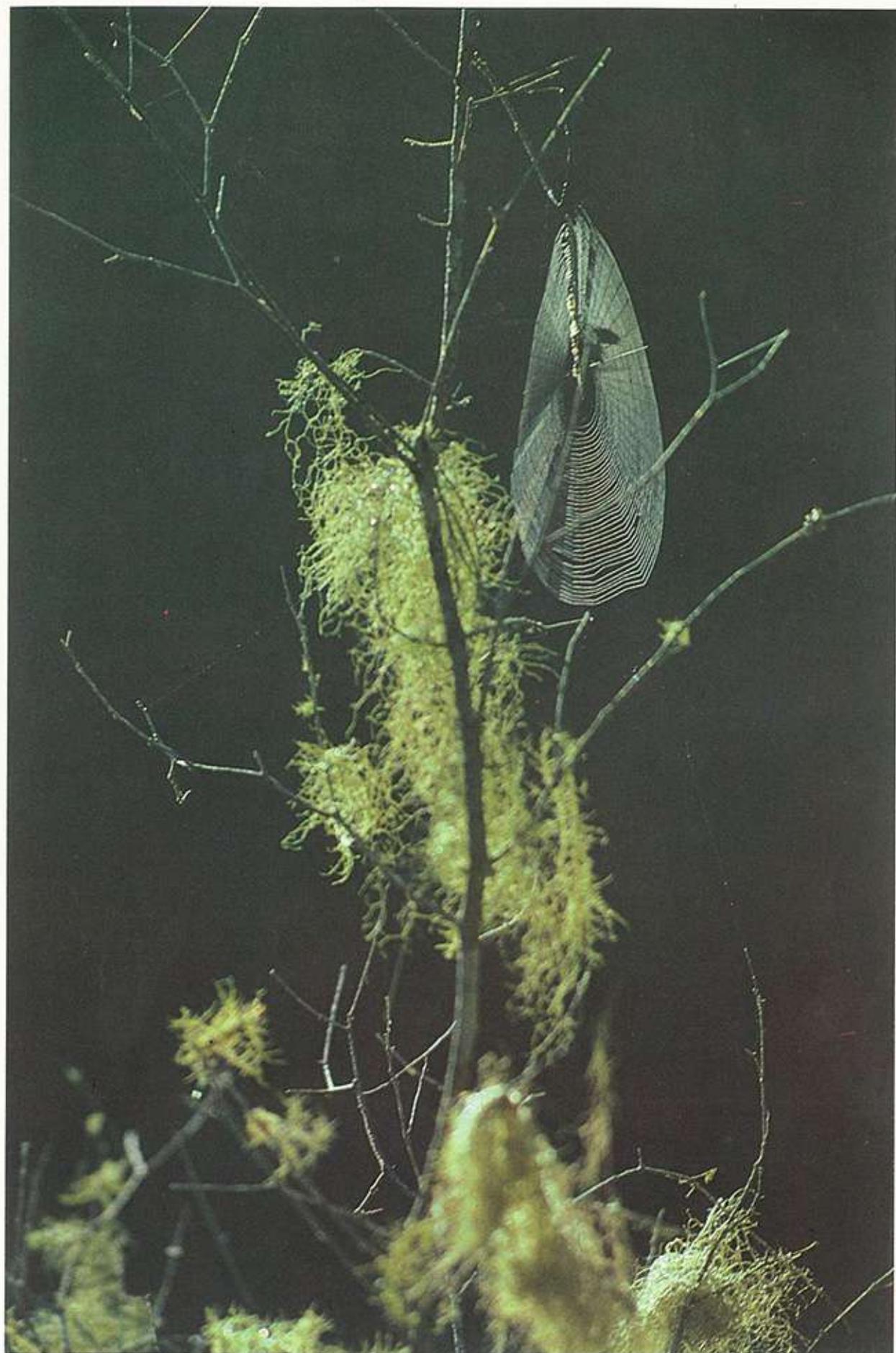
¡Nos veremos, recuérdelo, nos veremos!»



Explanada de Los Vaqueros, lado sur.



Techo de tablitas, rancho abandonado.



Telaraña y líquenes.

16 Rancho en Medio

Subir y bajar parece el destino del excursionista que transita por estos lugares. A cada bajada hay que cruzar alguna cañada, la que suele ser generalmente vía escogida por algún arroyo para canalizar sus aguas mientras se dirige presuroso a confundirse con el gran Bao.

Así nos encontramos con el río Laguna, cuyas fuentes se remontan a las cúspides vecinas, naciendo de forma inusitada desde una laguna situada en la cabezada de Rancho en Medio, razón que sirve para acreditarle su nombre. Sus aguas muy limpias y frescas tienen fama de ser saludables y buenas para beber. Como dicen los monteros: es un agua liviana.

Todavía atravesando la maraña de esas cañas amargas que frecuentan abundar en las orillas de estos ríos, oímos como un retumbar entre las montañas, por encima del nivel audible del murmullo del río. Siempre subiendo, puede observarse el Cerro de las Flores, que aparece frecuentemente encapotado con densas nubes negras y de donde suelen provenir esos truenos, cual redoble de tambores.

Aunque es posible andar todo el día y llegar a Mata Grande en una sola jornada desde Las Guácaras, parece más conveniente hacer un pequeño rodeo y dirigirse a Rancho en Medio para pernoctar.

Así pues, nos internamos en el espectáculo aterrador de este bosque peculiar.

De lo que fueron grandes pinos quedan ahora sólo patéticos troncos secos, mudos testigos de la codicia humana. Sus muertos leños nos cuentan de un capítulo más en la extensa historia de destrozo y festín cometido con nuestras riquezas naturales. Aunque no es un capítulo reciente, bien puede servirnos de ejemplar lección.

Hacia los años cincuenta de este siglo, un hombre a quien

todos llamaban «el húngaro», probablemente por su nacionalidad, obtuvo de Trujillo el permiso para establecer una factoría dedicada al refinamiento y exportación de la resina del pino. Escogió a Rancho en Medio para instalar un alambique, hermoso aparato de cobre que hasta hace sólo unos pocos años todavía se encontraba allí. Gran cantidad de hombres se trasladaron al lugar, donde conseguían trabajo relativamente fácil y podían ganar hasta un peso diario. Así, Rancho en Medio conoció una inusitada y burbujeante actividad, volviéndose en un centro de febril negocio.

Todo lo que había que hacer eran unos cortes profundos en la base de cada pino, en forma de V, y poner unas cajitas de madera para que se llenasen de la resina que brotaba. Luego esa resina era transportada a Rancho en Medio para alimentar la garganta sedienta del alambique. De allí salía un líquido claro que embotellaban y mandaban hacia afuera.

Podían darse varios repetidos cortes a cada pino. Cuanto más grande era el tronco más resina salía y podían llenarse más cajitas de a centavo. La actividad se mantuvo por varios años, pasando de pino en pino centenares de hombres cortando, sangrando, llenando cajitas. Había pinos que aguantaban hasta diez cortes antes de ceder y finalmente secarse. Uno tras otro, con increíble saña, se repetían los cortes. Detrás de la horda de obreros, un ancho cauce de muerte y destrucción iba quedando.

Pero en Rancho en Medio se vivía en una fiesta continua. Corría el ron, las prostitutas se habían trasladado hasta allí para sembrar el goce, y las risas de los hombres se oían hasta altas horas de la noche. Al día siguiente, con los ojos colorados y los labios reseco, volvían a salir los hombres, colmando los bosques de cuchillos afilados, cortes, chorros de espesa resina y más cajitas de a centavo.

Finalmente Trujillo se disgustó con «el húngaro», parece que consideró que su participación en el negocio no era todo lo que él deseaba. Se ordenó detener la operación y deportaron al extranjero. Hoy, tantos años más tarde, todavía podemos asombrarnos con estos gigantescos troncos secos que elevan al cielo sus ramas torcidas, cual brazos pidiendo justicia. La devastación abarca una inmensa zona triste.

Atravesar este cementerio de pinos nos deja ahora con un amargo sabor en la boca. ¡Y pensar que la historia es el espejo del futuro! Es increíble la capacidad de olvido que tiene el dominicano, no sé si será producto de su ignorancia o fruto de un inverosímil atavismo.

El camino se torna después más ancho y hay amplia eviden-

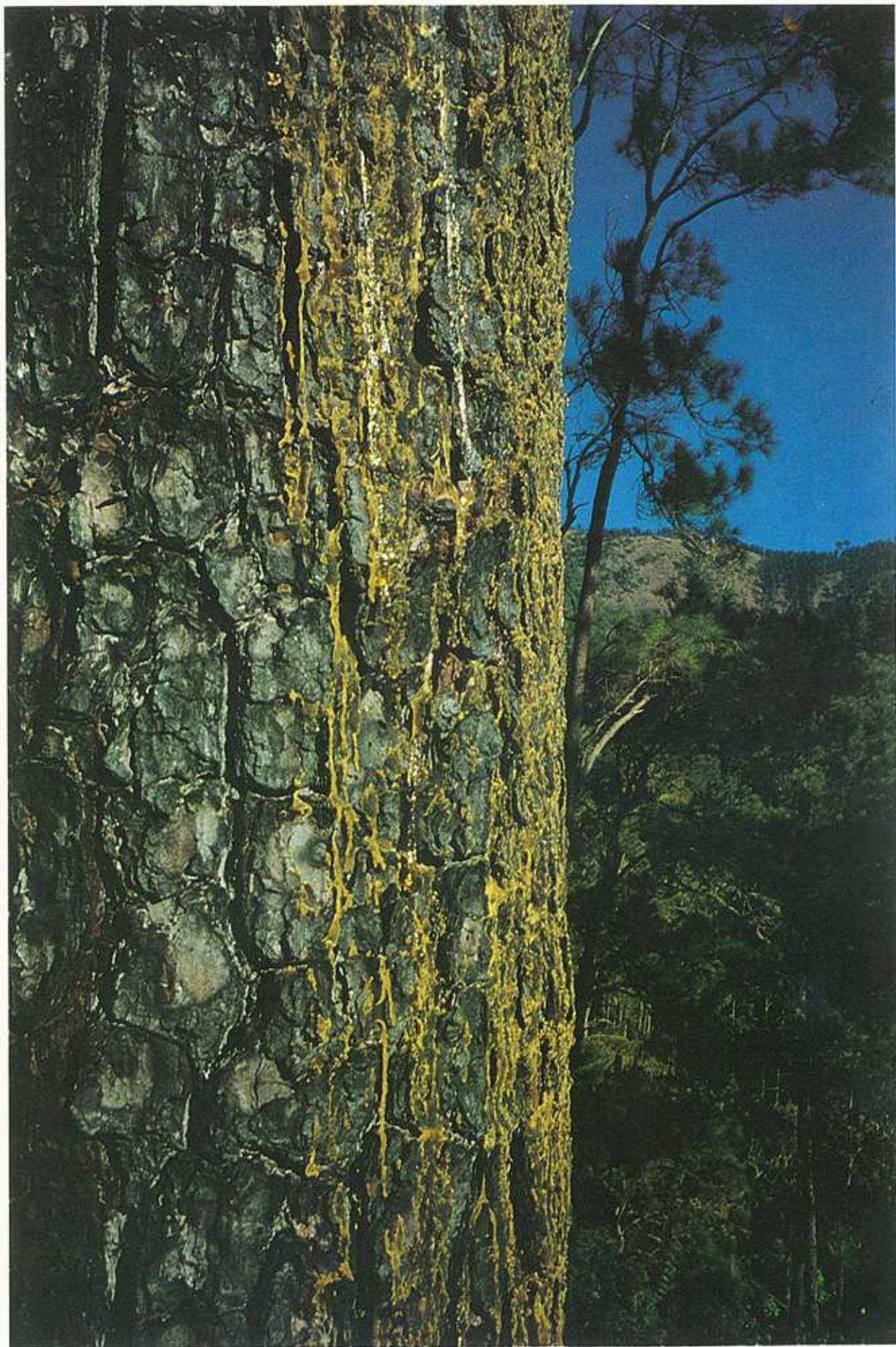
cia de que Rancho en Medio es todavía un lugar frecuentado por las personas de los alrededores. Admiramos, echando rápidas ojeadas al paso, los hermosos «Grayumbos» que suelen crecer ahora en estos lugares, más elegantes y frondosos que los ordinarios. Con sus blanquísimos troncos anillados, como remedando a las palmeras, y sus amplias hojas cual gruesas manos abiertas clamando al cielo, se me antojan esbeltas palmípedas invertidas.

Otro árbol que me llama insistentemente la atención es el «Palo de Viento». Así lo han bautizado los campesinos debido a que sus hojas no parecen estarse quietas nunca. Da la impresión de mantenerse constantemente sometido al embate de una suave brisa. Sus hojas, doradas al dorso, tiemblan con apenas refrenada emoción, despidiendo un muy tenue y exquisito aroma. Su vista, cual redondo montón de inquietas láminas, se destaca sobre la quietud del panorama, entre los demás árboles.

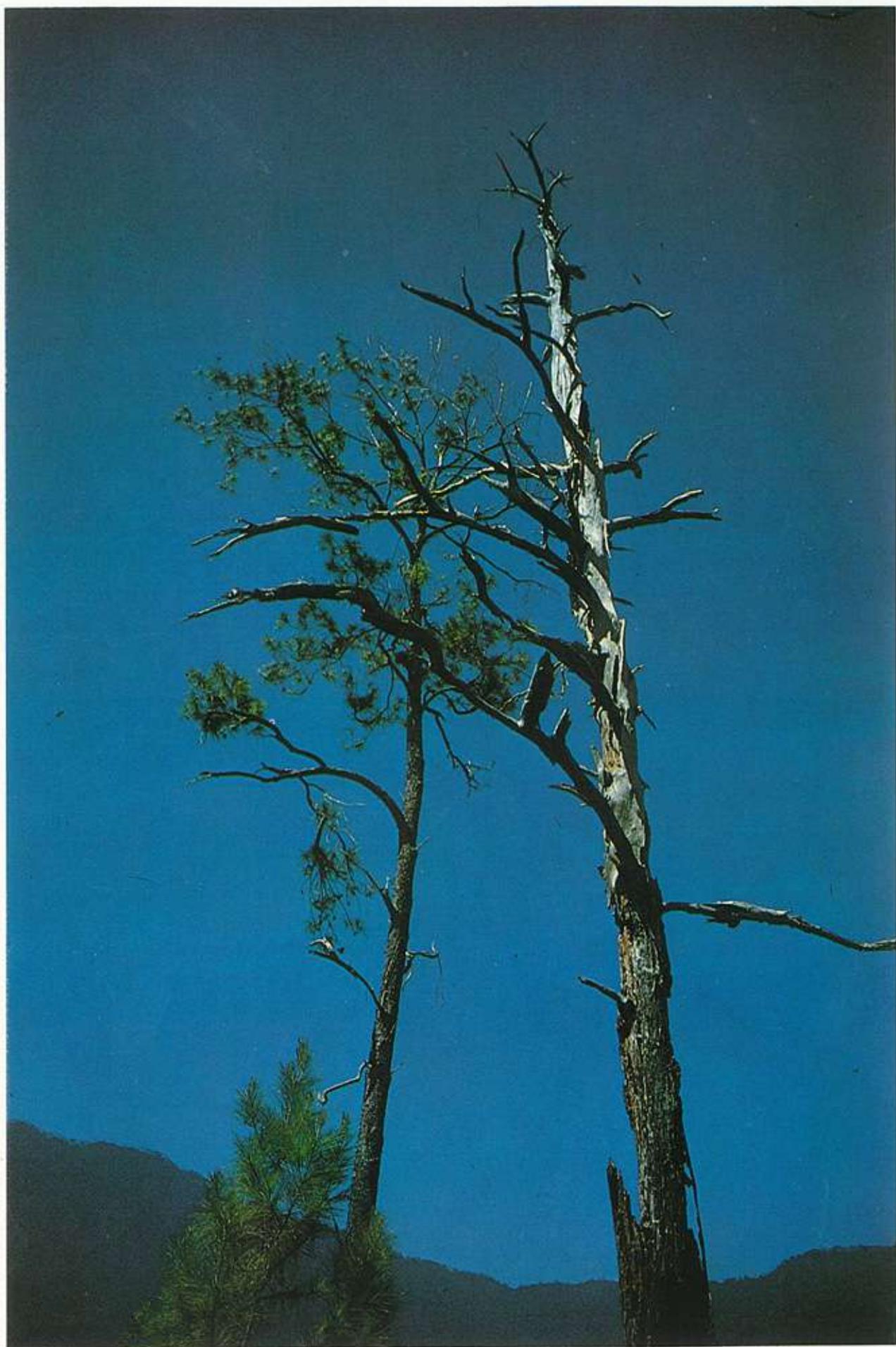
Rancho en Medio posee, naturalmente, una espaciosa casa de pino, también construida por Foresta. Es la más amplia y bien terminada de todas las de su tipo que he visto. Con cuatro grandes habitaciones, una especie de sala común y una cómoda cocina campestre, no resulta extraño que sea frecuentada por los viandantes. El piso de madera de la casa, limpio y levantado sobre el suelo, la hace todavía más confortable. La letrina, un poco apartada en atención a las circunstancias del lugar, resulta extrañamente higiénica. Es de notar en ella la abundante cantidad de tusas de maíz amontonadas en un rincón y listas para su uso.

Una noche compartimos el piso de madera con un grupo de monteros que se disponían a salir a cazar puercos cimarrones. El radio de baterías resonó hasta bien entrada la noche, pues todo el mundo tenía interés de conocer las incidencias de un juego de pelota que se estaba desarrollando en Santiago.

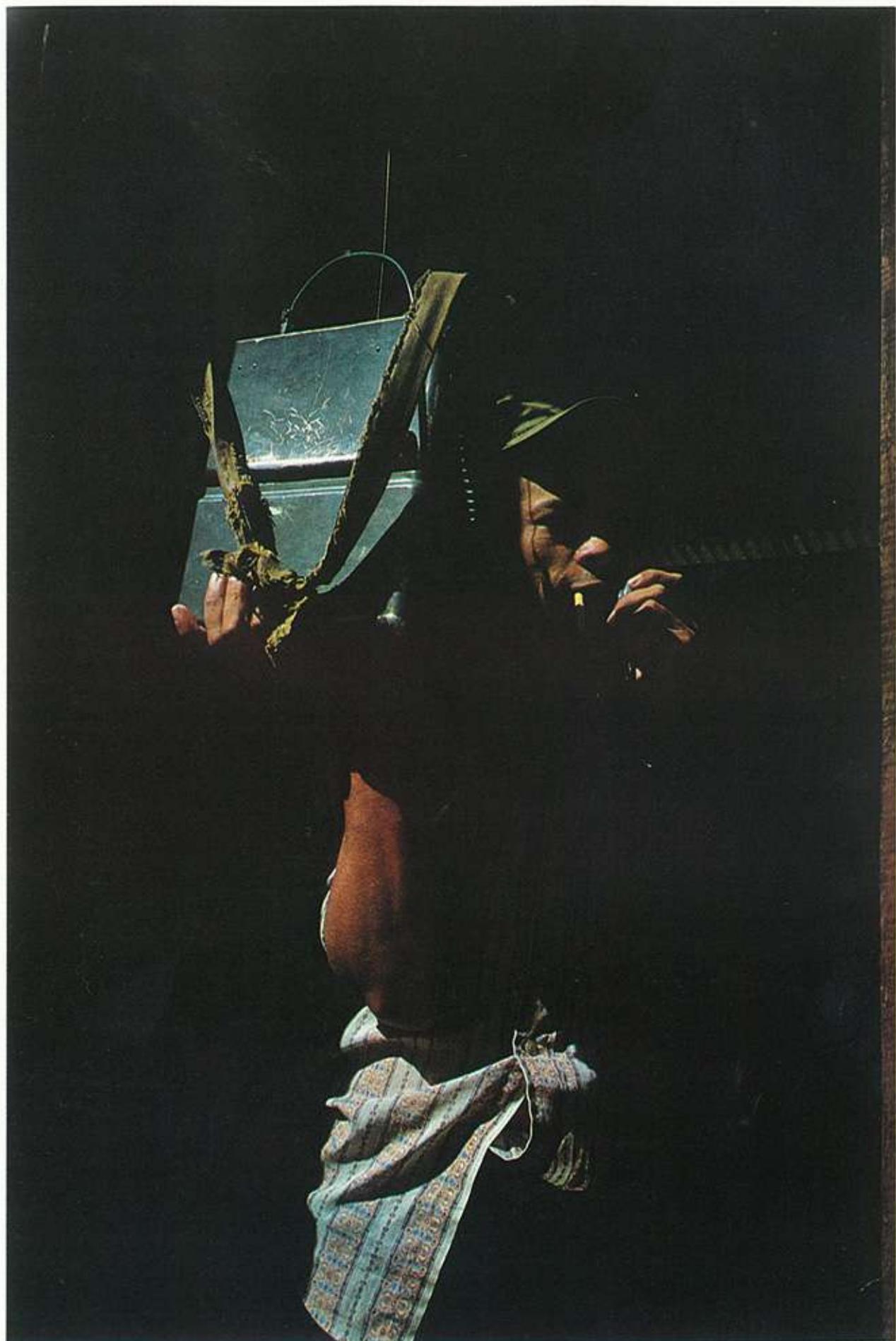
Al amanecer nos despertó la algarabía en el patio exterior. Los perros ladraban y brincaban contentos alrededor de mulos y caballos, mientras el grupo de monteros se alistaba para la partida. Se preparó un desayuno en común y nos despedimos alegremente, cada grupo partiendo en dirección contraria, cada grupo anhelando la llegada a su destino.



Resina de pino, *Pinus occidentalis*.



Ranco en medio.



Guardia forestal con radio transmisor.

17 El Viejo Camino a San Juan

La antigua carretera de los Vega, un ancho camino de rocas y caliche que parecía dirigir sobre el viajero su agobiante claridad reflejada, es la vía que une a Rancho en Medio con Mata Grande.

¿Quién podría decir que aquel trecho habría sido en otros tiempos, no muy lejanos, una ancha y transitada carretera? Por allí habían ido y venido los camiones del aserradero, trayendo materia prima y comestibles y llevando grandes cargamentos de tablas y cuarterones. Había habido un proyecto para prolongarla hasta llegar a San Juan de la Maguana, una vía de enlace con el sur que los pueblos del Cibao han por tanto tiempo deseado. Ahora sólo queda un mal trecho apenas apropiado para mulos. Todavía puede verse la silueta de La Pelona, en lontananza, erguida y majestuosa como diciéndonos adiós con emoción contenida, esbozándose tras la bruma de un pálido azul.

La «carretera» de los Vega prosigue bordeando la Loma del Oro, a bastante altura sobre el nivel mismo del río Bao, las aguas del cual siguen brillando inquietas realizándose mientras sigue corriendo entre lomas con serpentina picardía.

Siempre pensé que el nombre de esta montaña debía ser «Loma del Loro», pero hace poco fui corregido en el sentido de que realmente se llama «Loma del Oro», haciéndose nuevamente mención al codiciado metal, por razones que desconozco pero que fácilmente imagino. Desde allí, en un recodo del camino y en un día claro, puede verse Santiago a la distancia, distinguiéndose perfectamente el Monumento y los Cerros de Gurabo.

Toda esta elevada carretera fue excavada en las rocas, las que aparecen normalmente flanqueándola a su izquierda cuando se lleva dirección hacia Mata Grande. Son rocas filosas y exfoliables, que exponen agudas aristas y largas fisuras al viento. Entre sus ranuras y recove-

cos abundan los nidos de avispas, cuyos panales parecen hacer admirable juego con el panorama.

Existe un paraje donde el camino se vuelve un estrecho trillo por causa de los derrumbes que constantemente le caen. Toda la ladera se convierte en una cantera de piedras que han rodado por el precipicio. Por encima de la cabeza del transeúnte se asoman amenazadoramente grandes rocas que parecen como si fueran a desprenderse sobre el caminante en cualquier momento. Por el temor que produce este estrecho, se le ha llamado «El Cuco» con justificada razón. Aunque parece que no han habido últimamente accidentes fatales. Mientras pasamos, se cuenta la anécdota de un mulo que resbaló y cayó con toda su carga de habichuelas, quedando atrapado y colgando de un tronco sobre el abismo, perdiéndose hasta el último grano de la carga.

Existen además dos cosas memorables en esta carretera. La primera es un diminuto manantial de un agua exquisita, llamado «El Agüita Fresca», que sirve maravillosamente para calmar la sed, refrescarse y hacer una merecida pausa en el camino. La segunda es la casa del Vale Purulo, guardabosque.

El Vale y yo nos conocemos hace tiempo, desde que estuvimos juntos en un Cursillo de Cristiandad. Después nos hemos visto con la frecuencia de una vez por año, cuando paso por su casa. Lo primero que llama la atención es un letrero, toscamente pintado sobre un seto, donde se declara que allí se está a una altura de 1,230 metros sobre el nivel del mar. El Vale y su esposa son gentes encantadoras, blancotes y rosados por el frío, sin dientes delanteros porque se los iban a poner postizos pero nunca lograron ahorrar el dinero necesario para el dentista. Su casa parece estar siempre abierta al transeúnte, al que reciben con admirable acogimiento. Se sienten felices de brindar unas crujientes mecedoras y en seguida aparece una bandeja con un surtido de vasos y tazas conteniendo una naranjada endulzada con azúcar prieta.

Mientras conversa ávidamente, sus dos pequeñas hijas tímidamente se le sientan al Vale en sus rodillas para observar mejor a los forasteros. Hay que tratar de ignorarlas porque, a la menor alusión, las chiquillas rompen a llorar desconsoladamente. Luego aparecen los sobrinos y los hijos de crianza –siempre hay varios– y una vieja señora que suele ir y venir a la casa y pasarse con ellos largas temporadas. Como no tiene hogar, se queda más tiempo con aquellas familias que mejor la acogen. La anciana, muy locuaz por demás, asegura tener cien años pero, por las condiciones físicas de que hace gala, nos atreveríamos a decir que la buena señora o se ha equivocado en el conteo o la vida en la sierra es extraordinariamente saludable.

A poca distancia de la casa del Vale abandonamos la «carretera» de los Vega, torciendo a la derecha, y nos sumergimos en un profundo despeñadero. Es un atajo para abreviar el camino cruzando los ríos Antonsape, para luego subir a reencontrarse con la vieja «carretera», habiendo ganado un trecho de varios kilómetros.

Los Antonsape son dos: el Bueno y el Malo. De regreso del Pico hay que cruzar primero el Malo, así llamado porque su caudal es más rápido, bajando violento entre furnias y peñarascos. Seguido, y después de subir y bajar la pequeña colina que les separa, se cruza el Bueno. Como es de suponer, Antonsape el Bueno desliza plácido su manso caudal de aguas claras y tranquilas, retozando juguetonamente entre helechos y grandes «pelúas» de amplias hojas velludas y blanquísimas flores. Un poco más adelante ambos ríos unen sus aguas detrás de un alto farallón, no sabiéndose ya más si es la bondad la que triunfa sobre el mal o viceversa.

La subida siguiente se hace por un angosto trecho, muy profundo a causa de la erosión, de tierra roja y arenisca. Es lo que allí queda del viejo camino a San Juan de la Maguana, que fue muy transitado en tiempo de nuestros tatarabuelos y sin duda una vía de importante comercio con el sur, hace muchos años.

Cuando emergemos nuevamente, tomando la «carretera», estamos prácticamente a muy poca distancia de Mata Grande. En las montañas de enfrente, a la derecha del camino, distinguimos un disperso caserío, ya fuera del Parque Nacional, al que llaman Loma Prieta. Para llegar allí tendríamos que cruzar el Bao por un extraordinario puente construido por los mismos moradores y costeadado por la misma comunidad. Pero seguimos de largo. La «carretera» está ahora prácticamente adoquinada por trozos cúbicos de unas piedras blancas sueltas que asemejan mármol. Su cantidad es tan grande que llama la atención.

Una mujer, presurosa, se detiene a saludarnos con esa efusión propia de quien ve por primera vez a una persona, como si no hubiera visto a otro ser humano en años, y nos cuenta que se dirige a Rincón de Piedra porque ha oído un «servicio» por la radio donde mencionan que una comadre suya la quiere ver. La vemos pasarnos y alejarse con un nervioso caminar, mucho más rápido que el paso de nuestros cansados mulos.

Finalmente, distinguiéndose sobre una loma, una iglesia de madera pintada de azul y arquitectura de reminiscencias canadienses, llegamos al pobladito de Mata Grande. La estrecha calle se colma en un momento de jóvenes, viejos, niños y mujeres, llenos de curiosidad por ver quiénes son esos locos que, por puro gusto, van y vienen del Pico

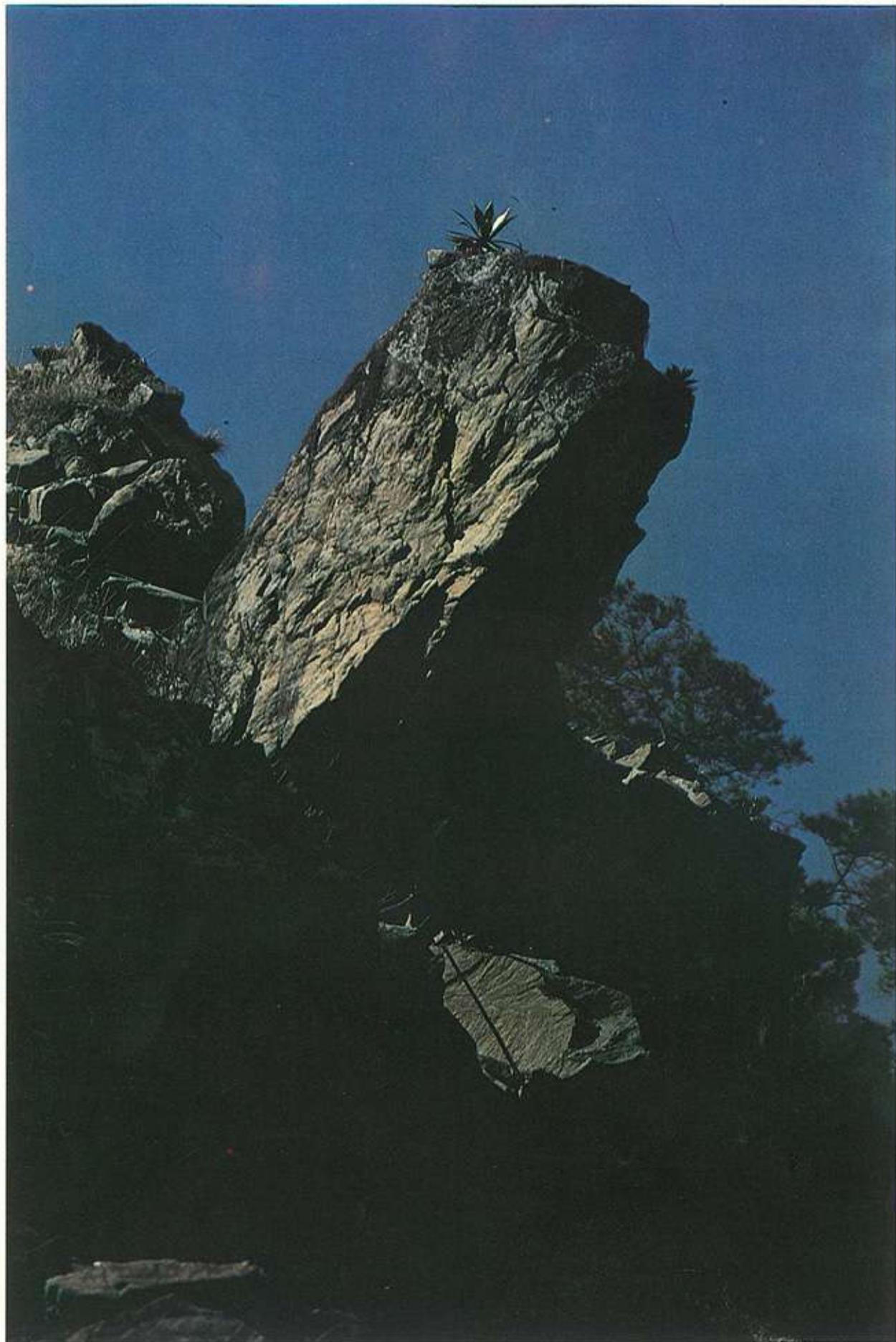
Duarte. Dejamos finalmente las monturas, despachamos los guías y ayudantes, y nos montamos en el «jeep» que espera paciente por nosotros.

Todavía nos queda el peor pedazo por recorrer. Lo digo porque, a pesar de que el Bao sigue acompañándonos en la ruta y los paisajes son impresionantes, el «jeep» va dándonos tumbos y saltos por un pedazo de carretera verdaderamente deplorable. El mulo parecía un colchón de espuma al lado de los brincos que tiene que dar el pobre vehículo, sorteando zanjas y pedruscos. Así llegamos hasta la Mina de Cobre. Después de pasada la inspección del Puesto de Guardia, nos detenemos a charlar por un momento con Míster Edward.

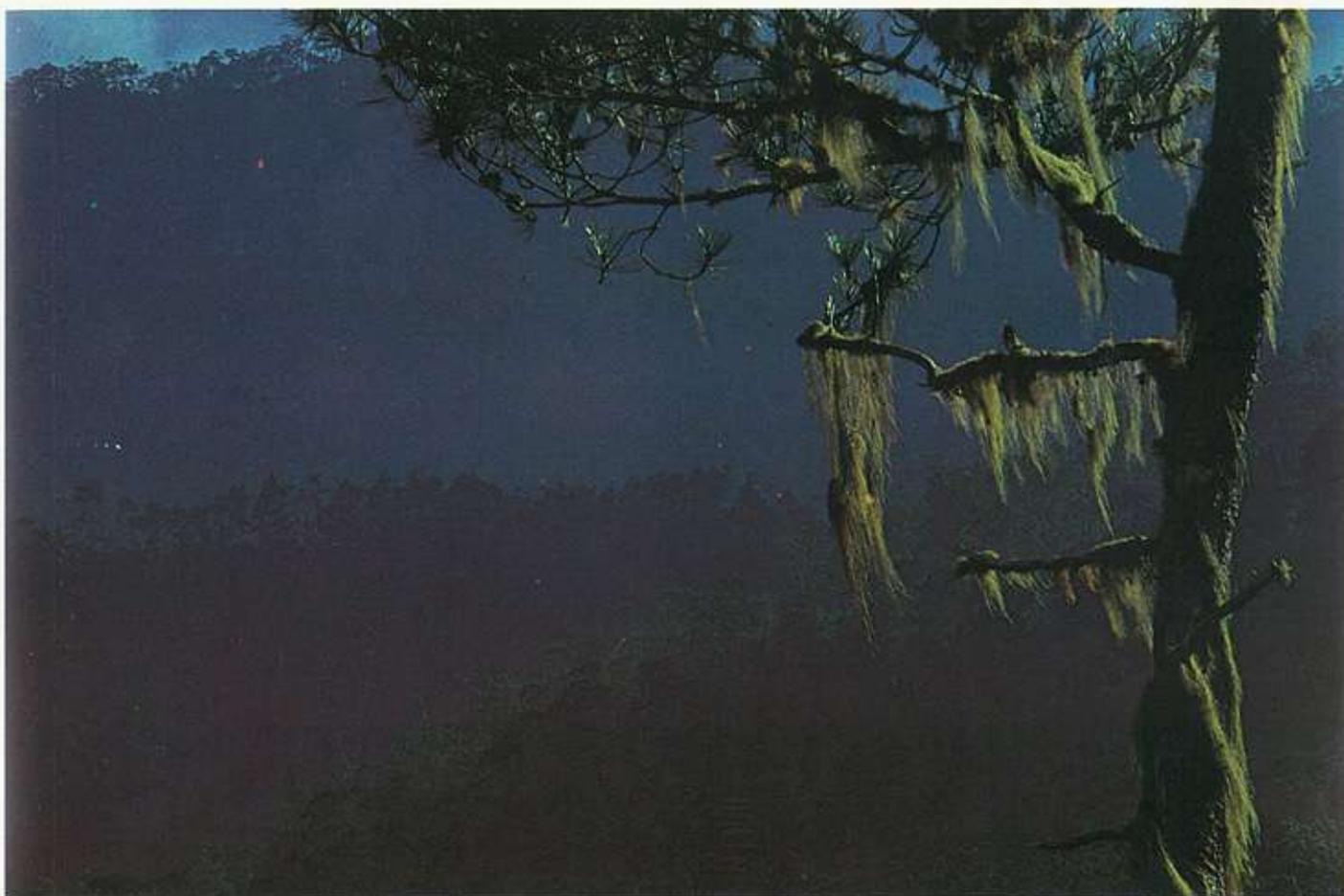
Por alguna extraña razón, este ciudadano norteamericano nos comienza a referir una serie de datos interesantes. Así nos enteramos que la mina de cobre, que había sido clausurada después de un derrumbe y estaba en poder de un Banco, parece haberle sido concedida por medio de algún acuerdo.



El viejo camino a San Juan.



El paso del Cuco.



Bajada de los Antonsape.



Helecho de barranco, *Blechnum occidentale*.

18 Lo que Dijo Mr. Edward

«Me encuentro realmente entusiasmado con la explotación de esta mina, tanto que en vacaciones mis hijos vendrán a ayudarme. Empezamos haciendo la carretera que permita entrar los camiones hasta el lugar donde, con palas mecánicas, los cargaremos con el material. El sistema de explotación es lo que llamamos «Strip Mining», es decir, echamos a un lado la escasa capa vegetal que haya y vamos rebajando la montaña, llevándonos capas según la riqueza mineral del suelo. Luego se lava el material con agua y jabón para limpiarlo, y ya se puede embarcar. Será fuera del país que el mineral se refinará y adquirirá valor. Claro que la experiencia de este tipo de operación en Norte América, por ejemplo en los Apalaches, ha sido trágica. Valles enteros arruinados, lagos y ríos muertos por la contaminación, pero aquí es distinto. En este país no hay nadie que proteste por esas cosas, y si protestasen, nadie les haría caso.

La inversión, por el contrario, en este tipo de operación no es muy grande. Cien mil, quizá hasta quinientos mil pesos, no dólares, pesos. Pero los beneficios ¡GUAO! Millones.

Podemos mantenerla en plena operación por unos setenta y cinco o cien años. Básicamente es una mina de cobre pero... los geólogos saben que el cobre viene casi siempre acompañado de oro, a veces plata, platino...

La verdad es que según mis cálculos, hay probabilidades para unas cinco o seis minas más, de otros minerales.

La explotación puede ser muy grande, digamos cien, quizá mil kilómetros cuadrados. Toda esta extensión, desde Mata Grande a San José de las Matas y luego dentro del Parque Nacional, es rica en minerales.

Los dominicanos deben estar agradecidos de una explotación así. Estoy seguro que daremos trabajo a doscientas personas. Hay mucho que agujerear, excavar, remover. Hay que dejar la Cordillera

cernida palmo a palmo. El hueco quedará grande, inmenso, es verdad, pero ya se inventará algo que hacer con eso, oportunamente quizá se use para instalar otro zoológico. De todas maneras, ese es problema de la próxima generación, no de ahora.

Claro, comprendo que no quedará fauna, ni siquiera la flora actual. Pero eso es un problema para los ecólogos, no para los economistas. Y aunque puede ser que los doscientos hombres a quienes daremos trabajo se hayan multiplicado en miles de hijos y nietos para ese entonces, eso tampoco es problema de nosotros, porque para eso se cuenta con las instituciones de planificación familiar.

Tenemos, sin embargo, que vencer algunas dificultades todavía. Si alguien dijera que el echar los residuos de cobre al río Bao puede alterar su sistema ecológico, ya tengo preparada la respuesta. Le diré que el jabón que usamos es biodegradable, que es una palabra interesante y seguro le calla la boca. Después tengo el problema de que hasta Mata Grande la carretera ha sido hasta ahora de tránsito público, y hay mucha gente que va y viene y molesta mis camiones, tendría que darle mucho mantenimiento a la carretera que estoy arreglando. Pero esto ya lo voy a solucionar. Tengo amigos arriba, ya saben, que van a lograr cerrar el paso a Mata Grande. A lo mejor se logra que toda el área que me interesa la cierren al público. A lo mejor se convierte en un campo de tiro o de operaciones militares. Hay intereses, ya saben, que tienen llaves que abren y cierran todas las puertas. No aquí solamente, no, no, en todas partes es igual.»

Entonces habló una joven, en apretados pantalones a la moda, que parecía acompañarle.

«Por favor Mr. Edward, déjese de tanto afanar y empiece a largar tierra para afuera y que vengan los dólares. No sé qué tanto se preocupan algunos viejos de estas cosas. Yo les diría que no se metieran en lo que no les importa. A todo el que molesta lo metiera preso y acabara con esta «democracia» que deja que todo el mundo pueda cacarear y embromar la paciencia. Porque lo que importa, lo que verdaderamente importa, es que yo pueda comprarme un buen vestido en la «boutique» cuando me dé la gana, y pueda irme a estudiar al extranjero cuando yo quiera y pueda usar los perfumes y los coloretos que combinen con los zapatos y la cartera. Y mientras tenga helados «Howard Johnson» y compre los melocotones y los quesos que quiera en una «delicatessen», ¿a quién le va a importar lo que se haga con esas dizque montañas de quien nadie se preocupa? Tenemos que ser realistas. Yo lo que quiero es vivir mi vida hoy, que del mañana ya se preocuparán mis nietos, si es que los tengo, porque eso de criar muchachos da mucho trabajo, ¿Okey?»



Pino seco cubierto de «guajaca».

19 Interviene un Amigo Ecólogo

«Perdonen que interrumpa, pero me parece que lo que se está ventilando es de suficiente importancia como para darle un tratamiento más sopesado.

En primer lugar, desde el punto de vista de la preservación del equilibrio natural, la explotación minera causa gran destrucción. También es cierto que, en otros países, los lugares que han sido socavados por minas sólo han podido ser restaurados con mucha inversión y gran dedicación científica. Se requiere mucho más que hacer que crezca la hierba otra vez para lograr restaurar el equilibrio ecológico y sólo debe intentarse si se cuenta con una precipitación pluvial de más de veinticinco centímetros, siempre y cuando se haya previamente preservado la capa vegetal original y se vuelva a esparcir por toda el área explotada por la mina. Consideremos que el 'humus' requiere cientos o aun miles de años en producirse. Además, hay que restaurar cuidadosamente la topografía y el habitat especial de la fauna local.

Por eso, en vista de lo fácil que es hoy en día este tipo de explotación minera con 'bulldozers', compresores de aire y dinamita, es que se debiera considerar con más seriedad hasta qué punto conviene destruir en breve tiempo lo que la naturaleza tardó tantos siglos en construir.

Por otra parte, consideremos que muchos de los llamados 'recursos naturales' de un país no son inagotables y tienen su fin tarde o temprano. En definitiva, lo único que le quedará al hombre será la tierra que pueda cultivar. No hay que dejarse llevar tan fácilmente por las presiones de la industria, el comercio o los Bancos. Tengamos siempre en mayor estima el crecimiento de los valores humanos que el de la industria.

Creo, además, que los gobiernos de todos los países no han dado suficiente importancia a la localización de industrias y nuevas urbanizaciones, porque a menudo se construyen en lugares que fuera más

productivo el dedicarlos a faenas agrícolas. Desde el punto de vista ecológico, existe un grave y extenso vandalismo amparado bajo el manto de respeto a la libre empresa, lo cual puede muchas veces lesionar los intereses de toda la comunidad.

Ya se mire a los valles o a las montañas, al río o al océano, el balance natural es a menudo alterado por el hombre, con trágicas consecuencias para él mismo.

Lo que se debe buscar es preservar el habitat de las especies animales, incluyendo al hombre, para que puedan sobrevivir. Ya dijo Thoreau que 'en lo salvaje está la preservación del mundo'. De McFarland son las siguientes palabras: 'Nadie está dispuesto a dar su vida por un país feo, pero cualquiera morirá por un país hermoso. Por lo tanto, la preservación de la belleza natural es la más alta forma de patriotismo'.

No olvidemos que somos hijos de la tierra, y al contacto con la naturaleza nuestros espíritus rejuvenecen. Necesitamos periódicamente ir a la montaña o a la playa para no perder nuestra dignidad humana. Al ponernos en contacto con los elementos naturales es que encontramos significado a nuestra relación con el universo.

En especial, hay que proteger nuestros bosques de la avaricia del hombre. Se necesitan extensas áreas vírgenes aunque sólo sean para preservar la fauna, proteger las fuentes de agua potable y para la producción de oxígeno atmosférico. Es una verdad científica que las laderas de las montañas son ecológicamente frágiles, aun cuando estén protegidas por bosques estables. A pesar de eso, ¡cuántos árboles se cortan cada día! Si quieren ver los efectos de la devastación, sólo hay que contemplar la ladera sur de toda la Cordillera Septentrional, donde no queda ya ni una de las cien fuentes de agua que brotaban y alimentaban los arroyos que hoy sólo son cauces secos, incluyendo al mismo Pico del Diego de Ocampo, que está supuesto a ser una zona reservada. Las áreas vírgenes debieran ser absolutamente protegidas, tanto por los gobiernos como por los ciudadanos. Deben protegerse también del pastoreo de ganado, del uso indiscriminado de sus caminos, de máquinas y letreos, y hasta de la basura que dejan tirada por dondequiera los bien intencionados turistas. La minería debiera ser absolutamente prohibida en las áreas destinadas a parques y reservaciones naturales.

Estoy seguro que estas recomendaciones han de ser objeto de críticas o de burlas. Aun así, me atrevo a decir más. Nosotros, los padres de familia, hagamos que nuestros hijos crezcan con cierta austeridad. No olvidemos que las dificultades y las penurias que se vencen durante la juventud contribuyen a construir un mejor hombre para el mañana.

Y concluyo con Toynbee, ese gran historiador y crítico de nuestra sociedad moderna: 'El esplendor con que brilla la naturaleza le viene de un origen que está más allá de sí misma y que es su última realidad'.»



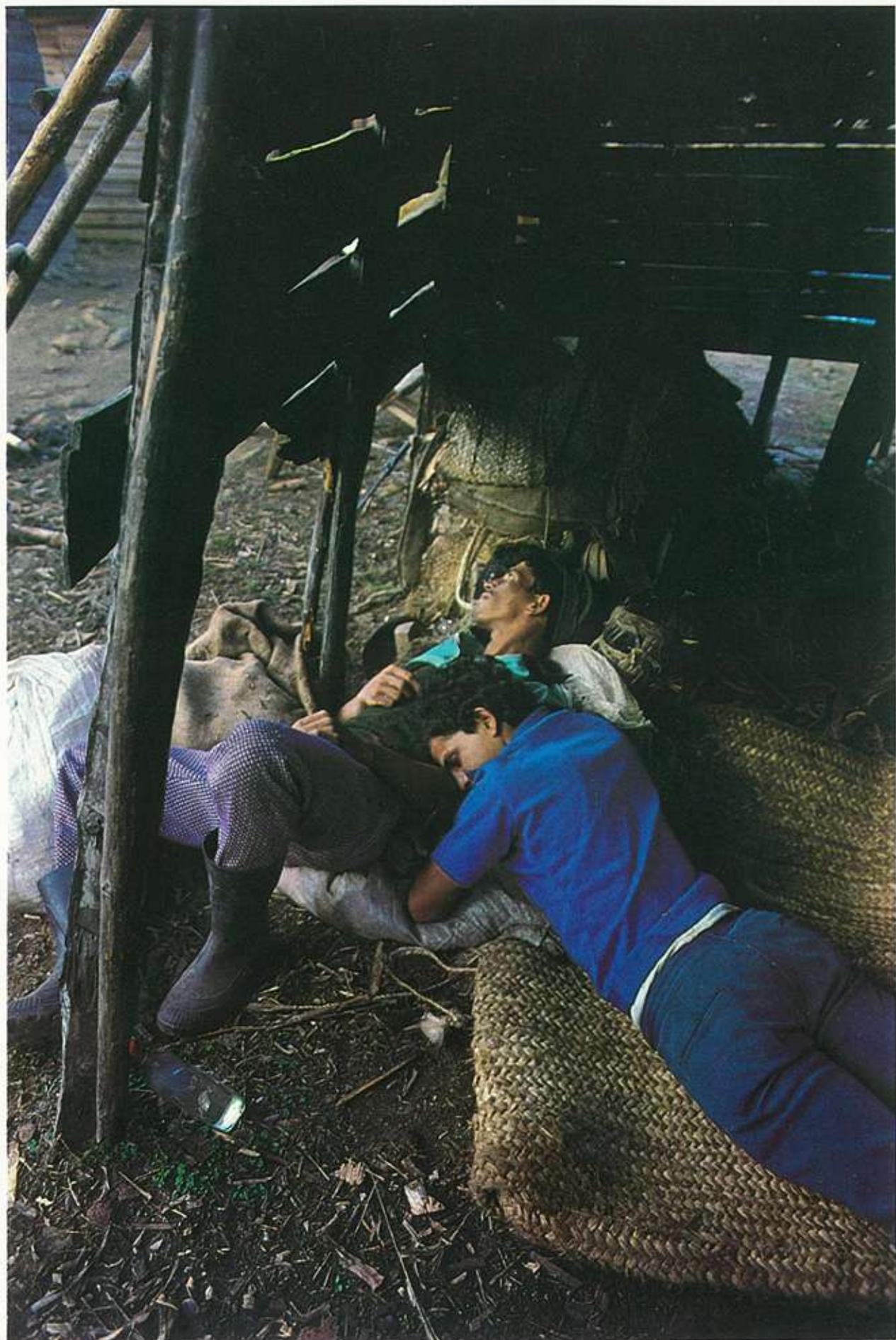
Detalle de una hoja del género *Heliconia*, al trasluz.



«Cangrejito», *Encyclia cochleata*, una orquídea silvestre.



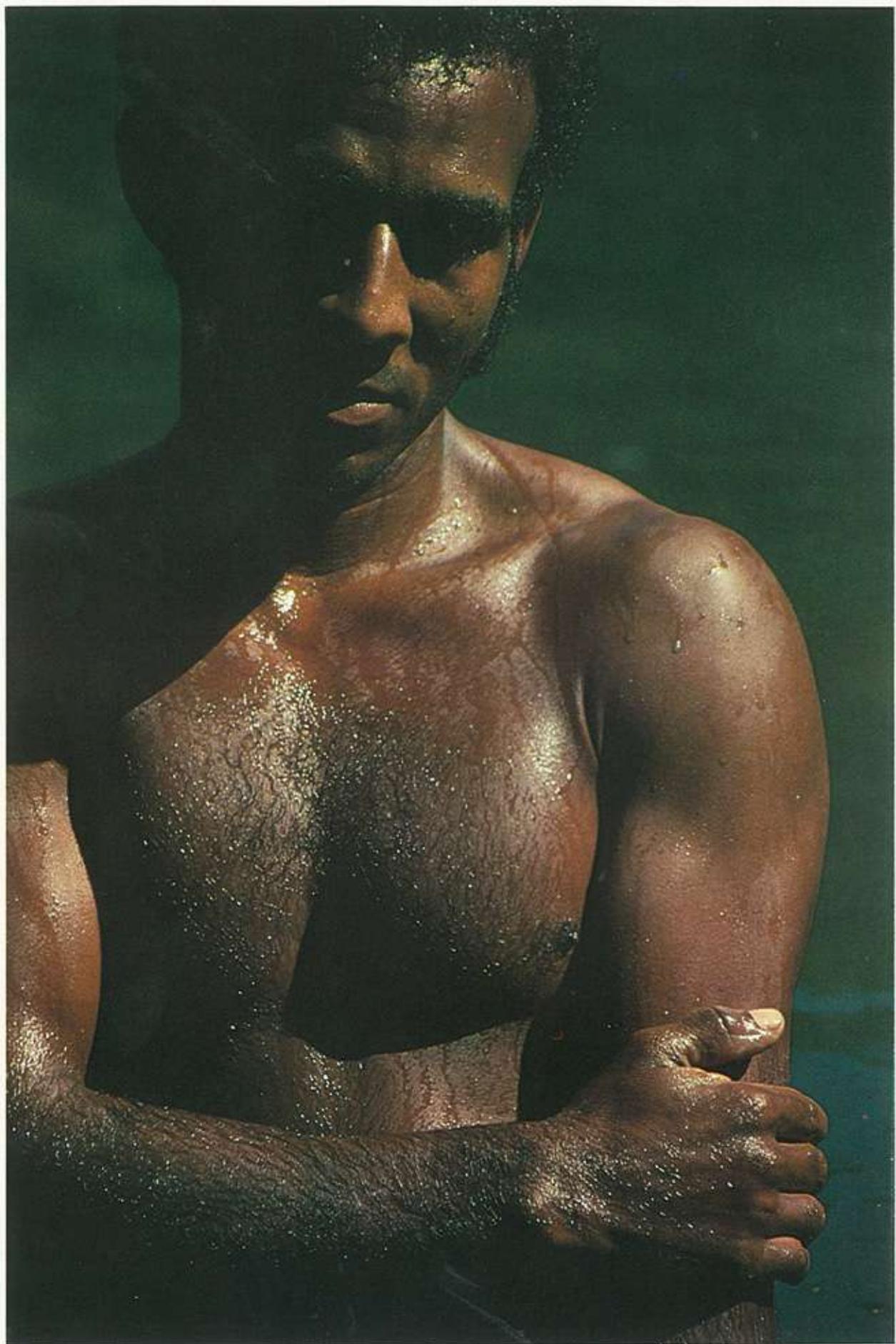
Brillo del agua en el río Bao.



Hermanos recueros, descansando.



Entrada a una finca en Mata Grande, de estilo que recuerda al gótico.



Hombre de la sierra.

20 Adiós

Dejamos atrás la Mina de Mata Grande y en seguida un montón de chiquillos, entre desnudos y harapientos, con resacas secreciones nasales y cubiertos de polvo, nos asalta con gran algarabía. Parece que nos confunden con algún otro visitante de la mina. Alargando sus bracitos y metiéndolos por las ventanas del «jeep», chillan a coro: ¡Señor, deme «aigo»! ¡Señor, deme «aigo»!

Evidentemente, al fin hemos retornado a la civilización.



Las lomas de Mata Grande, cubiertas de hierba Yarguá o «yerba melao», *Melinis minutiflora*, que ha suplantado los bosques de pino.

Apéndice

LOS PARQUES NACIONALES EN LA REPUBLICA DOMINICANA

En el primer capítulo de este libro advertimos al lector que íbamos a describir un viaje, muchas veces efectuado por el autor, a través de esa área reservada dentro del territorio dominicano que recibe los nombres de PARQUE NACIONAL JOSE ARMANDO BERMUDEZ y PARQUE NACIONAL JOSE DEL CARMEN RAMIREZ.

La razón por la cual este territorio recibe estos dos nombres, a primera vista tan inapropiados, escapa a mi comprensión por el momento. Mucho más lógico me parece que se fundieran ambas áreas bajo una sola denominación que podría ser algo así como: PARQUE NACIONAL DE LA CORDILLERA CENTRAL. Porque esto es lo que, en definitiva, es y representa esa región.

Del modo que sea, los mapas al principio nos pueden dar una aproximada idea de su localización y configuración geográfica. Pero para muchas personas no resulta tan fácil entender en qué consiste un Parque Nacional. Aprovecho este apartado para tratar de apuntar una definición, comenzando por decir lo que NO es un Parque Nacional. Esa es una forma de definir, a la inversa, que muchas veces ha dado resultado.

Así, diré que un Parque Nacional NO es un jardín botánico o zoológico. Tampoco es un área verde urbana, aunque sea de considerable extensión. Mucho menos es un sitio con bancos y árboles y flores, donde pueden darse cita los novios o llevar a pasear los niños.

Tendremos que hacer un poco de memoria e introducirnos en la historia, para captar plenamente el sentido de lo que es y cuál es la razón de ser un Parque Nacional.

Hacia 1870, un grupo de exploradores descubrió las maravillas naturales de una región virgen llamada Yellowstone en los Estados

Unidos de Norteamérica. Su entusiasmo fue tal, que decidieron proponer a su gobierno que se preservara esa parte de su país para el disfrute de sus hijos y nietos. Así fue como esa gran área, unos 8,800 kilómetros cuadrados, se convirtió, por una ley, en el primer Parque Nacional de un país.

En la actualidad otros cien países cuenta con reservas naturales constituidas en Parques Nacionales, más de dos mil distribuidos por todo el mundo y casi en cualquier latitud geográfica. Sólo como un ejemplo, mencionaremos que Brasil cuenta con veinte Parques Nacionales y además ocho reservas biológicas en su territorio; México tiene siete Parques Nacionales y otras diez reservaciones de belleza natural; la Unión Soviética tiene ochenta Parques Nacionales.

La República Dominicana, hasta el presente, ha decidido preservar cinco áreas sobresalientes para la conservación de sus recursos naturales y la preservación de sus bellísimos paisajes y ambientes. Estos lugares son conocidos como:

Parque Nacional J. Armando Bermúdez.
Parque Nacional J. del Carmen Ramírez.
Parque Nacional Isla Cabritos.
Parque Nacional de Los Haitises.
Parque Nacional del Este.

Ahora quizá podamos probar el hacer una definición del concepto de Parque Nacional. Se puede decir que es un área de terreno de gran extensión, caracterizado porque su fauna, su vegetación y los sistemas ecológicos y biológicos se conservan en estado natural. El gobierno de la nación asume la responsabilidad de su protección, para lo cual dispone de una legislación apropiada y mantiene esos lugares como un patrimonio de todo el pueblo.

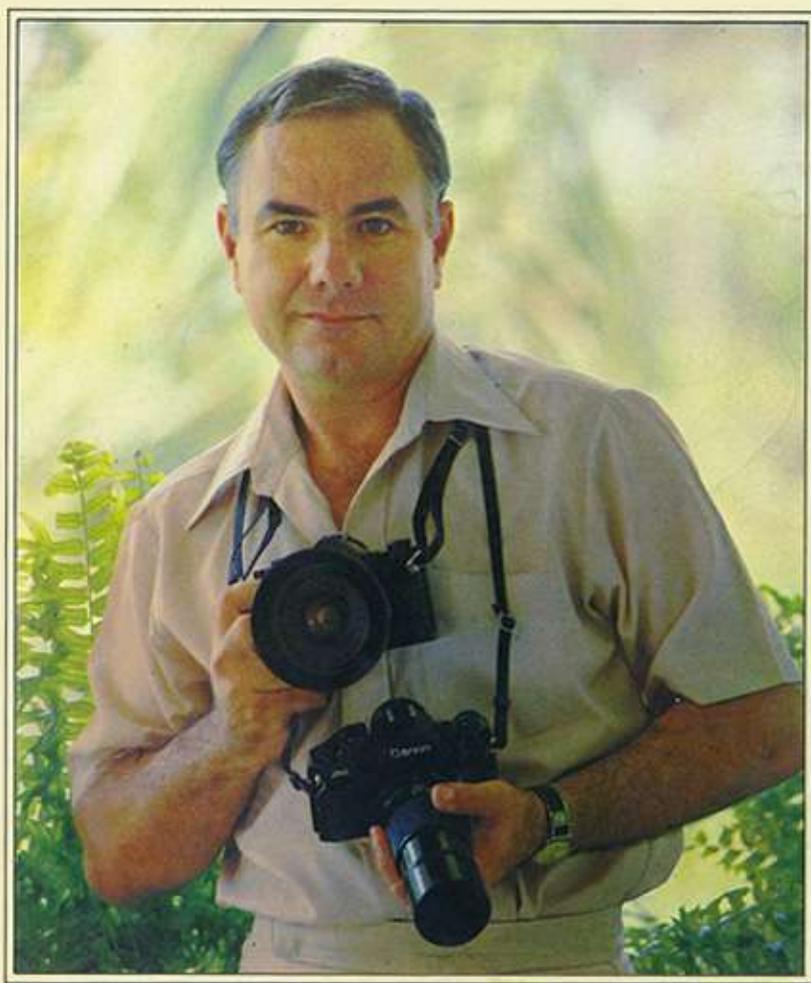
Para lograr esos objetivos, esas áreas silvestres se encuentran tanto alejadas de las ciudades populosas como de las carreteras y autopistas, aunque pueden disponer de caminos interiores para su tránsito vigilado. La nación debe asumir la responsabilidad de su protección, no sólo de los bosques y su vegetación, sino también de todos los animales que hacen de ellos su habitat natural. La existencia de los Parques Nacionales resulta muchas veces vital para la conservación de algunas especies en vías de desaparición.

Sin embargo, algunas personas se preguntan todavía si hay necesidad de reservar tales áreas y si no podrían mejor dedicarse a otros fines a su juicio más productivos, como la agricultura o la tala de árboles para carbón y madera.

Habría que responder diciendo que las mayores utilidades no se miden todas por el signo del peso. No se trata de un idealismo exagerado ni de un romanticismo que busca la contemplación de hermosos paisajes. Hay razones de mucho valor, pero hay que buscarlas en el campo de las ciencias, la biología, la medicina, la botánica, la arqueología. Sobre todo, y esto es algo que todos entendemos, son reservas naturales que nos garanticen una fuente de agua que beber y oxígeno que respirar, en un futuro sombrío que cada vez se hace más próximo.

Pero no solamente debemos intentar mantener la estabilidad ambiental. No menos cierto es que la misma estabilidad mental y psicológica del individuo, sometido a las presiones de la fiera competencia en un mundo superpoblado, requiere de una vuelta periódica a la naturaleza, donde el contacto con sus raíces biológicas y el esparcimiento espiritual que le ocasiona la belleza de la madre tierra sirven de un bálsamo invaluable.

La tierra, después de todo, es la única herencia que podemos dejarle a nuestros hijos.



Wifredo García nació en Barcelona, España, en 1935, de madre dominicana y padre español. Ya, para 1955, recibía su doctorado en Ciencias Químicas en la Universidad de Santo Domingo, y fue durante sus estudios de posgrado en Bromatología, en la Universidad de Kansas, en 1957, cuando por primera vez se interesó seriamente en la fotografía.

A su regreso ocupó la cátedra de Química en la UCMM, en Santiago, de 1964 a 1972, a la cual renunció para dedicarse a sus ocupaciones científicas y comerciales. Regresó a Santo Domingo en 1979, cuando se retiró de toda otra actividad que no fuera su completa dedicación a esa su vocación apasionada: la fotografía.

Ya, desde 1964, se ha dedicado a la formación y a la promoción artística de jóvenes fotógrafos, aficionados y profesionales, a través de reuniones grupales e impartiendo incontables cursos y conferencias sobre la materia. En la actualidad ocupa la cátedra de Fotografía, tanto en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, como en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. Además, su interés por elevar el nivel artístico de la profesión fotográfica le han hecho dedicarse también a escribir, habiendo publicado dos previos libros y numerosos artículos tanto en *El Listín Diario* como en *El Caribe*, matutinos de la capital dominicana.

Febrero 2009

Es para nosotros un gran honor presentar por segunda vez esta magnífica obra, “La Catedral del Bosque”, de Wifredo García.

En 1980 se realizó la primera edición, la cual obtuvo un gran éxito y se agotó rápidamente, y es ahora que gracias a la tecnología digital sale nuevamente a la luz.

Este viaje que realizaremos hacia nuestro Pico Duarte, donde el autor nos llevará página tras página en su recorrido, hoy lo volvemos a presentar en esta versión digital como homenaje al Maestro de la Fotografía en la culminación del año Wifredo García, declarado por el Centro León en conmemoración del vigésimo aniversario de su partida, y en el inicio de “La Huella Catalana en el Caribe” (2009-2010), auspiciado por el Institut Ramon Llull y Casa Amèrica Catalunya.

El autor, mi hermano, además de artista del lente y las letras, fue también fundador y presidente por muchos años de la industria que hoy manejamos, Procesadora Avícola CxA (Pollos Yaque), y es un orgullo para nosotros auspiciar esta nueva edición digital y ofrecérselas como regalo en el marco de esta gran exposición.



Eduardo García
Santiago, República Dominicana